

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**TRES CAPELLANES MILITARES ALEMANES  
EN EL EJÉRCITO DE HITLER**

**S. MILLÁN – 2024**

## ÍNDICE GENERAL

### **INTRODUCCIÓN**

#### **P. FRANZ STOCK**

La guerra.  
Capellán militar.  
Sirviendo a todos.  
Exponiendo su vida.  
Los condenados a muerte.  
Repartiendo ayuda.  
Condenado por no firmar.  
Algunos arrepentidos.  
Jean de Pange.  
Sacerdote para todos.  
Su Diario.  
El final.  
Prisionero voluntario.  
Rector del Seminario.  
El general Brissac.  
Sus últimos días.  
Su muerte.  
Tumba digna.

#### **P. BERNHARD HÄRING**

En Polonia.  
En Rusia.  
En Jarkov.  
El tifus.  
Sacerdote y sanitario.  
La retirada.  
En Nagolnoje.  
Con sacerdotes ortodoxos.  
La bruja.  
Sífilis.  
Herido y hospitalizado.  
Ayudando a los judíos.  
En Mal Psinka.  
Bautizando niños rusos.  
Huyendo de los rusos.  
De nuevo en Polonia.  
De párroco en Jasternia.  
El final.

#### **P. GEREON GOLDMANN**

En las SS.  
Sometido a juicio.  
La hermana Solana.  
Arrestado.  
A Lourdes.  
En Italia.  
Pidiendo hostias para comulgar.  
Salvado por su ángel.  
En retirada.  
Exigiendo hostias consagradas.  
Subdiaconado y diaconado.  
Audiencia con el Papa.  
En Monte Cassino.  
Prisionero.  
En África del Norte.  
Con nazis radicales en la prisión.  
Construcción de una capilla,  
Condenado a muerte.  
Salvado de la muerte.  
Conversión de Kroch.  
Sigue prisionero.  
A Francia.  
La hermana Verónica.  
Al Japón.

## INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a presentar la acción humana y espiritual de tres capellanes militares alemanes durante la segunda guerra mundial. El padre Franz Stock fue capellán del ejército alemán de ocupación en Francia entre 1941 y 1944. El padre Bernhard Häring lo fue como sanitario sacerdote con el ejército alemán de tierra en la campaña de Polonia y Rusia. Por otra parte, el padre Gereon Goldmann, siendo seminarista franciscano, fue primero asignado a las SS, de las que fue expulsado, y después ayudó como sanitario al ejército alemán durante la campaña de Italia. Pudo durante la guerra ser ordenado sacerdote y ejercer como sanitario y sacerdote en su campaña de Italia. Fue tomado prisionero de los ingleses y llevado a una prisión de Marruecos. Condenado a muerte, fue salvado de modo inexplicable humanamente en los últimos minutos, hasta que después de la guerra y, padeciendo mucho como prisionero de los franceses, pudo ser liberado y terminó los últimos años de su vida como misionero en Japón.

Los tres fueron personas extraordinarias, dadas totalmente al servicio de los soldados de su regimiento, pero ayudando también sin reparo a todos los del bando enemigo, que veían en dificultades. El padre Stock, como capellán de las tres cárceles francesas de París, debía ayudar a los miles de condenados a muerte, especialmente comunistas y de la Resistencia francesa. Después de la guerra quedó como prisionero de los aliados y como tal sirvió como Rector del Seminario fundado para los seminaristas alemanes prisioneros. El padre Häring ayudó en todo como sacerdote y sanitario a los enfermos y heridos, especialmente de las regiones de Rusia donde estaba destacado. Y el padre Gereon Goldmann, igualmente como sanitario seminarista, y después como sanitario sacerdote, ayudando a los heridos y agonizantes católicos, dándoles la comunión y confesándolos.

En estos tres casos, su amor al prójimo se hizo presente sobre amigos y enemigos. Amaban a todos, ayudaban a todos sin distinción y Dios permitió que los tres sobrevivieran a la guerra y pudieran ser considerados como héroes de la paz, incluso por sus antiguos enemigos.

Que Dios nos ayude también a nosotros a no fomentar nunca el odio contra los de otros países por razón de su raza, lengua o religión. Que sepamos ver en todo ser humano un hermano que tiene como Padre al mismo Dios que nosotros. Y sepamos perdonar y amar a todos para gloria de Dios y bien de las almas, poniendo así cada uno su granito de arena en la construcción de un mundo más humano, más cristiano y más feliz.

## **P. FRANZ STOCK**

El padre Franz Stock nació el 21 de septiembre de 1904 en Alemania. Él era el mayor de nueve hermanos. En la escuela primaria que frecuentaba desde los seis años, era un alumno promedio, que pasaba inadvertido. Fue monaguillo en su parroquia y a los once años hizo su primera comunión en la parroquia de Neheim. Cuando iba a cumplir los 13 años, pasó al Instituto de la ciudad. Su salud era deficiente y en su adolescencia estuvo inmovilizado durante casi un año entero con reumatismo articular. Entró a estudiar para sacerdote en el Seminario de Paderborn. En 1928 se fue a estudiar a la Facultad de teología de París y fue ordenado sacerdote el 12 de marzo de 1932.

En 1934 llegó a París desde Alemania con su hermana Francisca, la mayor de sus hermanas. Ella le sirvió como ama de casa durante 10 años, incluido el primer año de la guerra. Venía para ser el capellán de la colonia alemana. Tenía 30 años. El cardenal Verdier, arzobispo de París, medió ante las autoridades religiosas alemanas para que el padre Stock fuera designado para ese puesto. En su parroquia la mayoría eran estudiantes, funcionarios de la embajada alemana, criados y algunas familias alemanas establecidas en París, pero también había algunos refugiados políticos. Durante los años de la segunda guerra mundial fue nombrado oficialmente como capellán militar alemán.

Durante una recepción en la embajada alemana en honor de Ribbentrop el 6 de diciembre de 1936, en el momento del pacto de no-agresión entre Francia y Alemania, el padre Stock fue presentado a la mujer del ministro, quien le preguntó cuántos fieles tenía en su parroquia. Él con su candidez habitual; respondió con algunas cifras, a lo que la esposa del ministro respondió que eran muy superiores a los que estaban registrados en la Embajada. Entonces Stock reaccionó, al darse cuenta de su imprudencia, porque los refugiados políticos no estaban en la lista de la embajada, y añadió: En este número cuento a los numerosos alsacianos que viven en París, que no necesitan registrarse en la embajada, pero que necesitan de mi ministerio.

## **LA GUERRA**

Al desencadenarse la guerra entre Alemania y Francia, las cosas se pusieron más difíciles para su ministerio y, cuando los alemanes conquistaron casi toda Francia, él veía en su parroquia los domingos a militares alemanes católicos, mientras que casi no había civiles. Comenzaron los problemas, porque muchos conocidos suyos de los refugiados y otros muchos franceses, iban siendo

metidos en la cárcel. Uno de los días, con la protección del embajador alemán, pudo visitar a unos jóvenes franceses detenidos. Para hacerlo con más facilidad consiguió la protección del capellán general, el padre Hofer, quien a su vez tenía autorización del general von Stülpnagel, comandante del Gran París. Un tiempo más tarde, será regularizado ante la Gestapo su cargo de capellán oficial alemán para poder así visitar sin contratiempo a los prisioneros de las cárceles y muy en especial a los muchos que irían siendo condenados a muerte.

Cuando los alemanes toman París Franz se encuentra con que los arrestos y condenas a muerte son muchas. Él amaba a Francia y tenía muchos amigos entre los franceses y sufre mucho al ver cómo muchas personas de la resistencia francesa contra los alemanes son enviados a la muerte. El 10 de marzo y el 28 de abril de 1941 informo un amigo de Friburgo: He sido oficialmente nombrado capellán de las tres prisiones de la Wehrmacht (ejército alemán) en París. Las tres prisiones eran: Cherche-Midi, Santé y Fresnes. El 9 de septiembre de 1941 las autoridades alemanas de ocupación confirman a Stock como capellán de las prisiones. Uno de los primeros prisioneros en recibir su visita fue un bretón: Jacques Bonsergent, un ingeniero de 28 años condenado a muerte. Bonsergent se confesó y comulgó en la misa a la que sirvió como acólito. El 23 de diciembre de 1940 Stock lo acompañó al lugar de ejecución en Mont Valerien. Como su tarea en las prisiones era demasiado pesada, a veces pedía ayuda al capellán Steiner y al capellán Hofer, que era el jefe de todos los capellanes.

Los guardianes de las prisiones a veces eran crueles con los presos. En un caso vio cómo a un preso ciego le quitaron un libro de oración en sistema braille. En otra ocasión vio cómo a una señora inglesa, que llevaba un paquete para su marido preso, uno de los guardianes le tiró el paquete. Reclamó la señora. Y le respondió el guardia: *Ivry n. 41*, dándole a entender que era el número de su tumba en el cementerio de Ivry, pues había sido fusilado <sup>1</sup>.

## CAPELLÁN MILITAR

En las celdas comunes la promiscuidad era penosa. Allí había políticos, intelectuales y de baja condición social. El reglamento de la prisión concedía permiso para recibir una carta al mes. Esa carta para ellos era muy importante para conocer algo de su familia. Muchos de los prisioneros habían sido encerrados por denuncias de sus vecinos o de un familiar. El 16 de septiembre de 1941 Hitler tomó una siniestra decisión: todo prisionero sería considerado rehén, es decir, un detenido, aunque fuera inocente, podía ser ejecutado en cualquier momento, sin juicio previo, por la simple decisión de la autoridad militar; por

---

<sup>1</sup> Raymond Loonbeeck, *Franz Stock*, Ed. Desclée de Brouwer, París, 1992, p. 129.

ejemplo, en represalias de un atentado, aunque los reos hubieran sido tomados al azar por la calle. Se estima que 11.000 prisioneros parisienses hubo en las cárceles entre 1941 y 1944. Stock era uno de los poquísimos que podían entrar en las prisiones para conocer sus necesidades materiales y espirituales y ayudarles en lo posible.

Lionel Le Vasseur dice: *Yo había sido condenado a muerte. Era a fines de marzo de 1943. Un sacerdote vino a verme a la celda, llevándome un pequeño misal, que le había entregado mi madre y mi hermana. Él era amable, compasivo, fraterno, pero era alemán. Me propuso hablar con confianza, pero yo no me fiaba, porque no sabía si era sacerdote o miembro de la Gestapo. Otro detenido dice: Fui internado en Fresnes el 24 de septiembre de 1941 hasta junio de 1942 y recibí la visita del padre Stock. En su primera visita yo desconfié. Era alemán y podía ser nazi, pero el padre Stock vino a visitarme con regularidad, llevándome la comunión y prestándome algunos libros y pronto surgió la amistad y confianza entre nosotros.*

*Con un brazalete de la Cruz Roja en el brazo, vestido con su sotana, Franz Stock toma contacto en seguida con sus nuevos “fieles”, por los que se ha ofrecido voluntariamente. Y cuando, en febrero de 1941, se entrevista por primera vez con D’Estienne d’Orves, hace ya varios meses que recorre las celdas de las prisiones del Cherche-Midi, de la Santé y de Fresnes.*

*La de Fresnes es la mayor de las tres. Ha sido descrita estos últimos años por numerosos prisioneros políticos que se han sucedido en ella desde 1940 a nuestros días. El primer biógrafo alemán del padre Stock, el padre Antón Albert, ha escrito: Para los franceses del período de ocupación, esta prisión designaba un lugar de horror, de lágrimas y de muerte. Se ha dicho de ella que era “la antecámara de la muerte”, “una sucursal del infierno”.*

*En Fresnes, como en todas partes, los prisioneros que fueron amontonados en estas celdas dejaron en las paredes de sus prisiones húmedos mensajes garabateados con lápiz, o con un clavo... Estas breves inscripciones revelan la cantidad de sufrimientos, de miseria, de odio, pero también de esperanza, de perdón, de grandeza de alma que agitaban los corazones de aquellos que vivieron allí largos días, semanas interminables.*

*“Algunas de estas inscripciones —sigue diciendo el padre Albert— no son sino breves indicaciones, un nombre, una fecha, grabados como en una tumba, para no ser olvidados, un recuerdo rápido, un saludo, un gesto dirigido a aquellos a quienes se va a abandonar:*

*“A Yetta, mi mujer. Dios me dé fuerzas para resistir. J. F., 1944”.*

*“Con todo mi corazón, a Georgette, mi mujer, y a Andrée, mi hija”.*

*Otras expresan nostalgia y pesar:*

*“Hoy, 14 de mayo de 1944, cumplo 18 años. Festejé los 17 en familia; éste, en la cárcel. ¿Dónde celebraré los 19?”<sup>2</sup>.*

## **SIRVIENDO A TODOS**

*Poco a poco a través de las conversaciones, en las confidencias que recibe, Stock hace amistad con soldados, oficiales o autoridades del país invasor. Desde entonces, conociendo sus sentimientos y, sin embargo, procurando escrupulosamente no comprometerlos ni perjudicarlos, recurrirá a ellos siempre que le sea posible. De esta forma, podrá aconsejar a los prisioneros y será advertido de las intenciones del Tribunal con relación a éste o aquél, lo que le permitirá poner en guardia a los interesados.*

*Más tarde, cuando las ejecuciones sean cada vez más numerosas y arbitrarias, o cuando las autoridades no soliciten su presencia para asistir a los condenados, un oficial, nacido en Westfalia, como él, y empleado en el Tribunal alemán, le advertirá regularmente en los casos necesarios, por medio de pequeñas notas disimuladas en escondites diversos.*

*Nadie podrá contar los dramas que el padre Stock, ayudado por sus amigos, logró evitar así, ni los servicios que prestó a familias enteras, ni los arrestos que impidió; muchos de los beneficiarios de su acción, y que aún viven, no lo sospechaban e incluso no lo sabrán nunca, obligado como estaba a obrar con el mayor secreto y con la mayor prudencia,*

*A veces, cuando estaba seguro de las personas a quienes se dirigía, intervenía más abiertamente y las hacía partícipes del secreto.*

*Tal fue el caso de Roger Bertrand, quien ha contado al autor de este libro su encuentro con el padre Stock:*

*Estaba encarcelado en el Cherche-Midi desde el 23 de enero de 1941, cuando, algunos días después de mi arresto, estando incomunicado totalmente, la primera visita del padre Stock me procuró un feliz cambio, después de las sesiones tan duras de los interrogatorios. Tuve algunos instantes de duda al ver acercarse a mí a este sacerdote alemán, después de todo, pero vi en seguida en su comportamiento toda la compasión que yo le inspiraba e, instintivamente, sentí la necesidad de confiarme totalmente a él, sobre todo cuando, después de*

---

<sup>2</sup> René Closset, *El cura del infierno*, Ed. Nova Terra, 1967, pp. 66-67.

*pedirle que me oyese en confesión, me precisó que no debía hablar de los hechos que habían provocado mi arresto.*

*Desde entonces, el padre Stock vino a visitarme regularmente y las palabras de esperanza y de consuelo que me dirigía, las noticias que traía de mi mujer, los paquetes de alimentos y los libros que pasaba para mí, fraudulentamente, con todos los riesgos que ello suponía para él, contribuyeron a darme el valor necesario para resistir a las presiones morales y físicas que sufría.*

*En el momento de mi juicio ante el Tribunal Militar, el padre Stock hizo intervenir a uno de sus amigos, el capellán general Hofer, que, por sus funciones, estaba en contacto permanente con los oficiales de Estado Mayor y con el general von Stülpnagel.*

*Las intervenciones del padre Stock y del capellán Hofer fueron coronadas por el éxito y, finalmente, la pena de muerte pedida contra mí fue conmutada por la de diez años de trabajos forzados.*

*Conservaré durante toda mi vida el recuerdo del padre Stock, aquel hombre discreto y valiente, que fue, ante todo, sacerdote<sup>3</sup>.*

## **EXPONIENDO SU VIDA**

Bernard Baudouin anotó: Yo guardo de él un excelente recuerdo porque me visitaba en la celda muchas veces, llevándome consuelo y esperanza como un verdadero sacerdote. Camille Gay fue encarcelada con 17 años en la Santé en mayo de 1941. Dice: Stock entraba en la celda y estaba en contacto con mi familia. Yo había hecho un rosario con los nudos de un cordón. Él me regaló un rosario. Después sacó algo del bolsillo y me dio sandwich. En ese tiempo era todo más fácil, porque los guardianes no asistían a las entrevistas del capellán con los presos. Se puede decir que sus visitas eran como un rayo de sol que daba aliento y ánimo a los presos.

Roger Bertrand nos dice: Yo fui arrestado el 22 de enero de 1941 por estar en la Resistencia desde septiembre de 1940. Fui traicionado por un agente doble. Todo mi grupo fue arrestado y encarcelado, primero en la Cherche-Midi. Yo tenía en la puerta tres cruces rojas, por las que se prohibían recibir visitas, libros y alimentos. Solo el capellán podía visitarme. Stock a algunos, que habían sido detenidos en pijama, les proporcionaba ropa. Tenía miedo a ser descubierto, pero

---

<sup>3</sup> Ib. pp. 96-97.

lo superaba. A pesar de la prohibición, me llevaba libros, víveres, jabón, dátiles. Me venía a ver cada semana y me traía de mi familia algunos alimentos. Era muy peligroso para él, pues conocía el significado de las tres cruces rojas. Él me servía también de enlace con otros camaradas de otras celdas y con mi familia.

Un día la esposa de Bertrand conoció que su esposo iba a ser fusilado el miércoles siguiente. Ella trató de hablar con el padre Stock, que la puso en relación con un coronel austríaco antinazi. El oficial le indicó que la única escapatoria era hacer firmar a su esposo una petición de deportación a Alemania. Así lo hizo y Bertrand dejó París en compañía de otros miembros del grupo de la resistencia de Estienne d'Orves. El sacerdote Pihan fue encarcelado por la Gestapo de marzo a junio de 1943 por resistencia espiritual. Anota: Stock me visitó un mañana en la celda que tenía con otro detenido. Supongo que había sabido que yo era sacerdote por medio de un guardián, Fritz Ghie, que era un cristiano ejemplar. Stock me llevó la comunión y venía a verme cada semana. Me dio la impresión de ser un buen sacerdote, fraterno, que inspiraba consuelo y esperanza a todos <sup>4</sup>.

Robert Aylé y Frederic De Jongh fueron del número de los 213 miembros de la Resistencia que murieron fusilados. En cuanto a Aylé, Stock escribió en su Diario: *Un verdadero santo, modelo de católico francés, de la Acción Católica. Él intercederá por nosotros como me ha prometido en el último momento* <sup>5</sup>.

Los libros eran una de las cosas más deseadas por los prisioneros. El padre Stock les llevaba biblias, misales, libros de oración, vidas de Jesús. Se beneficiaba de la complicidad de algunos buenos guardianes antinazis. Edmond Michelet conoció al sargento Ghie, un gigante, de una voz fuerte y un corazón de oro, dedicado en cuerpo y alma a ayudar al padre Stock. Su mayor alegría era asistir y servir en la misa del padre celebrada en alguna de las celdas. Más tarde, estando yo, dice Michelet, en Dachau conocí que Ghie había sido considerado traidor y ejecutado <sup>6</sup>.

## LOS CONDENADOS A MUERTE

El 4 de abril escribió Stock: *He celebrado la misa en la celda número 508, convertida en capilla en Fresnes. Celebré la misa para 15 condenados a muerte. Todos comulgaron.* El 8 de junio de 1942 escribió: *Voy a ver un condenado a muerte, encadenado desde hace cuatro semanas. Lo he bautizado y preparado.*

---

<sup>4</sup> Loonbeeck, p. 137.

<sup>5</sup> Loonbeeck p. 174.

<sup>6</sup> Ib. p. 177.

*Ha sido una verdadera conversión.* Uno de los presos manifestó: He estado encarcelado en la prisión de Fresnes, donde he tenido la suerte de conocer al padre Stock. Era un ser lleno de humanidad y gracias a él, antes de ser enviado al campo de concentración, tuve el privilegio de ser bautizado a escondidas en mi celda. Otro prisionero escribió el 22 de junio de 1948: *En mi triste celda he tenido un amigo que venía a consolarme y darme la comunión. Él consoló mucho a mi familia y le daba noticias de mi estado. Nosotros creíamos que era un verdadero santo* <sup>7</sup>.

Un día visitó a Gilbert Thibeaut, un joven seminarista. Le dijo: *Me he comunicado con tu Superior, el padre Tassel, y me ha dicho que debías renovar los votos. Si tú deseas, él me dará el permiso para recibir tus votos.* Y Gilbert anota: *Yo le creí, porque respiraba bondad y sinceridad. Lo vi muchas otras veces y me levantó el ánimo. El 4 de febrero de 1943, después de comulgar, yo renové mis votos religiosos en la prisión ante el capellán alemán padre Stock. Él atendía a todos, no preguntaba si era judío o no, creyente o ateo. A todos atendía y servía como un padre a sus hijos necesitados.*

Un día, en octubre de 1940, fue asesinado en Nantes un teniente coronel alemán y 48 rehenes iban a ser fusilados con la amenaza de otros 50 después, si no aparecía el culpable en 24 horas. El alcalde de Nantes y otros ocho, entre ellos dos sacerdotes, se presentaron a tomar su lugar. No pasó nada. Al día siguiente fue asesinado otro oficial alemán en Bordeaux, lo que sí provocó la muerte de 50 rehenes. Las víctimas fueron escogidas sobre todo entre judíos y comunistas. El 14 de diciembre iban a ser fusilados cien rehenes. El cardenal Suhard intervino ante el general Otto von Stülpnagel y Stock y otro capellán, llamado Loevenich, obtuvieron que el número de víctimas fuera reducido a 80. Al día siguiente fueron fusilados en grupos de cinco en cinco <sup>8</sup>. En otras ocasiones consiguió que la condena a muerte fuera conmutada por deportación. Otro día Stock tuvo la valentía de telefonar a Berlín, a las altas autoridades, y consiguió que un condenado a muerte, que estaba desesperado, fuera absuelto. Otro día consiguió la liberación de Lucien B., condenado a muerte. Lo consiguió hablando por teléfono con el comandante del Gran París, el mayor D. Cuando llegó la orden de absolución, ya Lucien tenía las esposas puestas y lo iban a llevar al poste de la ejecución.

También tuvo que intervenir en un caso en que un sacerdote francés había acogido en su casa a uno de la Resistencia y los dos iban a ser ejecutados. Los siete soldados del pelotón dijeron: *Yo no disparo contra un sacerdote.* El oficial lo mató con su revólver. Este rechazo de la obediencia, podía haberles costado

---

<sup>7</sup> Loonbeeck, p. 180.

<sup>8</sup> Loonbeeck, p. 183.

caro, pero Stock acudió a un oficial superior, a quien había visto varias veces en su misa dominical, y el asunto quedó en nada <sup>9</sup>. Normalmente los condenados eran fusilados, pero algunas veces los mataban en la horca.

El 24 de mayo de 1941 D'Estienne d'Orves y ocho de sus compañeros, después de doce días ininterrumpidos de proceso, fueron condenados a muerte por el tribunal militar alemán. Los condenados fueron transferidos a la prisión de Fresnes y se dirigió a Hitler una petición de gracia firmada por todos los componentes del tribunal alemán, pero Hitler no concedió la gracia a los tres jefes de la Organización de la Resistencia (Doornik, Barlier y d'Orves), pero sí la concedió al resto del grupo, el cambio de la pena de muerte por 15 años de trabajos forzados. Stock se encargó de decirles a los tres la negativa oficial y que iban a ser ejecutados.

Uno de los condenados era Yann Doornick. El padre Stock escribió a su esposa: *Tuve con Doornick largas entrevistas. Sus progresos en la fe y en la espiritualidad se hicieron cada vez más ardientes. Me impresionó siempre por su franqueza y por su gran distinción. Quiso hacer una confesión general profunda. A partir de entonces, confesó y comulgó todas las semanas. El mismo Doornick escribió: He confesado y comulgado en mi celda con un fervor y una elevación espiritual de los que ya no me creía capaz. La sagrada comunión que recibo todos los sábados es mi gran consuelo moral. Mañana por la mañana a las siete nos fusilan. Los designios de Dios son inexcrutables, que se cumpla su voluntad. Estamos reunidos mis dos compañeros y yo, pues nos han permitido pasar juntos la última noche. Todos tenemos los mismos sentimientos de sumisión a la voluntad de Dios y vamos a pasar nuestras últimas horas charlando y orando juntos. Mañana por la mañana el padre Stock vendrá a decirnos la misa y comulgaremos antes de salir* <sup>10</sup>.

El padre Stock anotó en su Diario: *Al alba del 29 volví a Fresnes y pude celebrar la misa en la celda de Doornick, los otros dos también vinieron. Doornick me ayudó a instalar el altar y sirvió a la misa, respondiendo en latín como el mejor de los servidores. Después comulgaron los tres y recitaron fervorosamente las oraciones de los agonizantes. Terminada la misa los condenados tuvieron aún el gozo de tomar juntos el desayuno al que invitaron a su capellán. Terminado el desayuno, fueron llevados al patio de la cárcel donde les esperaba ya el autobús que debería conducirlos al lugar de la ejecución. Los condenados subieron a la furgoneta de la Wehrmacht, que les iba a conducir al Mont Valerien. Para evitar toda tentativa de huida, un faro iluminaba el interior*

---

<sup>9</sup> Loonbeeck, p. 184.

<sup>10</sup> Ib. 81.

*del coche. En los bancos dispuestos alrededor se sentaron los soldados del pelotón de ejecución, el alcalde de la cárcel y el padre Stock.*

*Empezamos el viaje con la recitación de las oraciones de los agonizantes. Finalmente llegaron al lugar. Obtuvieron el favor de que no les vendaran los ojos. Uno después de otro pidieron al padre Stock una última bendición y luego lo abrazaron <sup>11</sup>. La mañana estaba muy avanzada cuando el padre Stock volvió de la ejecución de los tres. La esposa de Roger Bertrand, uno de prisioneros, refiere: Me trastorné a la vista del padre Stock. Él lloraba como jamás he visto llorar a un hombre. Su amor lo llevaba a dar la vida, viendo morir a aquellos amigos inocentes.*

## **REPARTIENDO AYUDA**

Uno de los que estuvieron en las prisiones recuerda que el padre Stock distribuyó decenas de kilos de chocolate entre los presos a lo largo de la guerra. Esto era especialmente delicado y peligroso en las celdas señaladas con tres cruces rojas, lo que significaba que estaban sometidos a un régimen más severo, a incomunicación más completa, sin visita ni cartas, ni paquetes, ni libros de lectura. A veces trataban de hacerles hablar a base de hambre y más de una vez sucedió que el padre Stock les daba comida secretamente. Y eso era un riesgo para su propia vida.

Iba siempre a la cárcel vestido de sotana o con el alzacuellos romano y una cartera bajo el brazo. Los SS. que lo despreciaban, le tomaban bromas groseras, cuando lo veían llegar. Los bolsillos de su sotana contenían cartas, notas... En su cartera había papel, lápices, onzas de chocolate e incluso paquetes de víveres o ropa.

## **CONDENADO POR NO FIRMAR**

*La señora de Jean Pange refiere: Viernes, 11 de julio de 1941. Día señalado por el destino. Yo misma llevo mi carta a las oficinas de la Gestapo (avenida de Foch). Me hacen subir al primer piso, cosa que no es habitual, y espero. Una secretaria viene a hablarme. No es la que veo de ordinario. Me traen dos cartas de Jean. Pregunto cuándo, por fin, podré verle. Ella me da una respuesta evasiva y, después, me dice de repente: “Si usted no ha visto todavía a su marido, es porque se niega a firmar...”. Ante esta revelación inesperada, me esfuerzo por prolongar la conversación, saber más, Jean rehúsa firmar una declaración que, según dice, es contraria a su conciencia. Me insinúan que*

---

<sup>11</sup> Ib. pp. 83- 84.

*podría quizás influir sobre él, puesto que se trata únicamente de comprometerse a no hacer nada en contra de Alemania. Protesto diciendo que no puede tratarse únicamente de eso, porque, de otro modo, mi marido hubiera firmado sin escrúpulos, ya que no tenía intención alguna de obrar en contra de Alemania (en esta época, mi marido no pertenecía todavía al Movimiento de Resistencia, apenas en vías de organización).*

*El domingo, 13 de julio, a las 6, voy a casa del padre Stock, al que pongo al corriente. Conversación emocionante. Me promete el secreto absoluto, así como su ayuda. Verá a Jean mañana.*

*Martes, 15 de julio. A las 6.30, estoy en casa del padre Stock. Ha visto a Jean esta mañana, y Jean le ha hablado espontáneamente de esa firma que se niega a dar. Sin esta negativa, estaría ya libre. Pero estima que este texto es contrario a su conciencia. El padre Stock no me da detalles precisos sobre el texto; dice que es una fórmula típica alemana, que choca al espíritu francés. Le parece, sin embargo, que con una modificación se podría llegar a un acuerdo. El consejo del padre Lebreton sería precioso en un caso grave.*

*Voy a esforzarme en convencer al padre Lebreton para que vea al padre Stock. Lo verá sólo de forma que el padre Stock no sea más que un intermediario entre Jean y su director espiritual. Hablo mucho tiempo con el padre Stock, que me reconforta bastante. Tiene un alma verdaderamente elevada y muy cristiana y desempeña un papel admirable en este momento. Me describe con indignación los horribles sufrimientos que ve cada día y que se esfuerza en aliviar. Voy a concertar una cita con el padre Lebreton.*

*Domingo 20 de julio. Telefono a las 8 a los Estudios, y es el mismo padre Lebreton quien me responde. Voy a verle dos horas más tarde y le pongo al corriente de la situación, en sus más pequeños detalles. Me escucha con gran atención, aprueba lo que hago y me promete ver al padre Stock a primeras horas de la tarde y venir después a decirme lo que haya decidido...*

*A las 15.30, viene el padre Lebreton. Ha visto al padre Stock. Me previene de que no puede repetirme más que una parte de la conversación que ha sostenido con él, pues el resto es, en cierto modo, secreto de confesión.*

*La declaración a la que Jean se niega a poner su firma tiene dos partes: una, que, en último término, sería aceptable, puesto que se trata solamente de guardar silencio sobre todo lo que ha sido dicho o hecho en el interior de la cárcel, y de no decir ni hacer nada en contra de Alemania <sup>12</sup>.*

---

<sup>12</sup> Closset, pp. 92-93.

La segunda parte es inadmisibile. Jean no puede reconocer que su arresto es justificado, que su liberación la deba a la clemencia de las autoridades alemanas y que si su conducta da lugar a nuevas sospechas, será responsable de penas severísimas. No debe firmar y no se puede hacer nada. Stock además de su trabajo en las prisiones, sigue con sus obligaciones en la iglesia de la Madeleine. Allí conoce los domingos a algunos oficiales alemanes profundamente cristianos que comulgan y le ayudan a misa. Y hace amistad con oficiales y soldados o autoridades alemanas y recurrirá a algunos de ellos en algunas circunstancias, aunque con mucha prudencia.

A los condenados a muerte los llevaban al Mont Valerien en camiones con las manos atadas a la espalda, vigilados por soldados provistos de granadas y metralletas. En invierno sobre todo, la subida al lugar de la ejecución era muy penosa. Muchos caían en el sendero helado y nevado y les ayudábamos a levantarse. Eran 18 kilómetros de recorrido desde la cárcel. Algunos hombres lloraban. Como los soldados eran habitualmente demasiado rudos. Stock y otros ataban a los condenados al poste de ejecución y les vendaban los ojos. *Nos confiaban sus últimos pensamientos para los suyos y nos abrazaban. Después teníamos que asistir a su entierro en diversos cementerios parisinos* <sup>13</sup>.

## **ALGUNOS ARREPENTIDOS**

El padre Stock escribe en su Diario: Día 16 de marzo de 1942. Albert P. va a ser fusilado. Es un hombre de cierta edad, detenido por llevar armas. Está inconsolable, pues cree que su mujer lo ha denunciado. No es practicante. Su matrimonio no es legal y tiene un hijito que no ha visto nunca. Llevaba encima una fotografía de su hijo de 20 años que me entregó. A pesar de mis esfuerzos para que recibiera los sacramentos, se negó a hacerlo. No cree ni en Dios ni en el más allá. Me pidió sin embargo que le acompañara al lugar de la ejecución. Durante el camino rogué ardientemente a Dios que nos ayudara. Por el camino que conduce al lugar de la ejecución le supliqué de nuevo que pensara en su alma. Nueva negativa. Lo ataron sin vendarle los ojos. Entonces me llamó: ¿Tiene usted un crucifijo? ¿Quiere usted que recemos juntos? Rezó conmigo el acto de contrición con gran expresión de arrepentimiento. Le di la absolución general. Me reclamó una vez más la fotografía de su hijo, que besó. <sup>14</sup>.

El escritor alemán Reinhold Schneider escribió en su libro *Verhülter tag*: En una sombría noche de invierno el padre Stock me habló de los prisioneros de

---

<sup>13</sup> Ib. pp. 115-116.

<sup>14</sup> Ib. p. 129.

París, nos habíamos conocido durante la guerra. Ahora se había abatido sobre él un gran sufrimiento. Día tras día, hora tras hora, noche tras noche tenía un sufrimiento que solo podía soportarse con la ayuda de los sacramentos. Pero inevitable que la fuerza de su corazón de carne fallara un día. Solo algunos íntimos adivinaron bajo una máscara de silencio y de impasibilidad aparente, el sufrimiento que le iba minando. A menudo durante la misa que celebraba, le habían visto llorar. Un día confiaba a un amigo: *A veces no puedo más. Me paso noches enteras sin conciliar el sueño.* El padre Stock subió cientos de veces al Mont Valerien y asistió a más de dos mil condenados. Pero aseguraba que el número de los fusilados en Mont Valerien serían unos cuatro mil.

*Sus funciones le ponían en relación con los oficiales de alto grado y los informes que le llegaban también de los diferentes capellanes que tenía bajo su jurisdicción le permitieron juzgar, en su calidad de sacerdote, el carácter satánico que oprimía a su país, a Alemania, y una buena parte de Europa. Y esto fue lo que impulsó al padre Hofer a formar parte de un núcleo austríaco que luchaba contra los nazis.*

*Menos afortunado que el padre Stock, que consiguió continuar su apostolado hasta el final de la ocupación alemana, el capellán general Hofer fue destituido de su puesto a principios del año 1944 y enviado, como medida disciplinaria, a Dantzig.*

*En la época en que las intervenciones del padre Stock y del padre Hofer salvaron la vida de Roger Bertrand, cambiando su condena por la deportación, un verdadero terror se instauraba en las prisiones parisinas.*

## **JEAN DE PANGE**

*Jean de Pange ha contado en Mis prisiones - Páginas de un Diario- estos sucesos de octubre de 1941. El padre Stock, hoja por hoja, fue sacando de la cárcel las páginas de este Diario, para confiarlas a la señora de Pange.*

*Miércoles 22 de octubre, de 1941.*

*Mis presentimientos no me engañaban. Esta mañana, al detenerse ante mi puerta la mesita portátil que lleva las garrafas de agua y al tomar la mía, Lütger me dijo: “¿Conoce usted la noticia? El teniente coronel que mandaba la plaza e Nantes ha sido asesinado ayer, y si no encuentran los culpables mañana por la noche, cien rehenes serán fusilados”.*

*Me llaman para entregarme un paquete de víveres y de periódicos. Estos últimos son requisados por el suboficial, que me dice que nadie debe leer hoy los*

*periódicos. Sin duda, no quieren revelar a los prisioneros la amenaza que pesa sobre ellos. Sin embargo, tengo tiempo de lanzar una airada sobre uno de ellos, antes de devolvérselo. Veo un artículo enmarcado con gruesas rayas negras: la orden de fusilar cincuenta rehenes ha sido dada. Serán fusilados otros cincuenta, si los culpables no son encontrados antes de mañana, a las doce de la noche. La noticia, que parece quieren ocultarnos prohibiéndonos leer los periódicos y recibir visitas, circula de boca en boca. Los que están en relación con las oficinas de los jefes de divisiones y del mando de la prisión traen noticias. Los cincuenta primeros rehenes han sido ejecutados. Los cincuenta últimos serán designados pasado mañana. Hay que preparar las listas y cada comandante de prisión intenta defender a sus prisioneros.*

*El padre Hofer, el padre Stock y el general Stülpnagel quieren salvarlos, pero la orden venía de Berlín, probablemente de Hitler mismo <sup>15</sup>.*

## **SACERDOTE PARA TODOS**

*Un detenido el 28 de marzo de 1941 nos dice: Fui encarcelado en la prisión de Cherche-Midi, donde los interrogatorios empezaron inmediatamente, para prolongarse durante diez horribles días.*

*Yo estaba en una celda del segundo piso, en un extremo del edificio, que daba al patio.*

*Desde que mi vecino inmediato de la izquierda, que ocupaba una celda sombría, pudo hacerlo, tomó contacto conmigo para “entablar relaciones”. Este vecino no era otro que Honoré d’Estienne d’Orves —dice Jean-Pierre—. Algunos días después, me preguntó si deseaba la ayuda de un capellán. Ante mi reticencia para ver a un sacerdote alemán, me aseguró que, aunque alemán, aquel sacerdote era un hombre extraordinario, ante todo, y que podía contar con él en cualquier momento.*

*Desde el período penoso de los interrogatorios, tuve el espíritu menos tenso y formulé la petición del “Pfarrer” al sargento alemán de guardia.*

*Así fue como pude conocer al padre Franz Stock y como empezó una amistad que sobrepasaba las fronteras humanas y temporales.*

*Nuestro primer encuentro, que duró un cuarto de hora, no fue más que una entrevista entre dos hombres; uno era prisionero, el otro tenía sotana y no*

---

<sup>15</sup> Ib. pp. 98-90.

*uniforme, por lo que me fue profundamente agradable; es el único recuerdo que guardo de este primer contacto.*

*Dos o tres semanas más tarde, el padre Stock vino a visitarme en mi encierro y, sin hablarme en absoluto de religión, confesión o comunión, charlamos un buen rato. Después, me anunció que había obtenido del Tribunal autorización para prestarme un libro durante quince días... ¡Qué alegría la de tener conmigo un alimento intelectual! Y ¡qué libro!: la historia de la conversión del oblató Huysmans... He leído, releído y meditado esta obra y, cuando Stock vino a recogerla, conversamos largo rato sobre este tema.*

*En una de sus siguientes visitas, le pedí la comunión. Pero, para confesarme, sentía horribles dudas ante ciertos hechos desconocidos por el Tribunal e inherentes a mi arresto. Sin embargo, el padre Stock las resolvió en seguida, anunciándome:*

*Es posible que haya algo que usted no desee formular en su estado de prisionero y que concierne directamente a su asunto. Piense en ello sin decírmelo. Estoy seguro de que Dios le oirá y le perdonará también estos pecados.*

*¡Qué delicadeza y qué comprensión de los problemas; humanos!*

*Por aquella época, yo era un “terrorista”, marcado por tres cruces rojas como “especialmente peligroso”. Por consiguiente, no me era permitido recibir visitas, paquetes del exterior, libros, etc. Sólo se me autorizaba fumar, ¡pero mientras me quedara algún dinero! Para matar el tiempo en algo, unía, con la ayuda de un alfiler, cerillas quemadas. De esta forma, he provisto de crucecitas a numerosos compañeros de sufrimiento. En mi mesa había una de mayor tamaño, que el padre Stock bendijo.*

*Delante de esta cruz fue donde nuestro capellán celebró la misa, con su altar portátil, para mí sólo, en mi celda. Pude seguirla en el misal de la J. O. C., que le permitieron confiarme, y en ella comulgué. Esta misa fue, ciertamente, la más emocionante de mi vida y cuyo recuerdo me marcó profundamente.*

*Los miembros del Tribunal que me juzgó y condenó a muerte el 13 de agosto de 1941 pensaban que yo no sabía ni comprendía el alemán, por lo que la mediación de un intérprete era indispensable. De esta forma, comprendiendo la pregunta, formulada en alemán, los pocos segundos de intervalo de la traducción me permitían preparar mi respuesta, que era formulada al intérprete inmediatamente, dando así un acento de sinceridad y de verdad, que hacían vacilar al Tribunal...*

*El padre Stock venía a visitarme una o dos veces por mes, en ocasiones con más frecuencia, y nuestras entrevistas versaban sobre numerosos temas, tanto religiosos como militares (noticias que servían para alimentar a “Radio Cherche-Midi”) o filosóficos.*

*Era un hombre que aceptaba la discusión de cualquier tema estimando que su apostolado con los prisioneros debía orientarse, ante todo, a aliviar el sufrimiento, especialmente el sufrimiento moral, contra el que el hombre más fuerte está completamente desarmado.*

*A veces también, él, habitualmente tan reservado, dejaba desbordar su corazón y se podía medir entonces la profundidad de su sufrimiento frente a todas las miserias de que era testigo a diario.*

*En diciembre de 1941 (hacia el 10 ó el 11), un grupo de una docena de bretones fue pasado por las armas, y el padre Stock los asistió hasta el último momento.*

*Al día siguiente, vino a verme y, después de haberse sentado en mi taburete, con la cabeza entre las manos, completamente abatido, me dijo:*

*—¡Dios mío! ¡Qué horribles son los hombres!... ¡Qué malos son los hombres!... ¿Hasta dónde puede llegar la crueldad? Ayer, doce hombres han sido fusilados, uno detrás de otro. Han asistido al suplicio de sus camaradas, y el último, que vio caer a todos, era el más joven. Tenía 17 años y un valor admirable; he visto el reflejo del cielo que se entreabría en su mirada... ¡Qué horror!*

*Del Cherche-Midi fui trasladado a Fresnes, después de mi condena a muerte, y, en 1942, internado en la fortaleza de Rheinbach, cerca de Bonn. Estaba allí desde hacía cerca de seis meses, completamente aislado de Francia, todavía condenado a muerte y, además, considerado como “W. G.” Wehrmachtsgeisel, o, dicho de otro modo, “rehén”, cuando, por Navidad, un Oberwachtmeister vino a buscarme a mi celda anunciándome que tenía visita: cosa increíble y jamás vista por un francés en este establecimiento. Era el padre Stock, que llegaba acompañado del capellán titular de la prisión.*

*Aprovechando un momento en que el capellán de la prisión se separó de nosotros, el padre Franz Stock me murmuró rápidamente:*

*—Cuidado con el capellán; es un “funcionario” de las autoridades alemanas. No le diga nunca nada, ni siquiera bajo secreto de confesión; prevenga a sus amigos...*

*Comprendí el calvario que fue para él esta declaración de la posibilidad de traición de otro sacerdote, hecha a mí, francés y laico...*

*Debo afirmar aquí cómo la afectuosa presencia de nuestro capellán Stock ha sido para mí un apoyo y una fuente inagotable de consuelo y esperanza. Su santidad irradiaba a su alrededor y su sonrisa llevaba la tranquilidad a los corazones angustiados...*

*Esta afectuosa presencia del capellán era cada vez más solicitada..., y, al contrario, él podía responder cada vez menos a estas llamadas, pues todos los días las prisiones se llenaban con nuevos detenidos y las condenas a muerte se sucedían.*

*Al instaurar en Francia un régimen de terror, Hitler esperaba acabar con la resistencia que los franceses empezaban a oponerle ferozmente. Pero los arrestos y las ejecuciones, lejos de paralizar a la población, arrojaban, por el contrario, a la Resistencia a hombres y mujeres, cada vez más numerosos y decididos.*

*Tanto que el 16 de septiembre de 1941, en un acceso de rabia, Hitler indicó a las autoridades alemanas de París que todo francés detenido por las Fuerzas de ocupación podía ser fusilado inmediatamente, sin proceso <sup>16</sup>.*

## **SU DIARIO**

*El padre Stock escribe en su Diario: Viernes, 20 de febrero de 1942. A las 8.45, voy al Cherche-Midi a ver a Roger L... Nacido el 24 de febrero en París. Debe ser ejecutado a las 15. Ha sido condenado a muerte, el martes último.*

*A las 9 me acerco a Fresnes. Varias conversiones. Se me anuncia que me está prohibido ver ciertos prisioneros.*

*12.30. Voy rápido a casa, a comer. Después, vuelvo a Cherche-Midi. Roger L... no estaba bautizado; había contraído matrimonio civil y tenía una niña de dieciséis meses. Le he bautizado después de haberle instruido someramente; luego, hemos rezado juntos. La ceremonia se ha hecho sin padrinos. Estaba muy bien dispuesto. Había perdido todo su valor, pero, con mi*

---

<sup>16</sup> Closset, pp. 102-107.

*auxilio, volvió a recuperar la confianza. Después de una confesión general, hizo su primera comunión con una seriedad emocionante. Ha sido víctima de su medio familiar: los padres no se habían ocupado de su educación religiosa. Me era imposible dejarlo.*

*Allá arriba, en el Mont Valérien, hemos recitado juntos las oraciones de los agonizantes. Su único deseo era que Dios le perdonara sus pecados. Sus últimas palabras en el momento de morir fueron: “Señor, tened piedad de mí”.*

*Ha muerto con el corazón lleno de fe. Enterrado en Ivry.*

*En su última carta a su mujer, le anunciaba su conversión y deseaba que hiciera bautizar lo más rápidamente posible a su pequeña y que la educara cristianamente.*

*Al regresar, por la noche, a la calle Lhomond, me entero de que mañana, sábado, por la mañana, catorce rehenes van a ser fusilados.*

*Por la tarde, recibí muchas visitas en mi domicilio.*

*Lunes, 23 de febrero de 1942. Salimos de Fresnes a las 4 y cuarto, en una madrugada helada y fría. La moral de los siete condenados era buena, todos estaban contentos de que me encontrara a su lado y me agradecían mucho lo que había hecho por ellos.*

*Entre los cuales, un muchacho de 19 años, S., muy valiente también. Había otro, A., inválido total de guerra, que rehusó dejarse vendar los ojos, lo que le fue concedido: “Diga a mi mujer y a mis hijos que he mirado la muerte de frente”. Le tendí una vez más la foto de su hija y de su hijo, la besó, hizo la señal de la cruz, y todo acabó. Todos han muerto después de haberse confesado y comulgado<sup>17</sup>.*

## **EL FINAL**

*Cuando las tropas aliadas se acercaban a París, Hitler había dado orden al general von Choltitz de destruir la capital y todos sus monumentos, pero el sucesor de von Stülpnagel no le obedeció.*

*Los combates callejeros empezaron, por todas partes surgieron barricadas. La sangre empezó a correr... El padre Stock no permaneció inactivo*

---

<sup>17</sup> Ib. pp. 126-127.

*en su retiro. Sin demora, corrió a los lugares de los tiroteos, para asistir a los heridos graves y a los agonizantes. Después, sabiendo que los soldados alemanes heridos y que no podían ser transportados, estaban condenados a permanecer en el hospital de la Pitié, y que solamente un médico y dos enfermeras alemanas habían aceptado quedarse para atender a estos desgraciados, fue a unirse a ellos, trabajando noche y día a su servicio. Estuvo varios días sin desnudarse ni acostarse, sin tomar el menor descanso. Pronto, el hospital cayó en manos de las F. F. I., y un capitán se presentó al médico alemán exigiendo que le entregara inmediatamente varios rehenes que tenía intención de hacer fusilar para vengar París de las crueldades de la Gestapo y de los S. S. El médico hizo llamar apresuradamente al padre Stock, ocupado en un servicio. Cuando el sacerdote se presentó ante el oficial, éste se quedó cortado durante un momento y balbuceó:*

*—¡Oh! ¡Usted, padre!*

*El oficial era un antiguo recluso de Fresnes. Acababa de reconocer en aquel sacerdote a su capellán, que ganó la partida inmediatamente:*

*—Cuando usted estaba en Fresnes —le dijo el padre Stock—, le socorrí. Ahora le toca austed ayudarme.*

*El oficial, completamente emocionado, redactó y firmó un documento, que fue fijado en la puerta del hospital, poniendo a éste bajo la protección de la Resistencia y librando de toda represalia a sus ocupantes.*

*Y cuando todo hubo acabado, el 25 de agosto de 1944, cuando von Choltitz hubo firmado la capitulación de París y la fiesta estalló en las calles de la capital, el padre Stock comprendió que sus amigos franceses ya no le necesitaban. Pensó inmediatamente en sus desgraciados compatriotas, en los más desgraciados de ellos —en aquellos que iban a pagar ahora los crímenes de su país: los prisioneros de guerra—, y, a su vez, se entregó, como prisionero voluntario.*

*En octubre de 1945 Stock escribió: He sido capellán para los presos durante 4 años. Les prometí orar por ellos, que para mí eran grandes santos y mártires. Y, si alguna vez deseo alguna gracia especial de Dios, me dirijo a estos que ayudé a salvarse al morir y que fueron directamente a Dios después de tantos sufrimientos padecidos. Con frecuencia, he sentido la eficacia de la oración por esos asesinados, que no nos olvidan nunca.*

## **PRISIONERO VOLUNTARIO**

*Su vida de prisionero voluntario empieza, en realidad, en Cherbourg, en septiembre de 1944, en un campo de concentración bajo la autoridad americana. En este campo había soldados alemanes, pero también un contingente muy numeroso de civiles de todos los países: holandeses, belgas, alsacianos, polacos, luxemburgueses y checos que los alemanes habían arrastrado tras ellos.*

*Cherbourg y toda la región había sido severamente afectada por los bombardeos y los combates. Todo estaba desorganizado y los prisioneros conocieron días muy duros. El campo estaba lleno de tiendas militares; se caminaba sobre el barro, bajo el viento y la lluvia; los alimentos eran más bien escasos. Todo el mundo estaba agotado, sin fuerzas, sin capacidad de reacción.*

El padre Stock descubrió así otra de las miserias de la guerra: estos campos superpoblados, donde faltaba lo esencial, donde los hombres aceptan convertirse en rebaño sin nombre, donde no se distinguen unos de otros más que por un número.

*Sin esperar, empezó a cumplir su ministerio de sacerdote, y lo hizo en la pobreza más completa, ayudado por su capellán americano, el padre Necker (que fue un verdadero padre para mí, ha anotado en un cuaderno). Otros dos sacerdotes alemanes, prisioneros también, le asistían.*

*El padre Stock se dio rápidamente cuenta de que era imposible continuar en estas condiciones y se acordó del padre Rodhain, que le había ayudado muchas veces, clandestinamente, cuando era capellán de las prisiones parisinas. ¿Por qué no recurrir a él? Lo mejor era ir a París, para defender la causa de sus compañeros.*

*Sin demora, redactó una petición, que hizo llegar al cardenal Suhard. Algunos días después, le era enviado a Cherbourg un salvoconducto, y el 4 de octubre, día de san Francisco, el padre Necker le procuró el gozo de llevarle a París, en su coche particular.*

*En la capital le agasajaron. En todas partes estaban contentos de verlo. Un viejo amigo, el padre Guérin, le albergó. Fue recibido por el cardenal Suhard, que le expresó el reconocimiento de todos por su celo en favor de los prisioneros franceses.*

*El padre Stock fue después a la capellanía de los prisioneros de guerra, con el fin de entrevistarse con el padre Rodhain y examinar con él lo que era posible hacer. Allí le esperaba una sorpresa... No encontró al padre Rodhain, ausente de París, pero tuvo la alegría de ser recibido por el padre Le Meur, que había llegado a ser entretanto, el coadjutor del capellán general de los*

*prisioneros de guerra. Por tercera vez, la Providencia cruzaba el camino de los dos sacerdotes.*

*(Por otra parte, este encuentro iba a orientar definitivamente la vida del padre Stock y llevarlo muy pronto a Orleans, y después, a Chartres).*

*Antes de abandonar París, el padre fue a su antigua residencia, en la calle Lhomond, donde pudo recuperar algunos objetos religiosos de los que tenía necesidad para su ministerio en los campos: una capilla portátil, libros de oraciones, misales, paños para el altar y algunos libros de teología.*

*El 7 de octubre, abandonó París, siempre en compañía del padre Necker. Los dos sacerdotes hicieron un alto en Lissieux, donde celebraron misa al lado de la urna que contenía las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús. Por la noche, estaban de vuelta en el campo.*

*Poco a poco, los prisioneros se reponían y el ministerio del padre Stock se hacía más fácil, pero, al mismo tiempo, más intenso.*

*El 12 de noviembre, se inauguró la tienda-capilla y hubo una asistencia récord en la misa celebrada por él. Pero cuanto más se multiplicaban sus contactos con los prisioneros, más desprovisto se sentía de las cosas indispensables. Así, el 15 de noviembre, escribió al padre Rodhain, para ponerlo en guardia una vez más.*

*Vivo en el campo 10, sección 2. Nada se ha hecho para proveernos de misales, folletos religiosos, etc. Es lamentable que las autoridades americanas no se muevan.*

*Pienso a menudo en su organización y en todo lo que usted ha hecho por sus prisioneros, para aliviar su soledad y amargura. Aquí no tenemos nada; miles y miles piden un misalito, un libro de oraciones, la Biblia en su lengua, rosarios, etc. Espero su ayuda. Sé que usted se hará cargo de mis preocupaciones.*

*Mientras espera la respuesta del padre Rodhain, Stock toma contacto con el clero de Cherbourg, al que solicita ayuda, y entra en relación con la abadía trapense de Bricquebec, a unos veinte kilómetros de la ciudad.*

*Y llegó Navidad. Gracias, sobre todo, a la ayuda que le prestó la abadía, pudo decorar la capilla, instalar un belén y algunos árboles de Navidad: en una palabra, crear el ambiente apropiado a la festividad. La asistencia a todas las misas fue considerable: el padre se emocionó al oír cantar a aquellos hombres,*

viejos cánticos populares de Navidad, que expresaban la alegría del nacimiento del Salvador, cuando el corazón de todos estaba lleno de sufrimiento y de pena. ¡Nunca hasta ahora he celebrado una Navidad semejante, escribió a un amigo. Estas Navidades, las primeras de su cautiverio, fueron una cima y un punto de partida. Los prisioneros se dirigían a él cada vez en mayor número. No cesaba de confesar, de dar charlas, de celebrar entrevistas con pequeños grupos o en particular. A la vez pensaba en sus propios familiares, en sus padres y hermanos. No había recibido ninguna noticia de ellos. Cuando se produjo la liberación, Stock no comprendía el despliegue de odio contra los prisioneros alemanes, humillados, desamparados y desgraciados. La población francesa parecía a sus ojos falta de dignidad y de grandeza de alma.

## RECTOR DEL SEMINARIO

Estaba inseguro sobre su futuro, cuando recibió una carta del padre Huet, que le decía: Vengo a pedirle que acepte en condiciones materiales más difíciles que en las que vive ahora tomar a su cargo la formación espiritual de los seminaristas alemanes prisioneros. Queremos concederles este favor para permitirles encaminarse hacia el sacerdocio y darles después de tantos años de interrupción la posibilidad de convertirse sin tardar en un elemento de renovación para el catolicismo de su país. Deseamos que unos sacerdotes alemanes se encarguen de su formación, porque se trata también de un clero para Alemania. Stock aceptó el reto. El cardenal Suhard bendijo la obra que iba a comenzar. El general Boisseau, director general e inspector de los prisioneros de guerra del Eje, también lo recibió. También fue recibido por el Nuncio apostólico, Monseñor Roncalli, futuro Papa Juan XXIII <sup>18</sup>.

Los seminaristas alemanes reunidos en Orleans pasaron rápidamente de 20 a más de 50. Había mucha necesidad de infraestructura y de medios de enseñanza, pero se comenzó. El padre Stock se encargó de las clases de liturgia, de historia de la Iglesia y de un curso de francés. Otro sacerdote austríaco, también prisionero, dio otras clases. Lo importante era comenzar a andar. Franz tenía fe en la misión que Dios le confiaba y eso a pesar de la explosión de odio que acompañó al armisticio de mayo de 1945.

Del Seminario organizado en Orleans pasaron al de Chartres para tener mejores condiciones de vivienda y otras facilidades. Había ya 119 seminaristas.

La salud del padre Stock no era buena. En 1945 se había hecho unos exámenes. El médico escribió: *El paciente ha trabajado mucho más de lo que sus*

---

<sup>18</sup> Closset, pp. 154-163.

*fuerzas le permitían, subiendo muy a menudo escaleras, acostándose tarde. Después de cualquier esfuerzo experimenta mareos y se cansa fácilmente. No ha sufrido hasta ahora una verdadera crisis cardíaca. No veo ningún inconveniente en que el paciente permanezca en un campo de prisioneros de guerra y continúe haciendo un trabajo más o menos sedentario, ejerciendo sus funciones sacerdotales.*

El comandante Gourut anotó: *Nunca le oí quejarse de nada, antes bien elevaba la moral de los que parecían abandonados. Lo he visto enfermo y continuar cumpliendo sus funciones. En varias ocasiones tuve que obligarle a descansar en mi casa. En una palabra, el hombre, tal como lo he conocido y frecuentado, era un ejemplo, no de resignación, sino de caridad*<sup>19</sup>.

El número de seminaristas se triplicó, llegando a 375; y consiguieron 10 sacerdotes y 4 profesores laicos para las clases, con 37 hermanos ocupados en los servicios generales del Seminario. Algunos obispos alemanes enviaron profesores para el Seminario de Chartres.

En las vacaciones de 1946, Stock quiso saber sobre su familia y fue autorizado a ir a Alemania. Al llegar a su casa, su padre había muerto el día anterior. Su madre dio las gracias a Dios por haberle enviado a su hijo para confortarla en su sufrimiento. Volvió a Chartres y ya estaban inscritos 500 seminaristas, que estaban apoyados por la universidad católica de Friburgo. A principios de 1947, Stock hizo un nuevo viaje a Alemania. Se sentía un poco agotado y se le veía demacrado. Le hubiera gustado quedarse con su familia un tiempo para descansar, pero el deber le obligaba a regresar a Chartres. Por fin se cerró el Seminario de Chartres y los seminaristas prisioneros pudieron regresar a Alemania. El padre Stock, en septiembre de 1947, tuvo que ir a un cardiólogo por sus problemas de salud. El diagnóstico fue pesimista. Le ordenaron un descanso completo en cama. Así estuvo dos largos meses. La universidad de Friburgo en sesión del 16 de diciembre de 1947 lo nombró doctor honoris causa en teología.

## **EL GENERAL BRISSAC**

*El general De Cossé-Brissac lo conoció bien al padre Stock y nos lo muestra verdaderamente cuando cuenta a un amigo el recuerdo que de él guarda: Dios me ha concedido la gracia de conocer al santo sacerdote Franz Stock en la prisión de Fresnes. Me acuerdo siempre de una breve entrevista que me llenó de confusión, pues entonces vi que era un hombre de Dios. Había venido a visitarme a mi celda, en el tercer piso del edificio Central, el 5 de junio,*

---

<sup>19</sup> Ib. pp. 172-173.

*día de mi aniversario, fiesta de san Bonifacio, monje irlandés, apóstol de Alemania. Tuve el mal gusto de decirle, dándomelas, evidentemente, de hombre espiritual: “Padre, hoy me he sorprendido a mí mismo rezando por su país; y lo más curioso es que, según creo recordar, su país ha sido evangelizado por un inglés”. Entonces, él me respondió, con su voz dulce y uniforme: “Hijo mío, a los ojos de Dios, no hay ingleses, ni alemanes, ni franceses. No hay más que cristianos, o simplemente hombres... y yo no soy más que un sacerdote del obispo de París”.*

*Aún me parece ver a aquel hombre, joven todavía, de clara y penetrante mirada, entrando en nuestras celdas para confesarnos y darnos la santa comunión. Ciertamente, evitaba criticar al régimen del que éramos víctimas, pero lo veíamos atento a nuestras miserias, compadeciendo nuestras penas y las de nuestra patria. De él radiaba una extraordinaria distinción, reflejo de un alma sobrenatural. Era, ante todo, sacerdote, y en él vivía Jesucristo. Nunca le he oído una palabra que pudiese lastimar el alma más delicada. Adivinábamos el martirio que padecía aquel hombre, constatando, a lo largo de todo el día, las atrocidades que cometía el régimen pagano que, además de oprimir a su pueblo, tenía sometida a toda la Europa de aquella época.*

*Sufría con nuestros sufrimientos. Él era quien acompañaba al Mont Valérien a los condenados a muerte. Imagino su angustia ante aquellos que rehusaban la gracia, su humillación de súbdito alemán, su emoción de sacerdote ante aquellos que morían como valientes y como cristianos.*

*Las visitas diarias a la prisión constituían para él un calvario. Si aparecía a los cristianos como sacerdote, para los otros era un alemán, sospechoso de ser el instrumento de un sistema de violencia y de espionaje. A decir verdad, creo que todos, sin embargo, acababan, más o menos, por sufrir el influjo sacerdotal de aquel ser habitado por la gracia.*

*Le guardo un reconocimiento infinito. A causa de él, he olvidado a todos los que me han perseguido. Muchas veces me he jurado, ante el recuerdo de él, hacer todo lo humanamente posible por contribuir a una franca reconciliación de los pueblos alemán y francés, bajo el signo de Cristo. Mido lo que a los ojos de Dios vale un sacerdote como él<sup>20</sup>.*

## **SUS ÚLTIMOS DÍAS**

---

<sup>20</sup> Closset, pp. 68-69.

El padre Brass escribió sus últimos días: *Desde hace cinco o seis meses, Franz no era ya el mismo. Su corazón le causaba muchas molestias. Durante tres o cuatro semanas, tuvo que quedarse en cama. Desde hace cuatro meses, seguía un tratamiento médico. Durante este tiempo, me encontraba a su lado en la comida de mediodía y pude observar las alternativas de su enfermedad. Desde hacía dos meses, iba mejor y era capaz de dar cortos paseos. Pero, inesperadamente, el domingo por la tarde sufrió una crisis de ahogo y de escalofríos: el médico que le visitó comprobó la existencia de un edema del pulmón y ordenó su inmediato traslado al hospital "Cochín". Ahí le hicieron una sangría de 300 cm.<sup>3</sup>. Dos sacerdotes franceses, que viven en la calle Lhomond, núm. 23, lo habían acompañado. Como su estado era serio, le dieron la absolución. Yo mismo no supe hasta el lunes a mediodía lo que había ocurrido, pues no iba a la calle Lhomond más que a la hora de la comida del mediodía. Fui inmediatamente al hospital y encontré a Franz en buen estado, pues, después de la crisis de la víspera, se sentía aliviado: "Estoy bien cuidado aquí y espero poder curar", me dijo. Cuando le pregunté si debía informar a ustedes, respondió: "No; dentro de algunos días, estaré curado; ¿por qué inquietarlos inútilmente?". Incluso pidió su ropa para levantarse, ya que se sentía mejor.*

*Los médicos declararon también que no había peligro de muerte; decían que si estaba débil era como consecuencia de la extracción de sangre. El martes por la tarde, fui de nuevo al hospital y le encontré visiblemente peor. Dormía, pero su respiración mostraba que pasaba por una nueva crisis de ahogo. Por la mañana, le habían sacado otros 200 cm.<sup>3</sup> de sangre. Me quedé una hora con él. Antes de marchar, le estreché la mano. Se despertó unos instantes, me sonrió y me saludó. Le enseñé la carta de usted y otra de la señorita Berlinghof. Estaba demasiado débil para leerlas. Abandoné su habitación y pregunté a la enfermera de servicio si no había peligro de muerte:*

*—No —respondió—. Se encuentra muy débil, pero no está en peligro.*

*A pesar de esta opinión optimista, abandoné el hospital con la intención de advertir al capellán, un vicario de Saint-Jacques. Fui a la capellanía donde trabajo, para buscar la dirección de este sacerdote. Apenas llegado, me telefonean del hospital previniéndome que el estado de Franz acaba de agravarse súbitamente. Marché en seguida en coche a casa del vicario en cuestión y allí tomé los Santos Oleos y el Santo Sacramento. Cuando llegamos al hospital, eran aproximadamente las 16:45. Entonces supimos que Franz había muerto súbitamente, sobre las 16. El vicario y yo recitamos juntos las oraciones fúnebres, al lado de sus restos. Para administrarle la Extremaunción, era, desgraciadamente, demasiado tarde.*

*Inmediatamente informamos a todas las autoridades, así como a sus conocidos: al cardenal, al nuncio, a monseñor Baussard, al obispo de Chartres, a los señores Francisque Gay, Edmond Michelet, etc. La sincera compasión manifestada por todos ha hecho brotar las lágrimas de mis ojos en varias ocasiones. No se oyen más que palabras de simpatía y de elogio. No sé todavía ni el lugar ni el día de las exequias, puesto que Franz Stock está considerado todavía como prisionero de guerra y, por ello, bajo el control de las autoridades militares*<sup>21</sup>.

## **SU MUERTE**

*Apenas diez personas fueron al inmenso cementerio de Thiais. La tumba del padre Stock había sido cavada cerca de las de numerosos soldados alemanes allí enterrados. No era más que un pobre prisionero entre tantos otros, y este entierro se parecía extrañamente a los que él había conocido en los cementerios parisinos cuando acompañaba a su última morada a los condenados a muerte.*

*¡Un prisionero entre tantos otros, una tumba, una pobre tumba, un humilde túmulo de arena coronado con una basta cruz de madera! Esto era lo que había decidido la Administración francesa incapaz de comprender otra cosa que sus reglamentos, incapaz de captar el sentido de esta presencia, junto a los restos del prisionero, de las más altas personalidades religiosas, militares y civiles de nuestro país...*

*La Administración había prohibido que fuese publicada en los periódicos la fecha de la muerte del padre Stock, así como la hora y el lugar de su inhumación; pero, algunos días más tarde, Joseph Folliet, el amigo de Franz, desafiando estos reglamentos, publicaba en *Témoignage chrétien* un artículo en el que anunciaba esta muerte al público y elogiaba al desaparecido. Como eco de esta iniciativa, otros periódicos, a su vez, publicaron un homenaje al capellán de los prisioneros, que tanto había hecho por nuestro país.*

*La primera ceremonia pública en su memoria tuvo lugar en los Inválidos, el 3 de julio de 1949. Antiguos internos y miembros de la Resistencia francesa tuvieron, en efecto, la audacia de hacer celebrar una misa en esta iglesia. El padre Jean Pihan, antiguo recluso de Fresnes, elogió al padre Stock y empezó subrayando el carácter extraño de esta ceremonia: “Saludo con respeto y gratitud al señor gobernador general de los Inválidos. Gracias a su benevolencia, puede tener lugar esta extraña ceremonia”*<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Ib. pp. 212-213.

<sup>22</sup> Closset, pp. 216-217.

El padre Franz Stock murió el 24 de febrero de 1948. Murió en un hospital dirigido por comunistas que lo trataron como un prisionero anónimo. Murió solo, sin la presencia de ningún ser querido. Un amigo suyo que fue a visitarlo, lo encontró en la morgue. El ministro Michelet, cuando fue informado de como lo habían tratado y de cómo habían rechazado el deseo de su hermana Francisca de salir de Alemania para ir a los funerales, se disgustó mucho. Lo cierto es que murió considerado aun como prisionero. Las autoridades militares habían prohibido publicar en los periódicos la fecha de su muerte, la hora y el lugar de las exequias. Un puñado de amigos se reunió en el cementerio de Thiais, cuando tres años más tarde el padre Le Meur obtuvo libertad para acondicionarle una tumba más digna del reconocimiento francés. Sus amigos publicaron un mensaje en los periódicos para que ayudaran en esta tarea.

## **TUMBA DIGNA**

*El sacerdote Franz Stock ha muerto hace tres años. Ha recibido en el cementerio de Thiais una sepultura provisional, señalada con una sencilla cruz de madera, en una sección aislada de este inmenso cementerio. Su tumba está actualmente abandonada.*

*Después de haber consultado a su familia, he adquirido la certeza de que el padre Stock descansará definitivamente en Francia. Su familia parece que no está en estado de modificar, por el momento, su situación actual. Corresponde, pues, a sus amigos franceses darle una sepultura digna de él y... de su agradecimiento.*

*Estoy seguro de que este sentido de correspondencia se impondrá a todos los que se han beneficiado de la amistad o de los servicios del padre Stock.*

*Ahora bien, las circunstancias añaden un carácter de urgencia a este proyecto de sepultura: el 15 de agosto próximo, un grupo importante de sacerdotes estudiantes alemanes, que formaron parte del Seminario de prisioneros que el padre Stock dirigió en Chartres desde 1945 a 1947, vendrá en peregrinación a Francia. Estos eclesiásticos, que vienen de todas las diócesis de Alemania, visitarán la tumba de su antiguo superior. No podemos pasar por la vergüenza de dejársela ver en su estado actual.*

*Esta es la causa que me empuja a tomar la iniciativa (que usted comprenderá y ampliará) de abrir una colecta para erigir en este mismo cementerio de Thiais una tumba definitiva y digna, donde descansará el padre Stock.*

*Las respuestas a las llamadas del padre Le Meur fueron numerosas y a menudo emocionantes. Rápidamente, las cantidades necesarias fueron recogidas y pudo ser levantado un monumento de granito, muy sobrio pero, al mismo tiempo, muy digno, en un lugar del cementerio más accesible a la muchedumbre. En el monumento se podía leer, bajo la palabra “PAX”, la inscripción siguiente:*

*A FRANZ STOCK  
Sacerdote de la diócesis de Paderborn 1904-1948  
Capellán de las Prisiones de Fresnes, de la Santé y de Cherche-Midi  
1940-1944  
Las familias de los prisioneros y fusilados franceses,  
agradecidos*

*y, bajo esta inscripción, la insignia de los prisioneros: unas alambradas entrelazadas.*

*La nueva inhumación tuvo lugar, en privado, antes del 15 de agosto, y cuando los sacerdotes y antiguos seminaristas fueron a rezar a Thiais para agruparse en torno a su superior en su peregrinación de gratitud a Notre-Dame de Chartres, la tumba estaba terminada<sup>23</sup>.*

Después de la guerra en el lugar que tenían lugar los fusilamientos colocaron una placa conmemorativa, donde estaba escrito que 4.500 fueron asesinados en aquel lugar. Casi todos, incluidos ateos y comunistas en el último momento abrazaban a Stock, reconociéndole como un hombre bueno que los había ayudado, al menos yendo en su compañía hasta el final. Y le dejaban algunas cosas como sus gafas, ropa, un anillo, un testamento o algún objeto para sus familiares.

## **P. BERNHARD HÄRING**<sup>24</sup>

En septiembre de 1940 fui destinado al servicio de sanidad militar. Me trasladaron a Augsburgo para un cursillo de instrucción sanitaria de 9 semanas. A fin de año fui destinado a una división de infantería cerca de Bayeux (Francia). Tuve suerte. Tanto el jefe de la compañía de sanidad como el médico eran católicos practicantes. El capellán (páter) católico de la división era un hombre

---

<sup>23</sup> Ib. pp. 220-221.

<sup>24</sup> Las notas que leerán a continuación están tomadas del libro escrito por el Bernhard Häring, *Memorias de guerra de un sacerdote*, Ed. Herder, Barcelona.

dotado de extraordinaria simpatía. Y pude desarrollar mi ministerio sacerdotal en forma regular al menos los domingos aunque la ley prohibía a los sacerdotes de sanidad militar desempeñar ninguna tarea de los capellanes castrenses. Solo podíamos celebrar misa a puerta cerrada y solo acompañados de una persona. Pero el primer domingo celebré la misa en presencia de la casi totalidad de la tropa de la compañía. Un cabo segundo, arquitecto, y otro cabo segundo, estudiante de teología y jesuita, se cuidaron de formar un excelente coro y de los demás detalles de la misa. Al cabo de unas semanas pude celebrar misa dominical en la catedral de Bayeux para varios regimientos. La asistencia era muy elevada. Todos los domingos me trasladaba en bicicleta de Somerville a Bayeux para celebrar misa y predicar. Un día me llamó el jefe de la compañía de sanidad y me obligó a utilizar su propio automóvil. Era para él cuestión de prestigio.

Un día, cuando hacía mis desplazamientos en bicicleta, me detuvo en medio de la ciudad el comandante militar de Bayeux. Me dijo: Estuve en misa y me gustó ¿Qué le parece si invito al coro de música del regimiento? Y así fue que la misa del domingo se convirtió en un acontecimiento musical que aumentó la alegría de los soldados. Incluso muchos civiles franceses asistían a la misa. Como yo era el único hombre de la compañía que podía hablar en francés, fui comisionado muchas veces para hacer transacciones, por ejemplo para la compra de heno y paja para nuestros caballos. Y así se desarrolló pronto una viva amistad con la población civil. Algunas veces pude prestarles ayuda como enfermero. Incluso algunas familias francesas me pedían mi opinión sobre los soldados que trababan amistad con sus hijas y sobre otros temas.

## **EN POLONIA**

A principios de mayo de 1941 nuestra división de infantería fue trasladada a Polonia cerca de la ciudad de Sokol, no lejos de la frontera rusa. Yo era ya suboficial de sanidad y directamente responsable de los servicios de enfermería de los hombres de nuestra compañía. El lugar donde estábamos no tenía iglesia. Mis amigos soldados construyeron un altar en un granero vacío y allí celebraba misa los domingos para los soldados de la compañía y para las unidades cercanas. Las relaciones de nuestros hombres con la población polaca eran muy buenas. Muchos polacos asistían espontáneamente, o invitados por nuestros soldados, a la misa que entonces era en latín. Yo adquirí conocimientos de polaco suficientes para entenderme con la gente y no tuve inconveniente en participar con los católicos polacos en un acto piadoso del mes de mayo.

Había violado tan despreocupadamente las leyes de Hitler que prohibían a los sanitarios celebrar misa y predicar que no me quedé sorprendido cuando el

jefe Superior me llamó para pedirme cuentas de mis actos. Me preguntó si era cierto que había tomado parte 3 veces en actos religiosos con la población polaca. Respondí que más de 3 veces. Me siguió preguntando si sabía que eso estaba prohibido por la ley. Respondí que sí. Me insistió diciendo si tenía algo que decir en mi defensa. Contesté que no. Pero le dije que quería pedirle un favor: que mi caso fuera juzgado con el caso, tal vez más grave, del teniente X. Dicho teniente asistía al interrogatorio y enrojeció visiblemente, porque era él quien me había denunciado. El jefe me preguntó que a qué caso se refería y le respondí que el mencionado oficial había bebido y bailado con mujeres polacas de dudosa conducta y que eso podría ser más peligroso que rezar en compañía de honrados ciudadanos polacos.

El comandante me despidió con duras palabras y el teniente que me había denunciado se hallaba ahora en una situación mucho más peligrosa. Por mi parte traté siempre de ser amigo de todos y pude entablar muchas y excelentes relaciones humanas. Pero llegó la víspera de la guerra con Rusia. Desde las últimas horas de la tarde y durante la noche estuve oyendo confesiones en la iglesia católica de rito ruteno. Los soldados católicos se agolpaban para confesarse. De vuelta a la unidad me acompañaba en el camino el sanitario jesuita Fichter. En los 6 meses que estuvimos en la misma unidad, trabamos una profunda amistad.

## **EN RUSIA**

Un día en una región de bosques celebré la misa sin altar. Se habían reunido allí todos mis amigos católicos y protestantes. Di la absolución general después de que todos confesaron sus pecados ante Dios y después de que casi todos comulgaron. Aquella celebración fue para mí y para muchos de mis amigos una experiencia profunda e inolvidable. En las primeras horas de la mañana, tras una intensa preparación artillera, cruzamos la frontera, un riachuelo. Caímos bajo el fuego graneado del enemigo. El primero que necesitó mis auxilios espirituales fue mi amigo jesuita Fichter. Una granada le había destrozado el casco de acero y le había fracturado el cráneo. Todo su cuerpo luchaba contra la muerte, se negaba a morir. Le di la santa unción y lloré sin consuelo. La siguiente persona a la que ayudé como enfermero y sacerdote fue un soldado ruso, tendido en un charco de sangre. Limpié sus heridas y se las vendé. Luego intenté en ruso y en polaco susurrarle unas palabras de consuelo. Pero no me entendió. Los rasgos de su rostro me indicaron que era de origen asiático. Probablemente no entendía el ruso. Saqué de mi bolsillo un crucifijo con la esperanza de que captara mi mensaje. Comprendió que yo era un verdadero amigo y tomó el crucifijo con agradecimiento. Murmuró ¿qué es esto? A la tristeza de la muerte de mi amigo

Fichter se unió ahora la tristeza de no poder dar un último consuelo a ese hermano en Cristo.

La batalla proseguía. Tuvimos que ponernos en marcha. No tuve tiempo ni para enterrar a mi amigo, pero me sentía invadido de un hondo deseo de salvar, de consolar, de hablar de la paz que el mundo no puede dar. En los 5 años pasados durante la guerra en el servicio de sanidad, no hice la más mínima diferencia entre alemanes y rusos. El regimiento al que fui destinado se llamaba List. La mayoría de los soldados eran de Baviera y Silesia. El médico del batallón no gozaba de simpatía. Le llamaban veterinario. La mayoría de los soldados prefería visitarme a mí cuando el médico estaba ausente y sabían que estaba a su disposición día y noche. En ocasiones, les daba a todos la absolución general junto con la celebración de la misa.

La asistencia era siempre numerosa (había muchos católicos), Muchas veces venían a confesarse hombres que hacía 10 ó 20 años que no habían recibido ningún sacramento de la Iglesia. Por eso, para ellos la misa era una experiencia de fe. Siempre llevaba conmigo hostias consagradas y, cuando alguien caía mortalmente herido, le daba la comunión y la unción de los enfermos. Su agradecimiento era grande.

En octubre de 1941 nuestro regimiento de infantería fue lanzado a uno de los puntos neurálgicos de la dura batalla de Jarkov. Nos asignaron la misión de atacar durante la noche un lugar ocupado por fuerzas rusas muy superiores. Fuimos rechazados con grandísimas pérdidas y nos atrincheramos no lejos del lugar. Uno que había excavado su hoyo junto a mí era un excelente joven católico, a cuya familia conocía yo desde los días de estancia en el Seminario. Había regresado al frente justo el día anterior después de un permiso por heridas graves. Aquella noche fue uno de los que necesitaron mis auxilios. Murió en mis brazos después de administrarle los consuelos de la Iglesia. A la mañana siguiente las tropas acorazadas rusas pasaron al contraataque. Frente a la superioridad enemiga mis hombres huyeron a la desbandada. Yo estaba convencido de que aquella huida era suicida y fui uno de los últimos que se mantuvieron en los hoyos antitanques. Pero cuando vi que estaba casi solo, empecé a retroceder y solo me salvó el hecho de que era yo un buen corredor. Era un arte estar tan cerca de los tanques que no te podían disparar y tan lejos que no pudieran pasarte por encima. Finalmente alcanzamos las casas de la próxima aldea, buscando protección. Todavía no me había recuperado del cansancio y del terror cuando oí gritos de auxilio de algunos soldados gravemente heridos.

Corrí en su ayuda. Cuando aparté la ropa del primero vi que había recibido un tiro en el vientre y al examinar la herida se le salieron los intestinos. Volví a taparle y le dije que no podía curarle, pero le ofrecía mis servicios como

sacerdote católico. El me respondió: Soy protestante, pero, si me dices una palabra de fe, te lo agradeceré. Le dije sencillamente: Dios te llama al hogar como Padre. El respondió: *Si Dios llama, estoy preparado. Y tuve que acudir a otros que pedían a gritos auxilio.*

Aquella tarde recibimos refuerzos y tuvimos que lanzar un contraataque. Una acción insensata. Bajo el fuego de los tanques y de la infantería rusa perdimos entre muertos y heridos casi la mitad de los efectivos. Mis cuatro ayudantes camilleros murieron. Me hallaba solo en la compañía y tuve que acudir sin descanso de un extremo al otro. El combate se desarrollaba en un campo abierto y llano. Éramos un blanco fácil para los tiradores rusos. Cuando pude refugiarme en un hoyo de protección, me dije a mí mismo que estaba agotado. Estaba convencido que no podía más. Y entonces oí gritos desesperados de un soldado de un batallón vecino: *Enfermero, enfermero.* Decidí correr hacia él. Encontré un hombre de avanzada edad del Tirol meridional con graves heridas en el vientre. Lo retiré a un lugar cubierto y vendé sus heridas. No tenía posibilidades de sobrevivir y le pregunté si deseaba mis servicios como sacerdote católico. Al oír que tenía la comunión, dijo asombrado: *Qué bueno es Dios conmigo.* Su admiración y agradecimiento eran tan grandes que había desaparecido en él el temor de la muerte. Sus ojos agradecidos fueron para mí una recompensa grande por tantas fatigas y peligros. Estaba aún a su lado, cuando exhaló su último aliento, y como hacía siempre anoté la dirección de sus familiares y les envié el último saludo.

Años más tarde al dar una conferencia en el Tirol, encontré a un sacerdote que era primo de aquel hombre. Me contó que su difunto primo se había separado de la Iglesia con ocasión de un agrio conflicto con el párroco de su parroquia que lo había tratado injustamente. Su madre había llorado muchísimo y había rezado mucho por él. Sufrió por haberse separado de la Iglesia y porque no había tenido valor para volverse atrás. Sin embargo, siempre estaba dispuesto a echar una mano a los ancianos. Dios había escuchado las oraciones de su madre.

Un día encontré en el campo de batalla a un soldado ruso gravemente herido. Estaba solo, abandonado y desamparado en una zona que el ejército ruso se había visto obligado a evacuar. Lo cuidé lo mejor que pude. De pronto aquel hombre echó mano a su cartera y, como agradecimiento, me ofreció el dinero que llevaba encima. Se sintió afectado cuando rechacé su gesto. Lo había hecho con total sinceridad, pero pronto nos entendimos como hermanos. Comprendió que para mí la mayor recompensa era poder ayudarlo.

## **EN JARKOV**

En octubre nuestro regimiento fue el primero en entrar en la conquistada Jarkov. Estuvimos allí hasta poco antes de la Navidad de 1941. Había relativa tranquilidad, pero el estado de salud de la tropa no era óptimo y tuve como enfermero mucho trabajo. Tenía que preocuparme que la tropa tomara cada día una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Pero no parecían dispuestos a hacerlo y tuve que aconsejar a los del servicio de cocina que aliñaran con aquel aceite la ensalada de patatas. Nadie sospechó el condimento que llevaba. Para alimentarlos mejor, decidimos sacrificar un caballo, pero tuvimos que hacerlo en el más alto secreto para que los soldados no sospecharan la clase de carne que les servíamos. Todos quedaron contentos. Cuando por la tarde se descubrió el secreto, llegaron los músicos del regimiento. Todos y solo los músicos se quejaban de dolores de estómago por haberse enterado de haber comido carne de caballo. Esto dio motivo a numerosas bromas.

Poco antes de las Navidades, los rusos montaron un contraataque. A prisa nos hicieron subir a vagones de un tren de mercancías para trasladarnos a un punto del frente por el que había penetrado el ejército ruso. No teníamos ni idea de la gravedad de la situación y hacía mucho frío. En el vagón me encontré con un soldado católico que tenía dos hermanos sacerdotes. Mostró mucho sentimiento porque por una enfermedad no había podido asistir a misa. Me preguntó cómo podía saber si el domingo siguiente habría misa. Al llegar al destino, me pidió confesarlo. Me dijo: *Tengo el presentimiento de que me ha llegado la última hora*. Escuché su confesión y recuerdo la profunda impresión que me produjo la honestidad y pureza de su corazón. Algunos días después supe que había muerto al intentar socorrer a un amigo herido.

Desde la primera semana de la campaña de Rusia hasta caer herido en mayo de 1942, serví en la misma unidad de infantería y, al curarme, tenía la esperanza de ser enviado a la misma unidad, pero fui enviado a una sección de exploración recién constituida. Había en ella muchos buenos cristianos. Solo un número muy pequeño era partidario del régimen. También fui bien recibido por todos como sargento de sanidad y sacerdote. Cuando el médico, no muy apreciado y no muy entendido en su profesión, cayó enfermo, el comandante decidió no pedir sustituto y dijo: *Seguro que el sargento de sanidad Haring nos presta mejores servicios*. Al cabo de unos meses me puse en contacto con el médico jefe de la división y le pedí que cubriera el puesto vacante. Así lo hizo. El nuevo médico era un hombre recién salido de la universidad, con talento y muy simpático y cristiano creyente.

## **EL TIFUS**

Normalmente nos llevábamos bien, pero un día no siguió mi opinión con consecuencias muy graves para mí. Llevó a la enfermería, que a la vez era mi dormitorio, a un soldado cuyo diagnóstico era indisposición pasajera. Pero advertí que era un caso de tifus. El médico estuvo molesto por la rapidez y seguridad de mi diagnóstico y se aferró a su opinión. Al día siguiente su enfermedad había progresado tanto que no se le podía llevar al hospital de campaña. Tuve al hombre conmigo en la enfermería hasta que superó el momento más grave de la crisis. Cuando pudimos trasladarlo al hospital de campaña, el médico dio un diagnóstico inadecuado. Yo comuniqué mi diagnóstico. Al día siguiente apareció el tifus. Me sentía tan débil que también en mi caso tuve que renunciar a la idea de trasladarme al hospital. Decidí quedarme donde estaba y curarme con mis propios recursos. El médico se sintió preocupado, pero no quise pedir permiso de convalecencia por estar con mis amigos hasta que me curé.

Dondequiera que íbamos mis dos profesiones de enfermero y sacerdote formaban una unidad indisoluble. Para nuestros soldados primero era enfermero y después sacerdote. Para la población civil rusa, primero era sacerdote y segundo enfermero. De ordinario entraba en contacto con la población civil después de nuestra llegada al lugar. Mis amigos soldados, cuando veían gente sufriendo, les decían que fueran a verme. Durante la primavera y verano de 1943, cuando estábamos acampados en la región pantanosa de Pripet, recibí un encargo oficial a través de la Wehrmacht. Había allí una terrible epidemia de tifus, tabardillo y otras enfermedades contagiosas. Se me comisionó en atención a mis conocimientos del idioma ruso y a mi competencia en enfermedades contagiosas para que me dedicara de modo especial a la población civil en el territorio donde estaba nuestra división.

Visité todas las aldeas y caseríos pregunté por los enfermos, di medicinas y puse inyecciones y daba instrucciones para combatir la enfermedad. Pedí que se instalaran letrinas y que hubiera una clara separación entre los pozos destinados a las familias enfermas y las sanas. Aquellas gentes eran muy agradecidas. Me regalaban fresas de la huerta y otros frutos en señal de gratitud. Si tenían gallinas, me regalaban muchos huevos. Como por razones de salud no podía yo comer huevos, se los daba a mis amigos soldados. En cierto lugar, algunos viejos dijeron: Este sacerdote nos quiere, pero parece que no es ortodoxo y dudaban de mi fe, pues creían que todas las enfermedades eran enviadas por Dios. Yo les decía que la causa era la contaminación del agua y la mala calidad higiénica de las letrinas. Pero algunas enfermedades procedían también de dosis excesivas de aguardiente de fabricación casera.

## **SACERDOTE Y SANITARIO**

Una tarde me solicitaron con urgencia mis servicios. Me encontré con una trifulca con golpes. Un hombre había sido acusado de adulterio por los familiares de su mujer y lo estaban golpeando sin piedad. Tuve que adoptar una actitud amenazadora y con voz fuerte (que Dios me ha dado) pude poner fin a aquella pelea. Al día siguiente se presentaron ambas partes para darme las gracias. Después de estar sobrios, se habían dado cuenta de lo que hubiera pasado si no hubiera estado yo de pacificador.

Un hombre que me hospedaba en su casa, de unos 50 años, había ido a visitar a su hermano el domingo por la tarde. Todos estaban preocupados con la idea de capturar a un caballo que se había escapado. Una vez que lo consiguieron quisieron celebrarlo con tragos de licor, pero el licor no estaba bien destilado y el hombre regresó con terribles dolores. De nada sirvió el lavado de estómago. Necesitaba aceite, pero nadie cerca tenía aceite y aquel pobre hombre repetía: *Madre, ayúdame*. Pensé en el aceite de ricino del que yo tenía, le di dos cucharadas y el resultado fue excelente. Se durmió y pasó la noche tranquilo. A la mañana siguiente él y su mujer no tenían palabras para agradecermelo. Hicieron algo: entraron en contacto con los partisanos para que no nos atacaran ni a mí ni a mi unidad Y lo cumplieron. Entrando en una casa me enteré de esto porque hablaron delante de mí sin saber que yo entendía el ruso.

Otro día me trajeron un hombre gravemente herido. Su compañero de trabajo le había abierto la cabeza. Tenía un corte de unos 15 cm. Y se veía la masa encefálica. La gente que lo traía estaba desesperada. Yo no tenía ni idea de qué hacer. Vinieron a mí, porque unos días antes había lavado y cosido las heridas de un caballo. Les pedí que me dejaran solo con el enfermo. Tuve que anestesiarlo con una inyección intravenosa. Limpié bien la herida y la cosí. Por suerte tenía mucha cantidad de antibióticos. Durante los 10 días siguientes le hice visita diaria y a las cinco semanas le quité los puntos y la herida estaba bien cerrada. El éxito acentuó la confianza de la gente en mí. El hombre que había causado la herida preguntó por los gastos. Se admiró de mi factura tan baja. Para mí fue una fiesta de alegría la curación de ese enfermo.

Otro día por la mañana estaba celebrando misa en mi bunker y apareció una muchacha llamada Natacha de 12 años. Me dijo: *Mi madre me envía. Mi hermana se muere*. Pensé que tenía tifus, porque había curado al esposo de su hermana de tifus. Cuando llegué a su habitación, estaba llena de familiares y vecinos. La mujer necesitaba una comadrona para dar a luz. Yo no sabía nada sobre partos. Les pregunté que por qué no llamaban a la comadrona y dijeron: *Entre nosotros no. hay comadronas, de ellas se encarga la abuela*. Entonces dije a la abuela por qué no te cuidas tú de este asunto: La abuela se puso de rodillas ante mí y me dijo: *Solo con que quieras, puedes ayudar y tienes que ayudar*.

Hacía dos días que la mujer tenía los dolores de parto y estaba totalmente extenuada. Moriría, si no hacía algo. Abrí mi maletín y decidí administrarle dos inyecciones; una de cardiazol y otra de cafeína. Abandoné la habitación agotado y salí afuera a respirar aire puro. La abuela me preguntó cómo iban las cosas. Le dije: *Recemos para que todo vaya bien. He hecho lo que he podido.* Cuando comenzamos a rezar, la llamaron a la abuela. La mujer estaba a punto de dar a luz. Abandoné la casa, cuando vi que ya no me necesitaban. Poco después la pequeña Natacha corría a decirme que había nacido un robusto niño y todos estaban felices y querían que yo celebrara el bautismo. El día indicado llegó gente en un carro de caballos para llevarme solemnemente. Al niño se le dio el nombre de Piotr (Pedro). Hasta el día de hoy me siento asombrado al recordar cómo pude acertar tan pronto con la mejor solución.

En el invierno de 1944-1945 tomamos posiciones al oeste del Narev. Un buen día vino a visitarme una joven de unos 20 años para pedirme que fuera a ver a su padre. Ella era la mayor de 10 hermanos. Me dijo: *Aunque mi padre no se lo merece, mi madre me ruega que lo visite.* Su padre tenía, dijo, una enfermedad venérea. Ensillé el caballo que tenía a disposición y ambos, pues ella también tenía su caballo, llegamos a la casa. El hombre tenía fiebre alta y estaba desconsolado. Lo que tenía no era una enfermedad venérea. Había tenido que trabajar en el pantano en el frío del invierno y se le habían congelado los testículos y se le habían hinchado hasta adquirir el tamaño de la cabeza de un bebé. Le administré sulfamidas y vitaminas y ordené que le pusieran vendas refrescantes y asépticas. Pude visitar al paciente todos los días. En una de mi visitas encontré llorando a todos los miembros de la familia. Me mostraron la mayor parte de los testículos que se había desprendido, limpié la herida y eliminé las partes no sanas. Consulté al médico de la sección y vino un día conmigo. Habíamos pensado en intentar hacer unos testículos artificiales, pero la naturaleza se nos había adelantado. Y los testículos habían vuelto a recuperar su forma y tamaño anteriores, comenzó a crecer la piel y podía cubrir una parte del órgano viril. No pude seguir más el caso, porque se desencadenó la batalla de Narev y tuvimos que retroceder a toda prisa. Solo pude hacer una última visita a la familia. El paciente me dijo: *Eres dos veces mi padre. Mi padre me dio la vida corporal. Tú me has vuelto a dar la vida y además la vida en el seno de mi familia, pues he recobrado la confianza y el amor de mi mujer y de mis 10 hijos. Para ellos yo era algo muerto y sin valor. Dios te envió en el momento en que no tenía ninguna esperanza y solo deseaba morir.*

## **LA RETIRADA**

A principios de febrero de 1943, después de la batalla de Stalingrado tuve que hacer con 350 hombres y 18 heridos graves una marcha casi desesperada

durante 6 días y 6 noches a través de campos nevados. Todos nosotros debemos la vida a la fe del pueblo sencillo. Tras el primer día de marcha y de una larga noche fría a primera hora del día siguiente nos hallamos en una aldea rusa. Allí una familia rusa había salvado a un soldado alemán gravemente herido y lo cuidaban en su propia casa. Dos días antes, las unidades blindadas rusas habían hecho prisioneros a unos 150 hombres y los habían matado a todos. Cuando la unidad blindada desapareció, esa familia encontró un soldado aún con vida. Lo vendaron y alimentaron. La gente se alegró de mi llegada y me pidieron que me llevara al herido. Y me dijeron: *Su madre y su mujer rezan seguramente mucho para poder volver a verlo.* Yo disponía de 4 trineos arrastrados por cansados caballos y no veía la posibilidad de cargar uno más, y así se lo expliqué a la gente. Ellos se reunieron y dijeron: *Te daremos otro trineo y dos caballos para que lleves a ese hombre y a otro herido más.* Mientras hablaban, surgió otra unidad de tanques rusos. Con mucha celeridad aquella gente preparó el trineo y enganchó los caballos. Nos indicaron un camino por la falda de la colina para evitar ser vistos por los tanquistas. Esto lo hicieron, a pesar de un peligro grave que podía venirles, si los soldados rusos se enteraban de esa acción con los enemigos alemanes.

Otra noche mis amigos y yo fuimos acogidos por un matrimonio anciano. Pusieron sobre la mesa un enorme pan y humeantes patatas, sal y cebollas. Era todo lo que tenían. Lo mejor fue su preocupación por los heridos. Yo les pregunté por qué lo hacían. El buen hombre me dijo que había sido minero en la cuenca del Donez, cuando vino la época del gran hambre. En su viaje de regreso a casa de muchos días de duración, encontró todos los días en el camino gentes que compartían con él su último bocado de pan. Agradecido, hizo el voto de tratar bien siempre a sus prójimos como le habían tratado a él y ahora cumplía con nosotros el gran mandamiento del amor.

La sexta noche de la marcha, un fuego artillero cercano reanimó nuestra esperanza de que el ejército alemán no debía estar lejos. Pedí a mis amigos soldados que me dejaran atrás con los heridos e intentaran llegar por la noche al otro lado de las líneas. Decidieron seguir mi consejo. Al hallarme yo solo con los heridos, hallamos cobijo en dos casas. Los dueños se ocuparon de nuestros caballos extenuados. Corrieron a las casas vecinas para traer leche fresca y darnos todo lo que necesitáramos. A la mañana siguiente nos prepararon el desayuno y nos despertaron. Nos dijeron que debíamos seguir adelante, porque era muy probable que durante el día aparecieran soldados del ejército rojo. Les pregunté por qué nos habían tratado bien, como si fuéramos sus hijos. Respondieron: *Cuatro de nuestros hijos están en el ejército ruso. Todos los días pedimos al Padre del cielo que los devuelva sanos. ¿Cómo podíamos pedirselo hoy, si no hubiéramos pensado en vuestro padre, madre, vuestras familias, que están pidiendo al mismo Padre ese don?*

Al fin dije: *Yo soy sacerdote*. Al oírlo lloraron de asombro, ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué no nos has dado la bendición, cuando entraste en casa? Bendije de todo corazón aquella casa y a sus habitantes. Tras aquel suceso, no olvidaré jamás lo que significa rezar el padrenuestro. Solo podemos llamar Padre nuestro a Dios, si honramos a sus hijos, a todos los hombres como hermanos.

Otro día llegué a casa de una bisabuela que durante 20 años había pasado sin sacerdote. Llegué a su casa tras una marcha de 25 kilómetros y allí el mando decidió instalar la enfermería. Llegaba sucio y con sudor. La familia la constituía la bisabuela, la abuela, la madre y un pequeñito. Me dijo la bisabuela: *La sauna está preparada*. Después de lavarme bien me presenté como sacerdote. Ella me dijo: Ya lo sabemos. *Hemos oído que has acogido a los heridos y enfermos de las aldeas*. Y añadió: *¿Podemos pedirte que estés con nosotros esta noche, cuando se reúnen los vecinos para la oración?* Queríamos hacerte algunas preguntas sobre el evangelio. Así lo hice.

## **EN NAGOLNOJE**

Durante el segundo invierno de la campaña de Rusia estuvimos algunas semanas en una gran población llamada *Nagolnoie*. No he olvidado aún las bellas oraciones rusas que aprendí. Me pusieron en contacto con una maestra, que en época de muchas convulsiones se mantuvo fiel a su fe y se negó a que los niños de la escuela fueran utilizados como espías contra sus propios padres y contra los creyentes. Un día se presentaron unos ateos, representantes oficiales del partido de gobierno y les obligaron a escuchar sus discursos. Después les pidieron que se pronunciaran libremente a favor o no de la destrucción de la iglesia para expiar así el tiempo que habían robado a la sociedad por asistir a los oficios religiosos. Todos se negaron. Al día siguiente fueron deportados un tercio de los hombres y nadie supo más sobre su destino. Después de unos meses regresaron esos ateos con la misma petición de destruir la iglesia. Y los hombres reaccionaron de la misma manera. Al día siguiente desapareció el segundo tercio de los hombres. Y los comunistas destruyeron la iglesia sin esperar a la opinión del último tercio de hombres.

## **CON SACERDOTES ORTODOXOS**

En la primavera de 1942 nuestra unidad estaba en una región bastante tranquila cerca de Kursk. A través de la gente entré en contacto con un sacerdote ortodoxo. Junto a él y su exquisita familia me sentía como en mi propia casa. Le pregunté cómo había podido sobrevivir dos años tan difíciles por el hambre.

Respondió: *Dios ha sido muy bueno conmigo. Solo he estado tres veces en la cárcel y cada vez, por menos de un año. Algunas veces me obligaron a comer carne en tiempo de ayuno y me raparon el pelo* (que para los sacerdotes ortodoxos es una humillación). En ese lugar los comunistas hacía poco habían convertido la iglesia ortodoxa en una bodega. Le ofrecí al sacerdote mi ayuda. Podíamos limpiar la iglesia y repararla. La primera reacción fue de alegría y gratitud. Pero tras haber hablado con los ancianos de la comunidad, nos dijo que no se atrevía a abrir la iglesia, porque el ejército de Hitler perdería la guerra y volverá el régimen de Stalin. Prefería seguir en contacto con las familias y bautizar niños y asistir a los moribundos sin culto en la iglesia.

Más tarde en la Rusia blanca cerca de Mohilev conocí a otro sacerdote ortodoxo, que actuaba a la vista de todos como párroco y eran muchos los fieles que acudían a la iglesia. Me presenté a su familia. Tenía 9 hijos. Después de su primera misa fue encarcelado y condenado a varios años de trabajos forzados. Cuando el ejército alemán tuvo que evacuar la región. me pidió consejo sobre si debía quedarse o huir con los alemanes. Sabía lo que era el régimen de Hitler pero creía que Stalin era peor. Se quedó en su puesto para estar al lado de sus feligreses a pesar de lo que podía sucederle de parte de los comunistas rusos.

Durante el primer invierno en Rusia, apenas llegué a una población, se me presentó el antiguo sacristán. Se había enterado que yo era sacerdote. Cuando el párroco de ese lugar fue desterrado a Siberia hacía muchos años, el sacristán había escondido los vasos y vestiduras sagradas en una cueva oculta detrás de su casa. Me preguntó: *¿Es usted de esos sacerdotes que siempre llevan el rosario?* Le mostré el mío. Quedó desilusionado y dijo: *Cuando el párroco fue desterrado a Siberia, nos advirtió que vendrían sacerdotes del oeste que rezan el rosario, y no debíamos recibirlos, porque su fe no era ortodoxa.* Tuve que tener con él largas conversaciones para tranquilizarlo. Fue un buen amigo. Casi todas las mañanas me ayudaba a misa. Estando en ese lugar, vinieron un día 3 muchachas para pedirme que fuera a ver a su padre gravemente enfermo. Lo visité, le di las mejores medicinas, pero en este primer encuentro no abordé el tema de la fe. Al otro día volvieron las chicas diciendo que su padre estaba muy perturbado, porque no había yo iniciado ningún diálogo con él. Era diácono y yo no lo había entendido cuando me lo dijeron. Fui a visitarlo de nuevo y me dijo que durante los duros años de Stalin había desempeñado el cargo de jefe de contabilidad en un Koljos. Ello le había proporcionado muchas ocasiones, para entrar en contacto con creyentes y fortalecerlos en la fe.

## **LA BRUJA**

Cuando el ejército alemán conquistó Jarkov en otoño de 1941, se me señaló como alojamiento para la sanidad una habitación bella y espaciosa en la casa de una mujer pudiente. Su marido estaba ausente y tenía un cargo importante en el partido comunista. Desde los primeros días, ella intentó seducir a mi joven ayudante, cabo de sanidad de apuesta figura. No hubo éxito. Entonces convenció a una atractiva joven prostituta de la vecindad para que fuera a visitarnos y se ofreciera a nosotros. Al querer abordar a mi ayudante, este la arrojó con insultos. Entonces la joven se dirigió a mí y le dije que se había equivocado de puerta. La reacción de la dueña de casa fue: *Vosotros sois dos monjes*. Pronto descubrimos que era una bruja y leía las cartas (cartomancia). Las sesiones eran en un cuarto próximo a mi oficina y descubrí que algunos católicos y protestantes soldados, a los que había visto de vez en cuando en misa, recurrían a ella como adivinadora. Los soldados sabían muy poco ruso y ella muy poco de alemán y eso dio lugar a mucha confusión. Un día me ofrecí como intérprete para sus sesiones de grupo. Ella se sintió halagada. Y al traducirlo dejaba deslizar algunas insinuaciones. Ella cayó en casi todas las trampas. Al final le pregunté si yo también podía esperar respuesta a una cuestión que me preocupaba. Para ella fue un triunfo.

Le dije que desde mi llegada a Jarkov no había recibido ninguna carta de mi mujer y quería saber si me había escrito. La bruja echó las cartas y estudió la respuesta. Dijo: *Las cartas no dicen si llegarán cartas o cuándo llegarán. Pero me dicen que tu mujer te ha escrito con regularidad*. Entonces le contesté: *Yo no estoy casado y no tengo mujer*. Estas palabras ejercieron sobre mis camaradas el efecto de un exorcismo. La mujer se alejó furiosa y se acabó el negocio.

## SÍFILIS

Durante el segundo invierno en Rusia, estando en un puesto peligroso, descubrí que uno de los soldados tenía sífilis. Como sargento de sanidad tenía obligación de informar de estos casos al comandante para descubrir la persona que la había originado. Me quedé sorprendido cuando el soldado señaló como fuente del problema a una mujer de unos 40 años, madre de 3 muchachos ya mayores. Su marido la había abandonado hacía varios años. Y como muchas otras mujeres, había ofrecido su cuerpo para dar de comer a sus hijos. El comandante recibió el informe y me dio la orden de quitar a la mujer de en medio, lo que significaba tenerla que matar o mandar a otro que lo hiciera. Así se protegería la salud de los soldados.

Visité a la mujer y le expliqué el asunto y que no la mataría ni permitiría que otro lo hiciera, pero que debía seguir mis instrucciones. Le di los medicamentos y vigilé que los tomara a tiempos regulares. Le expliqué que estaba en juego su vida y la mía. Siguió las instrucciones y, cuando me

encontraba con ella, me decía: Nunca más. Por mi parte la visitaba para asegurarme que a sus hijos no les faltaba el sustento diario.

A fines de febrero de 1943 fuimos trasladados a Orel, ciudad al sudoeste de Moscú. Se me señaló alojamiento en una casa espaciosa donde vivían 3 familias. El cuarto más pequeño estaba ocupado por Natacha y sus 3 hijos. Era muy pobre y ofrecía su cuerpo para ganarse la vida. En nuestra habitación había un depósito de agua. Mis dos ayudantes habían pensado en convertirse en porteros y cada vez que un hombre alemán o ruso fuera a visitar a Natacha le arrojarían un cubo de agua a la cabeza. Le hablé a Natacha y le dije que no podíamos tolerar esa situación y le prometí que nosotros cuidaríamos de que no les faltara nada a sus hijos. Ella aceptó, pero los hombres seguían llamándola. Algunos eran muy insistentes. Así que por algunos días hice de portero.

## **HERIDO Y HOSPITALIZADO**

En mayo de 1942 fui herido en la segunda batalla de Jarkov tras haber caído 5 camilleros de mi unidad. Al día siguiente, me llevaron a Alemania en un tren hospital. La mayoría de los heridos a mi alrededor en el tren eran de las SS. A pesar de sus graves heridas, sus conversaciones giraban en torno a guapas enfermeras de la Cruz Roja y otras muchachas que esperaban encontrar en el hospital militar. Cuando nos acomodaron en el hospital de Dillingen (Baviera), aquellos hombres estaban desilusionados. Todas las enfermeras que había en aquella gran habitación de unos 25 hombres eran religiosas católicas. Al cabo de pocos días, la atmosfera había cambiado. Todos admiraban y querían a las hermanas, que nos servían con abnegación y competencia. Si alguno lanzaba una maldición o una palabra mala, se excusaba ante la hermana que lo había oído.

## **AYUDANDO A LOS JUDÍOS**

Una tarde de domingo de noviembre de 1941 nos habíamos dado cita en Kharkov una serie de amigos, sacerdotes y religiosos. Al regresar a nuestro alojamiento, vimos carteles y oímos altavoces que ordenaban a los judíos reunirse a la mañana siguiente en cierta parte de la ciudad, porque se les iba a asignar nuevos alojamientos y debían llevar todos sus bienes. Aconsejé a mis amigos que previnieran al mayor número posible de judíos para que no se fiara y se ocultaran. Ya esa misma noche yo visité a varias familias judías que me agradecieron el consejo. A la noche siguiente se presentó un soldado católico de nuestro regimiento. Estaba fuera de sí. Era uno de los hombres a quienes se le había ordenado matar uno por uno a todos los judíos después de haberles obligado a cavar su tumba. A los pocos días se presentó mi ayudante alterado,

porque había visto como cargaban cadáveres de judíos en carros como si fueran animales. A los soldados que participaban en las matanzas, se les exigió silencio absoluto.

## **EN MAL PSINKA**

Otro suceso de 1942 antes de llegar a Mal Psinka. Habíamos conquistado con graves pérdidas una gran localidad rusa. Nuestros soldados tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo. Nuestras bajas fueron muy elevadas. No teníamos médico y toda la responsabilidad caía sobre mí. Muchos necesitaban amputaciones, que yo no podía realizar. El hospital de campaña alemán estaba a 30 kilómetros. También tuve que atender a buen número de heridos rusos y me contacté con hombres y mujeres de la población civil. La gente civil preparó 8 trineos con los correspondientes caballos. Hicimos el viaje en silencio en la helada noche a través de campos nevados. Al llegar al hospital de campaña con nuestros heridos, los médicos estaban asombrados de tamaña empresa. Tomaron cuidado de los heridos, incluidos los rusos. A la noche siguiente emprendimos el camino de regreso en profundo silencio. Pero con gran desilusión vi que el comandante faltó a su palabra y confiscó los trineos y caballos. Solo dijo que los necesitaba. No había modo de consolarme. Era un inaudito caso de quebrantamiento de confianza. Me sentía avergonzado y humillado con mis amigos rusos. A los pocos días, abandonamos el lugar.

En 1945 Hitler decidió crear un desierto entre el ejército alemán y los rusos. Todo debía ser arrasado y devastado a dinamita y fuego. Todos los rusos capaces de trabajar o de empuñar las armas debían ser deportados o fusilados. No se decía nada de las mujeres y los niños. En la población de Kurgane había una gran y hermosa iglesia que habían conservado a costa de grandes impuestos pagados al régimen de Stalin. Uno de esos días llegó nuestro grupo de zapadores alemanes y comenzaron a poner cargas de dinamita a la iglesia. Todos los soldados y civiles recibieron la orden de alejarse del lugar. La iglesia saltó por los aires. La gente lloraba sin consuelo. Lo que no había conseguido hacer Stalin, lo hicieron los nazis. El régimen nazi había prohibido estrictamente que los pertenecientes al cuerpo de sanidad del ejército ejercieran ningún tipo de ministerio sacerdotal entre la tropa. Si predicaba o celebraba misa afrontaba un riesgo personal, que era arresto, pérdida de la libertad de movimientos y privación de libertad para la actividad externa.

## **BAUTIZANDO NIÑOS RUSOS**

En muchos pueblos de Rusia no tenían sacerdotes ortodoxos desde hacía muchos años y me pedían que bautizara a sus hijos. Un día, cuando había

comenzado la segunda batalla de Jarkov, tuve que empaquetar mi formación y pude sacar tiempo para bautizar a un niño. Cuando comenzamos a marchar, me vi rodeado de madres con sus hijos en brazos. Todos lloraban al despedirse. Cuando acampamos en la región de Gomel, las relaciones con la población civil fueron excelentes. El estado de salud de la gente era lastimoso y tuve que visitar numerosos enfermos. Hacía 18 años que no había un sacerdote en la región y comenzaron las procesiones de visitantes que pedían el bautismo para sus hijos. Un domingo por la tarde bauticé un buen grupo. Se había reunido la juventud de la pequeña ciudad desde bebés hasta chicos y chicas de 18 años. No tenía ningún libro litúrgico en latín y todas las oraciones fueron espontáneas.

## **HUYENDO DE LOS RUSOS**

Cuando estuve hospitalizado en Dillingen, pedí permiso para celebrar misa. No tenía ningún documento para certificar que era sacerdote. Mis ropas estaban manchadas de sangre y las tiraron. El piadoso sacerdote del lugar se negó a dejarme celebrar misa si no le garantizaba mi identidad por escrito o debía someterme a un examen. Preferí un examen y aprobé. Otro día nuestra unidad estaba en Voronesh (al norte de Stalingrado), cuando los rusos lograron romper el frente. La tropa con sus pertrechos fue trasladada en tren para emprender la retirada. Apenas el tren se puso en marcha, comenzaron a bombardearnos. No podíamos seguir en tren. Dejamos nuestros pertrechos y caímos bajo fuego enemigo de artillería y fusilería. Pensamos: *¿Nos entregamos como prisioneros con la perspectiva de ser fusilados en el acto o desaparecer en algún lugar de Siberia? ¿O intentamos una retirada a pie a través de campos nevados?* Éramos 300 hombres en total. Pronto se nos añadieron otros grupos. No había ningún oficial entre nosotros, porque habían huido antes en vehículos motorizados. Yo era el único que hablaba ruso, la jefatura cayó en mí. Teníamos que ponernos de acuerdo en algunos puntos. Problema primero los heridos. Insistí en nuestro deber de llevarlos con nosotros. Segundo problema cómo procurarnos alimentos. Dependíamos de la población civil y no debíamos robar. Nos contentaríamos con pedir patatas y pan. Nos pusimos en marcha a través de los campos de nieve. Los más jóvenes y fuertes debían ir adelante para orientar la dirección de la marcha. Hubo escenas conmovedoras. Un joven soldado, cuya aldea natal yo conocía, cayó agotado en la nieve. Lo animé a ponerse de pie. Respondió: *Déjame morir*. Lo golpeé con los puños para despertar su deseo de vivir, lo llevé a la espalda. Por fin reaccionó, pero perdimos varios hombres, que sucumbieron ante el frío de la noche blanca.

En la noche siguiente nuestros hombres descubrieron un gran granero y se cobijaron en él. Cuando llegué con los últimos, algunos ya estaban dormidos. Tuve que recurrir a toda mi energía para ponerlos en pie. De haberse quedado allí

todos habrían muerto congelados. Un noche habíamos perdido toda esperanza de poder calentarnos en algún lugar. Uno de mis camaradas comenzó a maldecir a Dios: *¿Por qué nos estás tratando peor que a criminales?* Le rogué que no ofendiera a Dios. Le dije: *Nos está tratando mejor de lo que merecemos.*

La población civil nos ayudó. Ninguno murió de hambre. Pasamos hambre, pero la gente rusa compartió con nosotros el último trozo de pan y unas patatas calientes. Aquella misma noche mis hombres llegaron a la zona de fuego. Yo me reuní con ellos a la mañana siguiente, llevando 18 heridos en trineos, arrastrados por caballos cansados hasta reventar. Y había otros muchos o enfermos o con miembros congelados.

Se me pidió un informe. Fue increíble no haber tenido bajas más elevadas. Me castigó el Superior a separarme de mis amigos de la unidad y me encargué de la enfermería de una unidad en formación. Era un batallón de la muerte, compuesto por indeseables a las órdenes de las SS. Se me asignó una habitación en un gran edificio. Debí esperar allí hasta que se formara la unidad. Tuve varios días para reflexionar. Un día no me trajeron la comida. Cuando por la tarde conseguí abrir la puerta exterior, descubrí que yo era el único habitante del enorme edificio. Habían procedido a una evacuación rápida, abandonando casi todo, incluido yo mismo. *¿Debía entregarme a los rusos? ¿Qué me llevaran prisionero a Siberia o ser fusilado?*

Decidí intentar reunirme de nuevo con el ejército alemán, lo que también tenía sus peligros. Intenté caminar en la fría y estrellada noche a través de la ciudad de Kursk, ya ocupada por los rusos. Me orientaba por la situación de las estrellas. La divina providencia me ayudó. Al día siguiente encontré mi unidad, los 300 hombres. Nuestra alegría no tuvo límites. Éramos como hermanos *¿Cuántas circunstancias debían haber ocurrido para que yo, liberado del peligroso encierro, pudiera dar de nuevo en la enormidad del territorio ruso, precisamente con mi unidad.*

## **DE NUEVO EN POLONIA**

Nos estacionamos algunas semanas, ya en 1945, en la ciudad polaca de Schelewitska. Celebraba casi todas las mañanas la misa en la iglesia polaca. Un día el párroco me insistió mucho en desayunar con él. Fue la primera vez que acepté. Se comportó como un amigo excelente conmigo. Yo sabía algo de su vida. En el avance alemán sobre Polonia en 1939 había sido deportado con otros muchos a un campo de concentración. Un día los llevaron a un campo abierto con intención de fusilarlos. Durante un rato estuvo volando sobre ellos un avión. Cuando ya les habían puesto en fila para fusilarlos, tomó tierra ese avión y

descendió del aparato un general e increpó a gritos a los hombres del comando, tratándolos de criminales; y el sacerdote pudo regresar a su parroquia.

Mientras estábamos desayunando, entraron 2 oficiales de la Gestapo. Los hombres ordenaron al párroco que se preparara para salir de viaje. Quedaba poco tiempo para buscar una salida. Actué sin previa reflexión. Desempeñé el papel de patriota indignado: Cobardes, hipócritas, destructores de la moral del pueblo ¿No sabéis que el Führer ha dado orden estricta de no retroceder ni una pulgada? ¿Como podéis afirmar delante de un polaco que no se puede cumplir esa orden? Les exigí los papeles de identificación e insinué que tal vez no eran alemanes, sino espías. Abandonaron la casa temblando. A continuación apareció un oficial de la Gestapo en busca del capellán, también quería llevar al párroco. Representé de nuevo la comedia. Felizmente mi pecho estaba adornado de varias honrosas condecoraciones. Tenía distintivos de herido de guerra, medalla al valor, la cruz de méritos de guerra de primera clase. Todo ello salvó la vida del sacerdote.

Con la caída de Danzing, el destino de nuestro ejército quedaba sellado y la gran masa quedó prisionera. Los de mi unidad emprendimos la huida hacia la península de Hela, estrecha y larga lengua de tierra al norte de Danzing. Utilizamos un navío destinado a cruzar el Vístula. Nuestra sección se ocultó en un bosque. En esa situación los soldados necesitaban más que nunca los servicios del enfermero y sacerdote. El domingo celebré la misa para un numeroso grupo de católicos y protestantes. Entonces pasó delante de nosotros el capitán Gerhardt a caballo. Blasfemó como un poseso. Era un ateo declarado. Había podido denunciarme y llevarme ante un tribunal de guerra por celebrar servicios religiosos prohibidos.

Pero entró un sargento mayor a decirme que no podía celebrar misa sin permiso del capitán y no podía predicar, si no le hacía saber lo que iba a tratar. Le respondí que en mi condición de cristiano me sentía herido en mi dignidad, si tenía que consultar a un ateo. Prefería renunciar a celebrar la misa tan deseada por los soldados antes que someterme a sus condiciones.

Solucioné el asunto, porque en la pequeña ciudad de Jasternia había una hermosa iglesia y podía ir con un permiso escrito por el médico de la sección. Vivía en ese lugar el doctor Wegemann. Así podía ir a celebrar misa los domingos y otros días entre semana. A la misa asistía un gran grupo de soldados y a veces también celebraba para la población polaca.

El capitán Gerhardt abrió proceso contra mí por derrotismo, actitud contraria a la guerra y el Führer. Eso significaba para mí un peligro de poder morir ahorcado. Cuando me presenté para el segundo interrogatorio, se había congregado un grupo de soldados que vociferaban a mi favor. Oí que decían: *La*

*última bala para él antes de caer prisioneros.* Hablaban de él, refiriéndose al capitán. Y todo quedó en nada y yo seguí, como si nada hubiera sucedido. Unos días después, este capitán tropezó con una mina que le arrancó una pierna y le causó graves heridas. Yo lo trasladé al hospital de Hela. Algunos años después de la guerra, se reunieron un grupo de soldados de mi unidad y ahí estaba él y me envió un cordial saludo.

En Hela conocía a muchos pescadores polacos que habían ido a misa. Dos de ellos se consideraban polacos y eran de origen alemán. Era a finales de abril de 1945. Dos dueños de barcos estaban dispuestos a llevar a 200 de mis compañeros a Occidente. Yo le expuse el asunto al comandante y tuve que renunciar a irme en los barcos. Algunos de mis compañeros pudieron llegar así al Oeste y tras un tiempo no muy largo, como prisioneros de guerra de los ingleses, pudieron ir a sus casas.

## **DE PÁRROCO EN JASTERNIA**

Yo me quedé en Jasternia y me hice amigos entre los pescadores, que me pidieron que bautizara a sus hijos y les celebrara misa. Uno de mis mejores amigos fue el sacristán de la iglesia. Para él y su familia yo era un sacerdote católico, cuando el ejército alemán se rindió en mayo de 1945. Los rusos nos hicieron prisioneros en la península de Hela, de donde era difícil salir. Nos despojaron de los relojes y otros objetos de valor.

Una tarde vino el sacristán Alfonso Konka y algunos amigos y me dijeron que me cambiara de ropa y me pusiera un traje talar como sacerdote para que me encargara de la parroquia. El sacristán me ofreció alojamiento en su casa y allí fui a vivir con su familia y sus 7 hijos y los abuelos. El primer domingo prediqué sin problemas. Un día vino un notario de mi división con un grupo de soldados que iban a ser trasladados a Siberia y me pidieron celebrar para ellos un hermoso servicio religioso antes de marchar.

Cuando ya los rusos eran dueños de la situación en Polonia, un día vino la abuela de la casa del sacristán y me rogó que me escondiera a toda prisa, porque se estaba obligando a los hombres a trabajar para los rusos y pedían documentos de identidad. Yo en ese tiempo no tenía ni pasaporte ni documentación polaca. Había escondido mi paso por la Wehrmacht. Seguí el consejo de la abuela y traté de esconderme debajo de la cama. Estaba a punto de hacerlo, cuando entró en mi habitación un suboficial y 2 hombres rusos. Comprendí que ya no había tiempo para continuar la maniobra, así que me puse en pie con la mayor naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Inmediatamente sonó la orden: *Vaya a trabajar.* Respondí: *Usted sabe que soy el párroco de este lugar. No voy a trabajar,*

*porque tengo otras cosas que hacer.* Y añadí: *¿No sabe usted que el mariscal Stalin ha dado órdenes estrictas de mostrarse respetuoso con los sacerdotes polacos?* Al instante se disculpó el suboficial y los tres desaparecieron. Yo le di gracias a Dios por haber sabido hacer a tiempo y espontáneamente la pregunta correcta (porque además, sin saberlo, había sido cierto que algo así había dicho Stalin). Apenas regresó el párroco, me retiré de la familia del sacristán y me fui con él a vivir a la casa parroquial. Un día el párroco estaba enfermo y vinieron el alcalde comunista de la ciudad y dos oficiales rusos. Dijeron que habían llegado a saber que bajo el tejado de la parroquia habían escondido alimentos, vestidos y armas. De hecho, habían escondido grano, vestidos y pequeños objetos de valor durante la ocupación alemana.

En ese momento alguien me dio a entender que Marta, la ama de llaves del párroco, había ido a pedir ayuda a varios hombres para que hicieran desaparecer aquellos objetos y mi misión era entretenerlos. Tenía para ello cigarros y whisky. Les invité y discutimos sobre varias cosas. Al fin los llevé a ver el tejado, que ya habían vaciado los enviados por Marta, y no pasó nada.

## **EL FINAL**

En resumen, podemos decir que el padre Häring se desempeñó en todo momento como un verdadero sacerdote y sanitario y expuso su vida muchas veces para recoger heridos e incluso para celebrar misa cuando estaba prohibido por las leyes alemanas. Por eso es de alabar que haya sacerdotes como él que hubieran dado la vida antes que renegar de su fe y antes que traicionar su ministerio sacerdotal. El padre Häring de la Congregación redentorista, había nacido en 1912, se ordenó sacerdote en 1939 y con un año de ordenado fue llamado al ejército. Murió en 1998 de un cáncer a la garganta. Tenía 85 años. Una vida plena que, después de la guerra, empleó dando clases de moral, de la que era especialista. Dios lo preparó en sus últimos días por medio del cáncer y ahora ya se encuentra en el gozo del Señor para disfrutar eternamente de la felicidad que Dios le preparó en el cielo. Podemos preguntarnos: ¿A cuántos salvó la vida material y también de la muerte eterna para que pudieran ir también al cielo? Imitemos sus buenos ejemplos y también nosotros seamos colaboradores de Dios en la gran tarea de la salvación de los hermanos. Que así sea.

## **PADRE GEREON GOLDMANN (1916-2003)**

Nació en Alemania de familia católica. Fue monaguillo en su infancia. Entró en un Seminario franciscano y estudio filosofía. Con 22 años en 1939 fue

llamado a filas. Lo incorporaron a las SS y fue enviado a trabajar en un equipo de comunicaciones en Francia.

## EN LAS SS

Nos dice: Estando en París, me trasladaron a otro equipo de comunicaciones. Tuve la oportunidad de hacer un curso para oficiales. En nuestros ejercicios físicos yo y otro seminarista fuimos los únicos triunfadores. El comandante nos felicitó y nos dijo: Han sido promocionados en las SS y se han convertido en oficiales del ejército militar más excelso del mundo. Para hacer efectivo el ascenso nos pidió firmar unos formularios que decía: *Por el presente documento declaro que abandono la Iglesia católica y hago firme propósito de no ingresar jamás en la Orden franciscana de la Iglesia*<sup>25</sup>. No lo firmamos. Habíamos rechazado el ascenso. Nos dijeron: *Cualquiera que tenga ocasión de convertirse en oficial y no la aprovecha es un traidor a la causa alemana*. Escribí un informe a las altas autoridades y, al cabo de tres semanas, se recibió la respuesta definitiva de Berlín. Himmler, el jefe supremo de las SS, escribió: Debe solicitarse una declaración de la filosofía personal de esos hombres. Por fin la respuesta definitiva fue que sería expulsado de las SS por conducta indigna y devuelto a la Wehrmacht (ejército de tierra).

Me enviaron a Holanda. A mi división de las SS a las pocas semanas la enviaron a Rusia, donde muchos seminaristas fueron enviados a primera línea del frente y murieron con casi todos los de la división. Para mí fue una providencia de Dios para salvarme. Me enviaron a Roermond, en las Países Bajos, y allí fui expulsado de las SS y devuelto a Fulda. Pasé unos días en nuestro monasterio sobre el Rhin. Después solicité y se me concedió el traslado al equipo médico de Kassel y de allí a Miningen, donde conocí a un grupo de cristianos protestantes. Pasé momentos felices con ellos. Estaban firmes en la fe y en la confianza en la palabra de Dios, expresada en la Sagrada Escritura. El cariño que me demostraron fue realmente notable.

## SOMETIDO A JUICIO

Nos trasladaron a Erfurt, entonces en Rusia. Durante mi viaje a través de Polonia, me enteré por primera vez de las cosas horribles que los alemanes, la

---

<sup>25</sup> Goldmann Gereon, *Un seminarista en las SS*, Ed. Palabra, Madrid, p. 53.

policía y las tropas de las SS habían hecho a los judíos y a muchos sacerdotes y a mucha gente corriente. Me dieron cien hombres para conducirlos al frente. Nos dirigimos a Smolensko. Yo leía diariamente mi Biblia como cuando estaba en las SS. En el cuartel general ya había llegado la documentación sobre mi asunto en las SS (debía tener cuidado). En el otoño tuvo lugar una dura batalla. En Navidad de 1941 lo que quedaba de la fuerza invasora alemana estaba de vuelta, retrocediendo. La moral estaba en el punto más bajo. En enero de 1942 recibí la orden de seguir un curso de enfermería que había solicitado. Todavía no había disparado un solo tiro, pues me había mantenido en puestos de no-combatiente como radio, transmisiones, etc. Me nombraron suboficial. Me enfermé de disentería y debieron trasladarme en ambulancia a Rosenheim sur de Alemania. Estuve seis meses de recuperación <sup>26</sup>.

Fui a Dachau. porque estaba prisionero mi Superior franciscano. Un amigo SS me hizo visitar el lugar. Aquello era peor de lo que esperaba. Sabía que maltrataban a los prisioneros, pero no había oído que los matasen sin piedad. Los blancos especiales eran los sacerdotes. Al regresar al hospital me dijeron que había llegado la Gestapo de Múnich para recabar informes sobre mí. Me interrogaron y me pusieron en arresto domiciliado en el cuartel. Me enteré que iban a someterme a juicio por debilitar a las fuerzas armadas alemanas frente al enemigo y por violar la ley de secretos. Me aclararon que cientos de personas habían hablado contra mí. En agosto me citaron ante el tribunal. El juez después de todo, me dijo: *Está usted libre*. Mi comandante, que era antinazi, me concedió un permiso de cinco meses para seguir mis estudios, mientras mis compañeros seguían muriendo en el cerco de Stalingrado, donde debía haber estado si no me hubiera enfermado.

## LA HERMANA SOLANA

En abril de 1943 regresé al campamento estando obligado a quedarme en Kassel para el juicio. Tenía que volver a Rusia y, antes de volver, obtuve un día de permiso para ir a Fulda a visitar la tumba de mi madre. Allí encontré a la hermana Solana May, en cuya capilla, 19 años antes, había ayudado a misa por primera vez. Mi pequeña madre adoptiva me reconoció al momento y me pidió ir a conversar a la sacristía.

Me preguntó: *¿Rezas devotamente? ¿Rezas para ser ordenado sacerdote el próximo año?*

---

<sup>26</sup> Ib. pp. 57-61.

*¿Yo, Hermana? ¿El año próximo? ¡Eso es imposible!». Me preguntó amablemente: «¿Por qué es imposible, hijo mío?*

*¡Todavía no he estudiado teología! Y lo que he venido estudiando durante mis permisos está muy lejos de ser teología. Antes de ser ordenado, todavía me esperan por lo menos cuatro años en el seminario después de la guerra..., si llego con vida.*

*Me miró sonriendo dulce y confiadamente. “No te preocupes... el año que viene serás ordenado sacerdote”.*

*Algo me decía que estaba diciendo insensateces, y le pregunté cómo había llegado a semejante conclusión.*

*Ante mi asombro, replicó: “¡Porque tú eres un caso excepcional!”. Sacó un libro de un cajón y me lo dio para que lo examinara. Allí estaba escrito que el día de la muerte de mi madre había empezado a rezar por mí, para que fuera sacerdote después de cumplir veinte años. Había rezado a nuestro Señor y se había sacrificado durante diecinueve años con el fin de que yo llegara a ser sacerdote en la Orden Franciscana. Había ofrecido todas sus plegarias del día y de la noche... de hecho, cada sencillo acto piadoso de todo aquel tiempo estuvo destinado al simple propósito de hacer de mí un sacerdote. Y, como consideraba que sus sencillas plegarias eran demasiado insignificantes, había rogado a las otras Hermanas —eran 280— que se unieran a ellas; y las Hermanas prometieron hacerlo así. Pedía a muchas hermanas, ya fallecidas, que, ahora que estaban en el cielo, recordaran a aquel monaguillo.*

*Siempre sonriendo, me retiró el sorprendente documento y dijo: “Ya lo ves, eres un caso excepcional. Y ya que la Sagrada Escritura asegura que serán oídas todas nuestras plegarias, no hay duda de que el próximo año serás sacerdote”.*

*Con cierta tristeza, respondí: “¡Pero Hermana, cuando usted empezó a rezar ignoraba que iba a estallar esta desdichada guerra y que todos sus planes iban a cambiar!”.*

*Sacudiendo la cabeza, replicó con enorme seguridad: ¿La guerra? La Biblia no habla de guerra. No dice nada sobre ella. No dice: “Todas esas cosas son ciertas excepto en caso de guerra”. Dice que nuestras plegarias serán oídas y tendrán respuesta. La respuesta a nuestras plegarias no depende de algo tan insensato como la guerra.*

*Tuve que reírme. Una fe tan inocente... ¡casi infantil! Cuando me vio reír, preguntó: “¿No crees que Dios es más poderoso que la guerra?”.*

*Yo solo pude decir: “Sí, por cierto, pero la guerra está ahí, y yo soy un soldado que no ha terminado mis clases en el seminario. Todavía existe una ley en la Iglesia que dice que nadie puede ser ordenado sacerdote si no ha estudiado... y las oraciones más fervorosas, querida hermana, no pueden cambiar eso”.*

*Se me quedó mirando, sorprendida ante la fragilidad de mi fe, y preguntó: “¿Quién ha hecho esas leyes?”. “Bueno, el Papa”.*

*Entonces se echó a reír alegremente. “La cosa es muy sencilla. El Papa que ha hecho las leyes, puede también dispensar de ellas”.*

*Podría hacerlo, si tuviera una buena razón; pero está fuera de toda cuestión que ordene sacerdote a alguien que no haya estudiado. Y yo no estoy en Roma.*

*De nuevo aquella dulce, infantil y confiada sonrisa. “Tendrás que ir a Roma. Hoy empezaré a rezar para que veas al Papa en Roma. Entonces le podrás pedir resueltamente tu ordenación”.*

*Me quedé sin palabras ante aquella loca confianza y saqué del bolsillo la orden de partir hacia Rusia al día siguiente. Dije: “Mañana me pondré en camino hacia Rusia, mañana por la mañana temprano. El Papa no vive allí, hermana”.*

*Ella contestó simplemente: “Ya lo verás. No tendrás que ir a Rusia. Verás al Papa”. ¡Vaya una idea!*

*Yo dije: “Gracias por sus esperanzas y por sus oraciones, Hermana. Ahora tengo que marcharme a la estación.*

*Me pidió que esperara un minuto y regresó rápidamente con su manto y el permiso de la Superiora para acompañarme a la estación. Yo me reía pensando en nuestra curiosa apariencia, el alto soldado de uniforme y la menuda hermana. Afortunadamente, la estación no estaba lejos. Durante todo el camino, no dejó de insistir en que confiara firmemente en sus oraciones y, cuando llegara a Roma, tuviera fe y solicitara al Papa mi ordenación. Yo callaba; estaba empezando a sentirme molesto. Entró conmigo en el andén, así que tuve que sacarle un billete. Subí al tren, y ella me indicó con gestos que abriera la ventanilla. Me asomé y le oí decir: “Pensándolo bien, necesitas la ayuda de la*

*Madre de Dios, la Madre de todos los sacerdotes. Y así, lo primero que harás será una peregrinación a la Madre de Dios para pedirle ayuda. Entonces, todo saldrá bien”.*

*Yo había recuperado mi buen humor, pero lo perdí rápidamente cuando oí aquello y, blandiendo mis órdenes con enfado por delante de su nariz, grité: “Aquí dice Rusia y nada sobre una peregrinación, o sobre Roma, o sobre el Papa... ¡y ciertamente nada sobre la Madre de Dios!”.*

*Con el mismo rostro confiado y sonriente, la Hermana continuó: “Cuando estés en Lourdes, ¡reza fervorosamente!”. Cerré de golpe dando un bufido, y el tren se puso en marcha. Intenté sacarme de la cabeza aquella insensatez, pero no pude calmarme durante las dos horas de viaje hasta Kassel, y me quedé en el abarrotado pasillo. Al llegar al cuartel, empecé a prepararme para emprender el viaje a Rusia el día siguiente.*

## **ARRESTADO**

*Llegó la mañana, y los doscientos soldados dispuestos para la marcha parecían un montoncillo de hormigas. Yo iba a conducir a la compañía hasta Rusia. A las ocho en punto llegamos a la estación de ferrocarril y subimos al tren que salía a las 9:10 h. Cinco minutos antes bajé del vagón para comprobar que todo estaba en orden. De repente, se acercó un automóvil con un oficial, un soldado con un arma, y un sargento de uniforme. “También quiere partir”, pensé. Me acerqué al oficial y le informé de la salida de las tropas. Me miró, me preguntó mi nombre y me dijo fríamente: “Está usted arrestado” y, dirigiéndose al sargento: “Hágase cargo de él”. Le entregué los papeles y subí al auto con el soldado armado a mi espalda; y me llevaron al cuartel.*

*Me introdujeron en una empalizada al momento, y el comandante que me había sacado de apuros en otras ocasiones, vino a verme inmediatamente. Me dijo que un oficial del ejército había llamado desde Berlín diciendo que debían arrestarme, aunque no le habían comunicado el motivo. “Si me dice lo que ha hecho, quizá pueda ayudarle”. Pero yo, sencillamente, lo ignoraba.*

*Permanecí en la empalizada durante tres días. Al tercer día llegó un mensaje desde Berlín. El comandante lo abrió en mi presencia. Ahora iba a conocer mi destino.*

## **A LOURDES**

*Sorprendentemente, iba a ser trasladado inmediatamente al sur de Francia, a una nueva división con obligaciones especiales. “¿Dónde?”, pregunté. “A Pau”, replicó. “¿Conoce usted Lourdes? Está muy cerca”. ¡Fantástico!, pensé. ¡La fe de la Hermana Solana estaba justificada!*

*En cuanto llegué a Pau, fui inmediatamente al santuario de Lourdes. Estaba terriblemente agitado. Dos de las predicciones de la Hermana Solana se habían hecho realidad. No había ido a Rusia y había ido a Lourdes. Recé con todo mi corazón, tanto porque la fe de la menuda Hermana estuviera justificada, como para que pudiera ser ordenado sacerdote dentro del improbable transcurso de un año.*

*Escribí a la Hermana Solana relatándole lo sucedido y me contestó con una tarjeta: “Sé valiente y continúa rezando”. Intenté hacer ambas cosas y acudí a la gruta con la mayor frecuencia posible. Por las tardes iba a la capilla de las Hermanas de la Adoración Perpetua de Pau, donde, como siempre, me sentía en casa. Me sorprendió y defraudó encontrarme con que la comunidad franciscana de Pau me cerraba las puertas por la sencilla razón de que era un soldado alemán. No obstante, las buenas Hermanas me alimentaban y cuidaban de tal modo, que obtuve cierta compensación por la frialdad que mostraban mis hermanos.*

*Una tarde, mientras cumplía con mis especiales obligaciones escuchando las transmisiones de radio, capté la noticia de que habían concluido los preparativos para la invasión de Italia. Lo escribí y se lo entregué al oficial al mando. Se echó a reír, diciendo que ni los americanos ni los ingleses pondrían un pie en Europa, pues estaba bajo dominio alemán. Yo no estaba tan seguro; pensaba que, si venían, lo harían por Sicilia. Adquirí una gramática italiana y, durante tres semanas, estudié italiano concienzudamente. Mis camaradas se reían de mí, pues estaban convencidos de que todos nosotros iríamos a Rusia... donde no tendríamos necesidad de saber italiano. Yo sonreía y continuaba estudiando, siempre confiando en mi intuición.*

*Cuando nos llegó la orden de marchar a Rusia a través del sur de Francia, pasé por un mal momento. De repente, cuando estábamos en ruta, nos mandaron girar al sur, desde la Riviera hasta Génova, donde quedamos en espera. Nos cambiaron los equipos para Rusia por otros uniformes más ligeros y nos enviaron al sur de Italia: el enemigo había desembarcado en Sicilia.*

*Pasamos por Roma... ¡el Santo Padre estaba cerca! Después de todo, las oraciones de la Hermana Solana May y su fe “insensata” no parecían tan insensatas. Yo recordaba que en Fulda había afirmado que Dios es más*

*poderoso que la guerra, ¡y que la Sagrada Escritura no dice que las plegarias no sean escuchadas en tiempo de guerra!*

## **EN ITALIA**

*A finales de julio de 1943, nuestras tropas recibieron la orden de marchar a Sicilia para proteger la retirada del resto del derrotado ejército alemán. La mayor parte de la isla estaba en manos de los aliados, y nuestras perspectivas eran muy poco halagüeñas. Aunque figurábamos como tropas de refresco, solamente el 10% eran soldados con experiencia que habían sufrido grandes dificultades en Francia, Rusia y Polonia. El restante 90% lo formaban, en su mayor parte, estudiantes jóvenes, reclutados directamente en las escuelas. La mayor parte de ellos contaba menos de veinte años, y algunos solamente tenían dieciséis o diecisiete. Los más jóvenes llegaban a alardear de haber falsificado sus edades con objeto de ser llamados a filas. Eran las Juventudes Hitlerianas que, de buena fe, luchaban con entusiasmo por la causa alemana. Todos tenían algo en común: su mala preparación.*

*Muchos de sus oficiales no eran mejores, pues solían ser tenientes jóvenes sin experiencia alguna. Así, se mostraban ansiosos por demostrar a los veteranos lo que eran capaces de hacer.*

*Nos despacharon inmediatamente a la parte norte de Sicilia para, en la medida de lo posible, contener la terrible ofensiva enemiga que avanzaba desde Palermo, de modo que los soldados procedentes del flanco sur de Sicilia pudieran alcanzar la Italia continental.*

*Organizamos nuestra línea de defensa no lejos de Patti, a unos cuarenta kilómetros de Messina. Ocupamos una posición tras un promontorio que terminaba en el mar. Unos túneles bajo los escarpados y fangosos acantilados constituían el único camino que llevaba hasta la ciudad. Aquellos agrestes cerros, unidos por un único puentecillo sobre un profundo valle, nos ofrecieron el lugar adecuado para instalar nuestras defensas.*

*Montamos las ametralladoras en el acantilado; carecíamos de armas pesadas, de morteros e incluso de municiones extra para las armas que arrastrábamos con nosotros. No teníamos cañones, solo unos pocos tanques con escasa munición. Abajo, en medio del profundo valle, aparecía un pueblecito pegado al acantilado. Los residentes huyeron cuando observaron que estábamos preparando una línea de defensa justamente sobre sus cabezas. La Novena Compañía tenía la orden de tomar posiciones al lado opuesto del valle con*

*objeto de prevenir, en la medida de lo posible, la llegada del enemigo por el puente.*

*La invasión tardó muy poco en producirse. En primer lugar, aparecieron muchos aviones de reconocimiento. No teníamos armas antiaéreas, así que nos vimos forzados a sentarnos y contemplar cómo realizaban su trabajo. Luego se presentaron seis pesados navíos de guerra armados, que nos enviaron sus saludos. Nosotros nos escondimos en el acantilado.*

*A continuación, en la cresta de la montaña frente a nosotros apareció un hormiguero de soldados. Tranquilizados por nuestra silenciosa presencia, se atrincheraron. Nosotros teníamos la orden de reservar para el ataque las preciosas municiones de que disponíamos. Les veíamos preparar los morteros. La zona comenzó a parecer un campo de maniobras aliado, mientras nosotros tratábamos desesperadamente de convencernos de que era simplemente una demostración de la potencia del fuego aliado. En la cumbre de la montaña instalaron la artillería pesada, y, junto al pesado cañón empezó a tomar forma un montón de municiones. Era obvio que nos sabían incapaces de alcanzarlos con nuestras armas. A los dos días, dieron comienzo los bombardeos enemigos. Sus proyectiles nos llovían de día y de noche. La muerte caía sobre nosotros desde el mar desde la montaña y desde el aire. Ninguno de nuestros soldados osaba sacar la cabeza sin convertirse en la diana de muchas armas. Aunque estábamos protegidos, nuestras pérdidas fueron grandes, pues todo el terreno estaba siendo sistemáticamente bombardeado.*

*Al cabo de tres días, teníamos más de cuatrocientos muertos y heridos. ¿Cómo iba a terminar aquello? El enemigo lanzó dos ataques, pero se tuvo que retirar cuando lo alcanzamos con nuestras ametralladoras causándole muchas víctimas. Entonces, los bombardeos empezaron de nuevo.*

*Para atender a los heridos, el 5 de agosto de 1943 organizamos un puesto tras un acantilado situado en una alcantarilla que, debajo de una calle, servía para conducir el agua de lluvia. Estábamos trasladándolos desde el frente, cuando uno de mis amigos, un ciudadano de Baden, se acercó a mí y me preguntó si no habría medio de ayudar a los agonizantes.*

*“¿Qué quieres decir? ¿No ves que estoy haciendo todo lo que puedo?”. Llevaba mucho tiempo sin dormir ni descansar, y el agotamiento hizo que mi voz sonara más dura de lo que me proponía.*

*“No estoy pensando en sus cuerpos, Goldmann, sino en sus almas. Están muriendo como perros, sin confesión ni Sagrada Comunión. Tú hablas italiano, ¿no es así?”.*

*Asentí. Estaba tan paralizado por todo aquello, que incluso no me sorprendió darme cuenta de que, entre todos ellos, yo debía haber sido el primero en pensar en lo que me proponía.*

*“Conduce hasta Patti y trae un sacerdote; pídele que traiga la Comunión, ya te las arreglarás”.*

*Aquella idea me despertó y me dio nuevas fuerzas. Solicité y obtuve permiso para volver a la ciudad en una ambulancia. El conductor y yo llegamos a Patti alrededor de las cinco de la tarde con el doble encargo de encontrar un sacerdote y, si era posible, algo de material quirúrgico que escaseaba peligrosamente. El lugar estaba casi desierto, pues el sonido de los cañones llegaba hasta los habitantes.*

*Encontré una pequeña iglesia al final de la ciudad, y para mi alegría, se trataba de una comunidad de capuchinos. Hablé con dos ancianos hermanos capuchinos y pedí a uno de ellos que me acompañara llevando el Santísimo Sacramento.*

*El anciano sacerdote replicó: “Lo lamento, no puedo hacerlo. Debe pedirlo al obispo”. Y señaló hacia la catedral en la cumbre de la montaña.*

## **PIDIENDO HOSTIAS PARA COMULGAR**

*Recorrimos todo el sinuoso y estrecho camino hasta la cumbre y aparcamos la ambulancia en la plaza, delante de la catedral. En el extremo más alejado, se sentaban tres hombres ante una mesa sobre la que habían desplegado un mapa. Con ayuda de unos gemelos de campaña podían ver las posiciones alemanas junto al mar. También eran visibles algunas de las aliadas.*

*Detrás de la mesa se sentaba un sacerdote, un hombre bajo, corpulento y de amable apariencia. Era el peor vestido, pues su sotana llevaba algún tiempo sin lavar y sus ennegrecidas mejillas demostraban que, o había perdido la maquinilla, el interés por usarla, o quizá ambos. En tiempo de guerra, uno se vuelve muy observador. Dejé al conductor al pie del vehículo y me acerqué al grupo, que me observaba sorprendido. Estaban tan absortos en su tarea que no habían oído la llegada de la ambulancia por la empinada carretera.*

*“¿Alguno de ustedes tendría la amabilidad de llevarme junto al obispo?”, pregunté cortésmente.*

*El caballero que se sentaba a la derecha del sacerdote se puso en pie, hizo una profunda inclinación y se presentó como el alcalde de la ciudad.*

*“Yo soy Karl Goldmann”, dije, inclinándome también profundamente. “Perdone mi brusquedad, Herr Alcalde, pero no deseo hablar con usted. Deseo ver al obispo sobre un asunto de enorme urgencia. ¿Sería tan amable de llevarme con él?”.*

*Entonces, el caballero que se sentaba a la izquierda del sacerdote se levantó y me preguntó si le era posible ayudarme: era el juez de la ciudad.*

*¡Aquello ya era demasiado! “Señor, aprecio su amabilidad, pero tampoco usted puede ayudarme. Necesito hablar con el obispo”.*

*Ahora el sacerdote se puso en pie, alzó la mirada hacia mí (era mucho más bajo que yo) y me preguntó por el motivo de mi interés en ver al obispo.*

*“No quiero hablar con usted, sino con el obispo. Le pediré, como a los otros caballeros... ¿será tan amable de llevarme con él?”. No me gustaba la impaciencia que denotaba mi voz, pero me estaba cansando, y por demás, aquel juego que parecían estar jugando conmigo.*

*Con voz cortante, el sacerdote replicó: “Puede usted hablar conmigo de su asunto con toda tranquilidad. Soy el obispo de Patti”.*

*Lo miré desde arriba, así como a la indescriptible sotana sucia, a la cara sin afeitarse... y me eché a reír. Exclamé bruscamente: “¿Usted el obispo?”.*

*Me miró indignado. Entonces, sacó un anillo del bolsillo, se le puso en el dedo y lo agitó delante de mí: “Soy el obispo, ¿o no?”.*

*¡Lo era! Enrojeciéndome, me incliné para besar el anillo. Pero él, quizá para darme una lección de humildad, se inclinó y mantuvo el anillo tan cerca del suelo que tuve que arrodillarme en el polvo y agacharme para poder besarlo. Cuando ambos nos incorporamos, él mostraba una sonrisa de perdón y de plena satisfacción. Volvió a ocupar su puesto en la mesa y me preguntó amablemente por lo que deseaba de él. Yo indiqué hacia el campo de batalla de abajo.*

*“Soy un seminarista que sirve en el cuerpo médico. Ahí están muriendo muchos soldados, soldados católicos que hace meses que no ven a un sacerdote ni se confiesan. Los heridos agonizan, y sus almas están en un peligro mortal. Los moribundos no tienen sacramentos”.*

*“¿No tienen capellán en el ejército?”, repuso.*  
*“No, no lo hay. Las divisiones recién formadas no tienen capellán, y uno que teníamos está de permiso”.*  
*“En ese caso, no podemos hacer nada por usted”, replicó.*  
*“Sí pueden. Por eso he venido hasta aquí”.*  
*“¿De qué se trata? ¿En qué está pensando?”.*  
*“Le pido que me proporcione un sacerdote que dé la Comunión a los enfermos y consuelo a los moribundos”.*  
*Se me quedó mirando como si dudara de mi salud mental. “¿Cómo? ¿Un sacerdote que baje con usted al grueso de la batalla?”.*  
*“Sí, que baje. Y yo trataré a toda costa de devolverlo sano y salvo”.*  
*“¿Puede usted garantizar una cosa así?”.*  
*“Naturalmente que no. ¿Quién puede garantizar que alguien va a volver vivo de una batalla?”.*  
*“No enviaré a sacerdote alguno, ni ordenaré ni mandaré a nadie que vaya al frente de una guerra que no le concierne”.*  
*Repliqué: “¡Los italianos y los alemanes son aliados! ¡Luchan juntos en la misma guerra contra el mismo enemigo!”. Las sonrisas de los tres no estimularon mi moral. Poco tiempo después, me enteré de por qué sonreían.*

*De momento, mi único interés se cifraba en conseguir un sacerdote y, con toda claridad, dije: “No se trata ahora de alemanes o italianos, sino de católicos; y si estamos en la diócesis del obispo local, no es por deseo nuestro, de modo que, en mi opinión, el obispo es responsable de nosotros en cierta medida”.*

*En aquel momento, los tres rompieron a reír, y el alcalde dijo: “No existe responsabilidad entre los ciudadanos de este país y el enemigo”.*

*Repliqué: “¡No somos enemigos, sino alemanes!”.*  
*“Para nosotros, no existe diferencia alguna; aquí no nos gustan los alemanes”.*

*Después de aquello, perdí la paciencia. Grité: “¡No se trata de si les gustan los alemanes o no! Se trata de saber si los católicos que se encuentran en peligro de muerte van a recibir ayuda espiritual..., de si voy a conseguir un sacerdote, o no! ¡La filosofía puede esperar hasta que las armas terminen de disparar!”.*

*La respuesta continuaba siendo contundente: “¡No!”.*  
*Supliqué al obispo italiano: “¡Si supiera lo que ocurre ahí abajo! Los lamentos y los gemidos de los heridos..., de los agonizantes! Le ruego que lo considere de nuevo”. De nuevo, la glacial respuesta: “¡No!”.*

*¿Qué haría ahora? “Por última vez, Excelencia, se lo ruego. ¿Puede proporcionarme un sacerdote?”. Expresé mi petición de un modo frío y formal. “Nunca”, fue la respuesta.*

*Se acabó. Solo me quedaba una cosa por hacer. Reuniendo toda mi decisión y prometiendo interiormente toda clase de actos de penitencia, saqué mi Lüger y la puse delante de la nariz del obispo.*

*“Tiene usted tres minutos; después, o bien tengo un sacerdote para llevar el Santísimo Sacramento a las tropas... o será usted quien me acompañe al campo de batalla”.*

*Temblaba, y estaba mortalmente pálido. “¡Le quedan treinta segundos!”.* El obispo tartamudeó algo sobre extorsión, pero yo insistí con un: *“¿No sabe que estamos en guerra?”. Había terminado el plazo. Ordené al conductor de la ambulancia que, armado con la ametralladora, vigilara a los dos caballeros y no les permitiera moverse del lugar.*

*“El obispo me va a acompañar a la iglesia para buscar el Santísimo Sacramento”.*

*En medio de una patente agonía mental, tartamudeó: “¿Tiene la amabilidad de acompañarme a mi casa?”. No pude negarme.*

*El obispo se sentó, se enjugó el sudor y me preguntó si, durante mi formación eclesiástica, había recibido alguna de las Sagradas Órdenes. Le contesté: “Soy un profeso franciscano, pero todavía no soy ni siquiera subdiácono”.*

*“No puedo proporcionarle un sacerdote”, dijo el obispo, “pero tengo algo aquí...”, hurgó en su escritorio en busca de algo ¡que yo esperaba devotamente no fuera un revólver! “¡Ah! Es un documento de Roma que me permite confiar a su cuidado la conservación y distribución del Santísimo Sacramento”.*

*Me quedé atónito. Dije: “Pero para un tema tan sagrado, ¡tengo que confesarme primero!”. Y, después de dejarle en la terraza al cuidado del conductor armado, corrí literalmente montaña abajo hacia el convento de capuchinos, sin pensar en protegerme subiéndome a la ambulancia.*

*Me confesé y pedí el certificado de haber recibido el sacramento de la Penitencia. Me apresuré a volver a la montaña y encontré a los tres todavía*

*sentados a la mesa bajo la mirada de mi conductor. Presenté el certificado al obispo, sobre el que él escribió la siguiente nota:*

*Residencia del Obispo  
Patti, 4. 8. 43*

*En vista de las extraordinarias circunstancias y de las facultades especiales otorgadas por la Santa Sede, concedemos al clérigo católico de la 29 División Panzer alemana que, con la debida reverencia, administre la Sagrada Comunión a sus camaradas, especialmente a los heridos.*

*Firmado Ángel Vescovo*

*Aquello era más de lo que yo esperaba y, sinceramente, di las gracias al obispo pidiéndole perdón. Él me lo concedió generosamente y, al salir, pude ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. No sabía decir si eran de alivio y alegría al ver que aquel peligroso alemán salía de su casa sin haber usado la pistola.*

## **SALVADO POR SU ÁNGEL**

*Un día sucedió algo: Serían las dos de la mañana cuando, de repente, me desperté. Creí haber oído una voz potente. Me incorporé de un salto y acudí junto a los heridos, pensando que alguno de ellos me estaba llamando. Pero permanecían en silencio. Dos de ellos ya habían muerto. Me acerqué a los dos centinelas y les pregunté si habían oído algo; me aseguraron que tenía que estar equivocado, ya que todo estaba tranquilo. Estaba tranquilo., muy tranquilo. Se apoderó de mí un extraño malestar, pero, ya que todo estaba en orden, volví a acostarme aunque no pude dormir.*

*Medio despierto, medio dormido, daba vueltas a un lado y a otro cuando, de repente, oí una fuerte, casi amenazadora voz: “Levántate y trabaja... ¡No hay tiempo que perder!”. La voz era tan fuerte, que retumbó en mis oídos. Además, el sonido parecía inundar todo el valle. Di un salto y, excitado, miré a mi alrededor en medio de la oscuridad, pero no vi a nadie. Corrí junto a los centinelas y les pregunté si habían oído algo, pero me dijeron que había soñado y se echaron a reír. Realmente, yo era un tipo muy especial.*

*Empecé a sentirme alarmado. ¿Quién me llamaba? Completamente desconcertado, me senté bajo un árbol. Un temor extraño se apoderó de mí; no podía dormir y no sabía qué hacer. Miré hacia el cielo despejado, y oí de nuevo aquella misteriosa voz, ahora realmente amenazadora.*

*“¡Levántate y trabaja! ¡Se está acabando el tiempo!”. Completamente alterado, perdí el control de mí mismo y grité: “¿Qué ocurre?”.*

*Pero no hubo respuesta. Los centinelas se abalanzaron hacia mí y preguntaron: “¿Qué estás vociferando ahora?”.*

*Me aseguraron que no habían oído nada, al mismo tiempo que comentaban entre ellos: “¡Algunos empiezan a perder la cabeza!”.*

*Hice algo que no había hecho durante meses; tomé mi pico y mi pala, y empecé a cavar una trinchera. Era la primera vez que lo hacía en toda la campaña, pues soy muy poco aficionado a esa clase de trabajo. Pero ahora golpeaba la tierra como si me pagaran por ello, y al poco tiempo tenía ampollas en ambas manos. Los soldados se despertaron a eso de las seis de la mañana. Formaron un círculo alrededor de mí y, burlonamente, admiraron el casi terminado agujero que había cavado en el suelo rocoso.*

*Preguntaron: “¿Qué ha sucedido?”. Un soldado se mofó: “¡Ahora que hemos ganado la guerra, trabajan incluso los suboficiales!”.*

*No hice caso de sus chanzas. Se sentaron en torno a mí, disfrutando del espectáculo. A eso de las siete, apareció Faulborn con un abundante desayuno. No pudo entender que le mandara dejarlo a un lado y cavara un hoyo para él. Como me consideraba un hombre ecuaníme, me miró sorprendido, preguntándose si habría perdido el juicio.*

*“No tengo tiempo para darte explicaciones, pero, por tu mujer y tus hijos, ¡cava, cava rápido!”. Se le veía claramente impresionado por lo que yo decía y el tono que empleaba. Entonces, ante la evidencia de mi agujero medio acabado, sus expertas manos comenzaron a cavar un hoyo para él. Los otros soldados reían comentando: “¡Ha aparecido la enfermedad contagiosa de la excavación!”.*

*Continuamos cavando mientras los demás nos miraban. A eso de las nueve, mi agujero era lo bastante grande como para poder tumbarme dentro de él. Exhausto, trepé al exterior, me puse la camisa y me tendí en el suelo para dejar descansar a mis fatigados huesos. Al mirar hacia el cielo, me quedé aterrado. En lo alto, diez bombarderos daban vueltas como si fueran buitres. La alarma sonó al momento. Los soldados se mantenían inmóviles, con objeto de que sus movimientos no revelaran nuestra presencia. Pero era demasiado tarde: ya nos habían visto.*

*Se tiraron en picado y dejaron caer al menos veinte bombas. Faulborn y yo saltamos a nuestros agujeros mientras que los demás buscaban salvarse detrás de los árboles. Faulborn y yo fuimos los únicos sobrevivientes.*

¿Quién me había llamado aquella noche? ¿Quién me había salvado? Tres semanas después recibí una carta de Fulda. Era la hermana Solana May. Durante la noche, cuando yo oí la voz que me mandaba ponerme a trabajar, ella experimentó tal temor por mi vida, que se precipitó a la capilla y hasta el día siguiente estuvo implorando: *Ángel de la guarda, sálvalo*. Me pedía que le escribiera inmediatamente y le dijera si me había sucedido algo.

Decía también que se había despertado atemorizada a las dos de la madrugada, la hora exacta en que yo escuché por primera vez aquella voz. De este modo mi fe se reforzó aún más durante aquellos terribles días <sup>27</sup>.

## **EN RETIRADA**

A mediados de agosto hubo duros enfrentamientos. Fuimos tiroteados por primera vez por muchos antiguos aliados italianos. Había muchas tejas. Un joven soldado cayó y al acercarme a él, me dijo: *Por favor, escriba a mi madre y dígame que la estoy esperando en la puerta del cielo. Que no debe llorar que la estoy esperando*. Y con la sonrisa de un niño entró en la eternidad.

Hubo otras muchas muertes que no puedo olvidar fácilmente. Una vez cayó una bomba en medio de un batallón. El cuadro fue terrible. Encontramos muertos a todos los soldados excepto a dos. Los colocamos rápidamente en unas camillas y los cargamos en un camión. Uno de los agonizantes me miraba serenamente. Le saqué la documentación del bolsillo: Era católico. Le pregunté si deseaba recibir la comunión. Me contestó: *Rápido, rápido*. Rezamos juntos el acto de contrición y le administré la comunión. Susurró algo y dijo: *Por favor, escríbale y dígame a mi madre que morí con el Salvador en mi corazón*.

Llegamos a Messina entre constantes ataques por parte de nuestros antiguos aliados italianos. Probablemente quedaron en Sicilia un millar de soldados alemanes. En una lancha rápida metimos a los heridos y pudimos desembarcar al otro lado del estrecho de Messina. La primera noche nos alojamos en una iglesia y después nos pusimos en camino hacia el norte de noche, porque la superioridad del enemigo nos impedía hacerlo de día. En nuestra retirada destruíamos todo lo que podía ser destruido: puentes, viaductos, maquinaria eléctrica..., y convertíamos en humo los grandes, centros de

---

<sup>27</sup> Ib. p. 98.

suministro del ejército italiano. Yo sentía piedad ante tal destrucción, pero en la mayoría de los soldados no había compasión.

## **EXIGIENDO HOSTIAS CONSAGRADAS**

En nuestro camino hacia el norte encontré una acogida fraternal en las parroquias y monasterios italianos y los párrocos, asombrados y gozosos, renovaban mis hostias consagradas. Uno de los días tuve que trabajar yo solo con cien heridos. Les preguntaba si eran católicos. En caso positivo, después de un breve acto de contrición, yo, con las manos ensangrentadas, depositaba el Cuerpo de Cristo en aquellos labios temblorosos. Muy pronto se me acabaron las hostias consagradas y tuve que conseguir más. Fui a una iglesia. Delante de la iglesia había tres sacerdotes, dos jóvenes y uno muy anciano. Salté del tanque con el casco puesto y el rostro, las manos y el uniforme cubiertos de sangre. Saqué del bolsillo la nota del obispo de Patti, dando gracias a Dios, porque estuviera escrita en italiano. Ellos me aseguraron que no tenían hostias consagradas. Comprendí que no confiaban en mí como soldado enemigo bañado en sangre. Así que hablé en italiano, gesticulé y saqué del bolsillo un papel que me acreditaba como miembro de la Orden franciscana. No reaccionaron.

Entonces uno de nuestros soldados sacó su pistola automática y los tres levantaron sus manos temblorosas. Otro soldado vigilaba desde el tanque al resto de la población mientras nos dirigimos a la iglesia. Se negaron a darme hostias y tuve que obligarlos: ¡Qué curioso era el hecho de que, en aquella guerra en la que no había apuntado a nadie con mi arma, tuviera que hacerlo con sacerdotes y con obispos indefensos en lugar de con enemigos! Encontramos la llave del sagrario. Hice un corto acto de adoración. Los tres sacerdotes me vieron abrir el sagrario. Tomé las sagradas hostias que necesitaba. El sacerdote anciano lloraba y le dije: *Padre, las hostias son para los moribundos ¿Puede usted darme la bendición y a ellos a través de mí?* Por fin comprendió que yo no era un ladrón ni un asesino y colocó sus manos temblorosas sobre mi casco,

## **SUBDIACONADO Y DIACONADO**

El 12 de noviembre recibí la noticia de que la casa de mis padres había resultada seriamente dañada por un bombardeo y pude obtener un permiso, mucho tiempo anhelado. Me fui al monasterio de Rottenburg. Me detuve dos días en Roma, donde conseguí el permiso de la Congregación de religiosos para hacer mis votos perpetuos. Mi Superior estaba contento y se puso de acuerdo con el obispo Fischer para conferirme el subdiaconado. El 7 de diciembre de 1943 hice mis votos solemnes en una preciosa ermita. La iglesia estaba casi vacía, pero en

el primer banco se arrodillaba una resplandeciente hermana Solana, de Fulda, cuyas oraciones habían obtenido para mí aquella gracia especial. Al día siguiente, cuando me confirieron el subdiaconado, su alegría no tuvo límites. Para recibir el diaconado necesitaba el permiso del obispo del ejército y pude conseguirlo sin dificultad. Recibí el diaconado el 12 de diciembre.

Quise ejercer de diácono en la misa de Navidad y pedí permiso para alargar mi estancia. Mi permiso expiraba el 23 de diciembre. Al no recibir respuesta el 22 me dispuse a tomar el tren en Múnich para viajar a Italia. Ya tenía el equipaje en el vagón cuando por los altavoces oí que me llamaban. El jefe de estación me comunicó que se me había concedido una ampliación del permiso. Así pude ayudar de diácono en la Nochebuena en Rastatt, Baden <sup>28</sup>.

## AUDIENCIA CON EL PAPA

El 1 de enero de 1944 de camino hacia el frente me encontraba en Roma. Deseaba hablar con el Santo Padre, pero era casi imposible, pues las tropas alemanas habían rodeado el Vaticano. Una noche, después de cenar en el monasterio de San Antonio con el General de la Orden franciscana, le pedí que me consiguiera una audiencia con el Papa. Era para pedir las órdenes sagradas para ser sacerdote. El padre General se echó a reír, porque no había terminado mis estudios de teología. Y contestó: *Una audiencia con el Papa está fuera de lugar*. Yo no me desanimé. Yo debía hablar con el Papa. Se me había contagiado algo de la fe de la hermana Solana.

A la mañana siguiente fui a la embajada alemana y solicité una entrevista con Herr von Kessel para un asunto personal. A él le pedí que me consiguiera una audiencia con el Papa.

Me indicó que era muy difícil. Llamó a la secretaria y le dijo que llamara al Vaticano a la oficina del Santo Padre. Y al momento volvió la secretaria diciendo que el Santo Padre me recibiría. Puso su coche a disposición y me llevó al Vaticano. Me recibió la guardia suiza. Un oficial de la guardia me recibió para escoltarme escaleras arriba un prelado me preguntó sobre lo que deseaba del Santo Padre. Le respondí que quería hacerle dos peticiones y le llevaba el saludo de un grupo de cristianos no católicos que rezaban por Su Santidad.

Al pedirme que concretara mis deseos, respondí que deseaba pedirle el sacerdocio, en respuesta me dijo que, sin haber estudiado, era completamente imposible. Yo le respondí que lo que hablara con el Papa o me debiera responder

---

<sup>28</sup> Ib. pp. 118-120.

dependía de él y yo. Se lo dije alto y fuerte. Entonces el prelado me contestó: *Ha pasado ya el tiempo de una audiencia. Vuelva usted mañana.*

Entonces le dije de malos modos: *Yo soy un soldado y mañana debo reunirme con mis tropas, he de ver al Papa hoy. Se me ha prometido y tengo derecho.* El prelado estaba frío y respondió: *Lo siento, debe marcharse.* Yo insistí: *No voy a marcharme. Si usted insiste, se acabó. Si es necesario, veré al Santo Padre por la fuerza.* Y metí la mano en el bolsillo. Por supuesto no llevaba pistola, pero él lo creyó y mostró un rostro más amistoso. Esperé, se fue, volvió rápidamente y me anunció: *El Papa puede recibirle unos momentos, pero no quiere oír hablar de su última petición.*

Entramos en una sala donde esperaban otras personas. Recé a santa Teresa de Lisieux, recordando su experiencia con León XIII. Entró el Papa y todos nos arrodillamos. Las madres lloraban y él las consolaba y bendecía a sus niños. Era un verdadero Padre. Mi prelado estaba a su lado y decía algunas palabras sobre cada uno. Por fin vino a mí. Le hablé al Papa de las peticiones del obispo del ejército. Le manifesté el saludo de los hermanos evangélicos y dijo por dos veces que los bendecía a ellos y a sus hijos de todo corazón.

Entonces, como un torrente empecé a hablarle en alemán: *Soy soldado, sanitario. No mato, sino que trato de salvar cuerpos y almas. Los soldados mueren a miles sin sacerdote que los oiga en confesión. Nueve divisiones alemanas nuevas carecen de sacerdote. Le suplico humildemente que me admita al sacerdocio para que esos soldados moribundos se puedan confesar. Los estudios de teología los haré después de la guerra. Le mostré la carta del obispo de Patti con el permiso para dar la comunión. Le hablé de la hermana Solana, que llevaba 20 años rezando por mí y me había insistido en esta audiencia.*

El Papa me dio la bendición y me dio una nota para mi ordenación sacerdotal. Cuando llegué al monasterio de Roma, el general me vio y riendo dijo algo sobre el tedesco furioso. Cuando le mostré la nota, no daba crédito a sus ojos y me ofreció la más calurosa felicitación meridional: una buena cena esa noche. Mi ordenación estaba prevista para el 30 de enero en la iglesia de las catacumbas de San Calixto en Roma y me iba a ordenar un obispo franciscano.

## **EN MONTE CASSINO**

Al día siguiente regresé al frente, como mi regimiento se había marchado, volví hacia Roma. En el camino de regreso a Roma me quedé dos semanas en un lugar donde había una iglesia regida por un fraile capuchino. El anciano sacerdote me enseñó cada día las rúbricas (ceremonias) de la misa y me dio

saludables consejos. Pero todo se detuvo, porque el 24 de enero me ordenaron con urgencia dirigirme a Cassino, donde americanos e ingleses habían iniciado una inesperada ofensiva de invierno. Nuestras tropas tuvieron que salir de Cassino. Tuve que enviar un mensaje a Roma, avisando de que no podría ordenarme a fin de mes. Estando en Cassino, recordé que el abad era también obispo y quizás podría ordenarme. Hablé con el abad. Era un respetable anciano, cuya dulce apariencia revelaba una vida de oración. Le conté mi historia.

Él me llevó a la ventana y me dijo: Allí había una iglesia, allí un hospital, allí un convento de religiosas y más allá una escuela. Allí una parroquia nueva y un jardín de infancia. Hemos trabajado aquí durante diez años para hacer de esta pequeña diócesis un jardín de Dios. De la noche a la mañana todo ha quedado destruido por la guerra. Los edificios han desaparecido, la gente ha muerto o ha huido. Solo queda el monasterio y quién sabe si Dios nos pedirá también este sacrificio. Hijo mío, para mí será una gran alegría ordenarte aquí, pero quizá sea imposible. Ven a cualquier hora del día o de la noche y te ordenaré en la cripta de San Benito <sup>29</sup>.

## **PRISIONERO**

Hubo muchos enfrentamientos con los aliados y la ansiada ordenación fue imposible. Había muchos cadáveres por todas que atender. Quise ir por algunos heridos y fui cercado por varios soldados ingleses. Yo enarbolaba la bandera de la Cruz Roja. Un oficial me registró mientras otros me apuntaban. Conmigo había algunos camilleros y a todos nos dieron té y chocolate, pero estábamos prisioneros. De pronto, vi un militar con una cruz. ¿Será el capellán? Me aventuré a hablarle: *Padre, yo soy franciscano*. Me miró y con voz fría contestó: *Tú eres un sucio alemán*. Respondí: *Por fuera soy un sucio alemán, pero por dentro soy franciscano*. Le manifesté que tenía una carta para él. Le entregué el escrito del Papa. Me rodearon. El sacerdote en tono conciliador dijo: *¿Quieres algo? “Sí, me gustaría bajar los brazos y también que me devolvieran el reloj y las demás cosas que me han quitado”*. El mayor ordenó la devolución, llamando ladrones a los soldados. No solo me devolvieron mis cosas, sino también las que habían tomado a los muertos, heridos y prisioneros.

## **EN ÁFRICA DEL NORTE**

Como éramos prisioneros, nos trasladaron a un lugar de África del Norte. Después de seis horas de vuelo llegamos a Birkadem en Argelia, donde nos interrogaron. Nos habían capturado en enero de 1944. Cerca de donde estábamos,

---

<sup>29</sup> Ib. pp. 121-135.

había un monasterio dirigido por franciscanos que tenía unos 40 seminaristas de diferentes diócesis y Ordenes. Todos eran alemanes prisioneros, vigilados por soldados aliados. El Superior, Raphael Walzer, los dirigía y daba enseñanzas de teología, filosofía y patristica. Allí aprendí mucho. Estuve tres meses en el lugar. El abad Raphael había entregado mis papeles al arzobispo de Argel, quien después de algunas investigaciones, los consideró auténticos. Así se determinó la fecha de mi ordenación sacerdotal para el 24 de junio. Pasé unos días previos de retiro y llegó el gran día en el que un obispo francés me ordenaba a mí un prisionero alemán <sup>30</sup>. Incluso en la guerra, el amor trasciende a los ejércitos en lucha, pues arrodillado ante mí para recibir la bendición estaba un general francés, que besaba las manos recién ungidas de un soldado alemán, un sacerdote acabado de ordenar.

De Argelia me trasladaron a una prisión en Marruecos. Por las noches nos alojábamos con criminales en unas cárceles locales sucias y malolientes llenas de bichos. Era un mundo de corrupción. En las cárceles reinaban las peleas, los robos y una depravación antinatural, especialmente entre musulmanes.

Nos llevaron a Mequinez en Marruecos. Allí nos encerraron en un alto edificio, frío y desapacible con agua en el suelo de las celdas y ratas que corrían a plena luz del día. Sobre el cemento, unas mantas sucias y raídas. Nuestro alimento consistía en una papilla de mijo al estilo árabe, que solo el hambre nos obligaba a comer. Apelé a la Cruz Roja y un guardia fue a ver qué podía hacer. De repente oí una voz atronadora que usaba palabras de increíble obscenidad como acostumbran los soldados y pronunció mi nombre. Era un hombre grande, corpulento, de rostro amistoso y fuerte voz, cargada de palabrotas. Era un franciscano, capellán castrense de aquel puesto. Era el padre Buenaventura, que más adelante me salvaría vida y en esa ocasión nos consiguió mejores mantas, mejor comida y mucha fruta.

A la mañana siguiente, nos metieron en un autobús donde hombres y mujeres nativos se acomodaron en los asientos del fondo. Y allí estábamos entre niños sucios y mujeres jóvenes y ancianas. Había pollos, un perro, dos cabras y un gato. Llegamos a la cárcel de Ksar-es-Souk. Allí había un millar de familias árabes y una amplia guarnición francesa de la Legión extranjera, que cuidaba el campo de prisioneros, casi todos suboficiales. Tenía fama de albergar a los nazis más fanáticos <sup>31</sup>.

Las vallas eran de alambre espinoso y las altas garitas, con ametralladoras, impedían la visión de los alrededores. Estábamos 1.500 prisioneros apiñados en

---

<sup>30</sup> Ib. pp. 149-156.

<sup>31</sup> Ib. pp. 166-169.

habitaciones de treinta. Dormíamos sobre el cemento, cubiertos con delgadas arpilleras. Todos sentíamos las punzadas del hambre, porque la comida era muy escasa y abundaban los bichos.

## CON NAZIS RADICALES EN LA PRISIÓN

Allí dominaba entre los presos un grupo de nazis radicales y los guardianes no se metían con ellos. Todas las mañanas, después de hacer el recuento de presos, el jefe del campo nos saludaba con un sonoro Heil Hitler. Los que se oponían al pensamiento nazi, sufrían palizas y nadie se atrevía a expresar sus ideas. Reinaba la desconfianza. Las cosas iban muy mal.

Un día me condujeron al despacho del jefe. Eran siete de las SS. En medio del fingido compañerismo, me hablaron de cómo tenían que procurar que reinara en el campo un espíritu exclusivamente alemán. Tenían organizadas varias actividades y necesitaban un profesor de filosofía, pero solo se enseñaría la filosofía alemana basada en el nazismo. Me preguntaron por qué había venido allí. Les aclaré: *He venido voluntariamente a trabajar para los católicos y para los que quieran hacerse católicos.* Respondieron: *Aquí no hay católicos ni protestantes, solamente alemanes y no necesitamos una religión que fue fundada por un judío.* Insistieron: *¿Qué pretendes hacer aquí?* Respondí: *Celebrar misa y anunciar el mensaje cristiano y administrar los sacramentos a los que me lo pidan.*

*¿Quién te ha encargado ese cometido?*

*El arzobispo de Argel.*

*¿Un francés?*

*Sí, un francés.*

*Un enemigo de la nación alemana.*

*Ten cuidado, estás en suelo alemán. Y seguramente sabes cómo tratamos a los enemigos de nuestra patria.* Les pregunté si habían oído hablar de Dachau. Les dije que había estado allí y les expliqué cómo les habían ido las cosas a los que consideraban enemigos del pueblo alemán. Les relaté lo que había visto en mi visita a aquel infierno. Guardaron silencio. Por fin el jefe me dijo: *Si quieres predicar, tendrás que estar a mis órdenes, tendrás que someter los sermones a mi consideración.* Respondí: *Eso no sucede ni en Alemania.*

Algunos, que eran mis amigos me suplicaron que no saliera solo de noche o por lo menos que no saliera solo. Seguí su consejo. Alguien me pudo avisar que me preparaban un suicidio, que consistía en colgar al disidente y hacerlo parecer como un suicidio.

El general francés responsable del campo, aunque era anticatólico, tuvo que cuidarme, porque él también era responsable de mi seguridad. El jefe nazi había ordenado a los suyos que boicotearan mi trabajo. Al principio nadie quería hablarme, hasta que a altas horas de la noche un hombre se aventuró a preguntarme, si yo era un sacerdote católico. Pronto vino con otros tres más. Una noche fueron siete. Los nazis del campo destrozaron muchas biblias y las pusieron en los servicios para que sirvieran como papel higiénico. Examinaban cada libro que venía al campo y lo destruían si parecía cristiano. Y prepararon listas negras de los llamados traidores para enviarlas a sus casas.

Yo tenía un grupo de personas leales que me ayudaron mucho a ganarnos la atención de los otros. Así muchos volvieron a la Iglesia después de muchos años de ausencia. El silencioso ejemplo de aquellos hombres, les había infundido valor para confesar sus creencias. Yo les daba cuatro horas semanales de Biblia y después otras sobre moral, historia de la Iglesia y sobre la fe católica. La noche de Navidad, los nazis prepararon unas conferencias sobre Yule, la fiesta alemana pagana. La asistencia era obligatoria. A las 11 p.m., cuando todos se habían retirado, nosotros salimos y encendimos cientos de velas y entonamos villancicos. Celebré la misa y después oí confesiones durante mucho tiempo. Todos los asistentes se sintieron felices y me lo comunicaron después hasta por escrito desde sus casas.

## **CONSTRUCCIÓN DE UNA CAPILLA**

A partir de ese día, los ataques de los nazis fueron cada día más ineficaces y la comunidad de creyentes aumentó <sup>32</sup>. En enero de 1945 comenzamos a construir una capilla, algo impensado seis meses antes. Todos, excepto los nazis, trabajaban ayudando a hacer adobes y traerlos y colocarlos, a pesar de estar débiles y depauperados. Algunos de ellos se convirtieron en artistas. Fabricaron un incensario y una custodia con madera y un copón con aluminio, que extrajeron de un avión y que pulieron para darle la apariencia de plata. Podían entrar unos doscientos. Hubo que ampliarla al doble y resultó pequeña. Era un auténtico centro de oración. Siempre había alguno rezando. Al enterarse de ello, unas religiosas nos enviaron lienzos para el altar y ornamentos, lámparas y muchas velas. La oración era nuestra arma secreta para superar las dificultades.

Al poco tiempo recibimos noticias de nuestras casas, después de dos años. Un hombre se enteró que un tanque ruso había arrollado a su mujer y a sus cuatro hijos. Salió de la habitación y desapareció. Yo pensé que se podía haber

---

<sup>32</sup> Ib. pp. 188-189.

suicidado. Fui a la capilla y observé que faltaba el crucifijo del altar. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi al hombre tirado en el suelo delante del altar con el crucifijo en las manos. Intenté consolarle, pero en medio de sus lágrimas me dijo: *No, no necesito consuelo. Por favor, ayúdeme a rezar lo que rezó usted ayer.* Yo había dado un sermón sobre el padrenuestro en el que insistí en la frase: *Hágase tu voluntad.* Rezamos juntos el padrenuestro y, cuando dijo: *Hágase tu voluntad,* su tensión y su dolor habían desaparecido como si fueran algo material. Él salió de la capilla rebosante de fuerza espiritual y el deseo de continuar <sup>33</sup>.

Al terminar la guerra, la Cruz Roja comenzó a enviar cada vez menos alimentos. La comida era muy escasa. En Midelt había una iglesia atendida por un anciano franciscano y todas las mañanas debía trasladarse a una hora de distancia a celebrar misa en un convento de hermanas franciscanas, yo tuve el permiso de sustituirlo.

## **CONDENADO A MUERTE**

El día 17 de enero de 1945 estaba celebrando misa en el campo, cuando entraron unos soldados franceses y, antes de que me arrancaran del altar y me maniataran, tuve tiempo de administrar la comunión y de guardarme en el bolsillo las hostias restantes. Me examinaron, me interrogaron. Le entregué la cajita con las hostias a un guardián francés, que era católico y que más tarde me la devolvió. Me encerraron desnudo en una celda helada sobre un suelo de cemento sucio y mugriento y sin comida. A la mañana siguiente, en un coche vigilado me llevaron hacia el norte. Me tenían tendido en el suelo boca abajo, vigilado por un guardia armado. Yo estaba muerto de hambre. Era un manojito de piel y huesos. En otoño había tenido una infección pulmonar. El estar en la celda helada sobre el cemento frío me hizo empezar a toser y a tener fiebre alta durante varios días. Un vigilante se asomaba continuamente a la puerta por si tramaba algún perverso proyecto. Pude escuchar las cosas más increíbles que se decían de mí. Yo era un enemigo de Francia, era un nazi de los peores, responsable de la muerte de muchos extranjeros, sobre todo franceses. Era un criminal, ya que había engañado al Papa, recibiendo una ordenación inválida. Lo más increíble era que me acusaban de haber sido el primer comandante del campo de concentración de Dachau.

Los jueces me mostraron 27 firmas de compañeros de prisión que juraban que yo era un odiado nazi. Entre ellos figuraban algunos que habían venido diariamente a recibir comida de la que enviaban las hermanas. En sus juramentos escribían los nombres y fechas y las circunstancias en las que me habían visto

---

<sup>33</sup> Ib. pp. 192-196.

cometer crímenes. El médico que me visitó, avisó al padre Buenaventura, que con sus aterradoras palabrotas, vino a visitarme. Me cogió y me cargó sobre sus poderosas espaldas. Me introdujo en su coche y pronto estaba cómodamente acostado en su propia cama. Regresó con un gran cerdo. Permanecí dos semanas en su cama. Por la mañana me traía la comunión y tres veces al día me servía una chuleta de cerdo con la orden de que me la comiera toda. En dos semanas estaba bastante restablecido y me devolvió a la prisión. Pero las cosas seguían su curso y el 27 de febrero de 1946 a las 5 p.m. vino un oficial francés para decirme que en la noche siguiente sería fusilado. Yo le dije que iba a llegar al cielo rápidamente.

## **SALVADO DE LA MUERTE**

Aquella noche me dieron buena comida y a las 2.30 a.m. entraron diez soldados y se llevaron a algunos prisioneros para aplicarles la pena de muerte. A eso de las tres se abrió la puerta de mi celda y entraron cuatro hombres: el oficial de la tarde anterior y tres soldados. Me anunciaron: *Levántate, la compañía espera en el patio*. Les dije: *Tendrán que llevarme, porque no puedo andar*. (me sentía muy débil). El oficial mandó salir a los tres soldados. Sacó su espada y puso la punta sobre mi pecho y me preguntó: *¿De verdad vas a ir al cielo?* Respondí: *Así lo espero*.

De repente apartó la espada, se sacó el cinto, dejó en el suelo su casco de acero y, tomando mis manos, explotó: *Padre, quiero confesarme*. Yo me quedé sin habla... Lo confesé. Lloraba mientras lo hacía por primera vez en largos años, luego me besó las manos. Se sentía feliz como nunca en mucho tiempo. Estaba convencido de mi inocencia, pero no podía hacer nada. Le di de comulgar y seguía llorando. De pronto, oímos un gran estrépito en el exterior. El oficial se puso de pie y tomó su arma. Entonces entró en la celda otro oficial. Llevaba en la mano un papel. Hablaron excitadamente. Salieron y cerraron la puerta. Oí varios disparos en el patio. Oí marchar a algunos soldados y después el silencio... Caí dormido, muerto de cansancio. Días después supe que había llegado de París la orden de reabrir mi caso y, como se descubrió después, la Santa Sede había intervenido tomando cartas en el asunto. Yo estaba salvado y aquella confesión extraordinaria, que retrasó la ejecución, conspiró con la oportuna llegada de la orden de París, que una vez más me arrancó de las fauces de la muerte <sup>34</sup>. Dos días después me trasladaron a Marrakech a un campo al sur de Casablanca. Pasé un día maravilloso con un piadoso y buen hermano franciscano. Me enviaron a una gran prisión, donde celebré la Pascua con unos hombres enfermos del alma y del cuerpo.

---

<sup>34</sup> Ib. pp. 204-212.

Al día siguiente, me llevaron al campo de Uarzazate, que era un campo para oficiales y no había capellán. Al llegar, me llevaron a una habitación llena de oficiales. El general me llamó y me estrechó la mano. Al quedarnos solos me pidió la bendición. Era un católico de cuerpo y alma y me prometió ayuda, pero poco podía hacer, porque iban a estudiar de nuevo mi caso. Le pedí que me trajera mi maletín con las cosas para la misa y el equipaje. Pude celebrar la misa. Comprendimos que necesitábamos una capilla y a las tres semanas, ya recuperado, empezamos a edificarla con gran entusiasmo y con la ayuda del general. Acabamos pronto y resultó muy hermosa. Los oficiales trabajaron duramente.

## **CONVERSIÓN DE KROCH**

Las hermanas franciscanas misioneras de María rezaban por los que estábamos prisioneros. *La hermana Jeanne me hizo escribir en un papel el nombre del peor enemigo de la Iglesia. “Deje el resto en mis manos, Padre”, me dijo.*

*Hice lo que me pedía; le di el nombre de Kroch, un fanático nazi, acérrimo perseguidor de la Iglesia francesa y de su pueblo. En realidad, no tuve mucho tiempo para pensar en la Hermana Jeanne y, cuando a los tres meses Kroch vino a hablar conmigo, me preocupé. Estaba tan irritado por sus continuas infamias en contra de mí y por sus groseros comentarios en contra de Dios y de la Iglesia, que no quise verlo.*

*“Si Kroch quiere hablar conmigo, dígame que venga por la mañana, a la vista de todo el mundo, y no en la oscuridad de la noche!”. Fue un mensaje airado del que me arrepentí inmediatamente, pero lo dejé como estaba.*

*A la mañana siguiente, cuando esperaba en la fila para recibir la reducida ración de pan, Kroch se acercó a mí y, sin tratar de ocultar su petición ante los que esperaban junto a nosotros, me preguntó si podía confesarle:*

*“Yo era católico, Padre. Incluso fui monaguillo; mi madre era una mujer piadosa que se sentiría feliz si supiera que he vuelto a la Iglesia”. Apenas podía creer a mis oídos, pero así era. Yo conocía parte de su historia: durante muchos años, incluso antes de la guerra, había sido un líder de la juventud en contra de Dios, y desempeñaba un papel de dirigente en la Alemania nazi.*

*Pero llegó el día en que, ante cientos de hombres que escuchaban reteniendo el aliento lo que tenía que decir, reconoció su culpa y su vergonzosa historia..., desde un chaval piadoso a uno de los más acérrimos enemigos de la*

*Iglesia. Contó de nuevo la historia de su regreso a la Iglesia y pidió perdón. Finalmente, recibió la absolución sacramental y la Comunión. Los hombres rodeaban el altar con lágrimas en los ojos, y después, fueron muchos los que esperaron pacientemente su turno delante del confesonario para dar por terminadas sus vidas de pecado.*

*En su soledad de Khenifra, la buena Hermana Jeanne había colocado junto al sagrario el papel con el nombre de Kroch y, noche tras noche, había pasado seis horas rezando por su conversión <sup>35</sup>.*

## **SIGUE PRISIONERO**

*Después me llevaron a un campo-cárcel al sur de Argelia. El campo quedaba en el valle. En una esquina estaba la sección especial para los nazis, con doble alambrada de espino, guardias extra, y un menú especial de sopa aguada. Los reducidos barracones estaban llenos de chalados y contenían a cincuenta hombres calificados de nazis. Aquellos hombres eran húngaros, polacos, rusos, italianos y belgas, muchos de los cuales eran buenas personas que no habían cometido crimen alguno. En realidad, había algunos criminales, incluidos dos asesinos, pero ¡aquellos hombres no eran nazis en absoluto!*

*Yo fui recibido cortésmente a la entrada del campo. El intérprete y otros franceses fueron muy amables al ver entrar a un prisionero alemán con la cruz de capellán y la bandera de la Cruz Roja bajo el brazo. Se quedaron asombrados cuando vieron que me acompañaban cuatro guardias, pero su actitud radicalmente en cuanto leyeron el informe. El intérprete me increpó: “Nazi, cerdo, asesino, embustero!”.*

*Me rodeaban, mirándome como si fuera el demonio en persona. Después, por supuesto, me examinaron desnudo y, para general decepción, no encontraron la maldita marca de las SS en mi brazo izquierdo. Entre los que me insultaban y golpeaban había un joven cabo que se me acercó exageradamente profiriendo palabras injuriosas. Entre gritos, le oí decir en voz baja una palabra que me sonó como “seminarista”. Pensé que se estaba burlando de mí y, como no le di respuesta, pareció aún más furioso. Finalmente, me condujeron a los barracones de las SS a través del campo custodiado por ametralladoras.*

*Entre los hombres que ya estaban allí, reinaron el asombro y la sospecha. ¿Cómo podía ser capellán y al mismo tiempo un hombre de las SS? Había algo raro; los hombres se mostraban reservados; no confiaban en nadie. Yo sabía,*

---

<sup>35</sup> Ib. pp. 198-201.

*por amarga experiencia, que en aquellos campos los hombres denunciaban o informaban sobre cualquier otro que hubiera salvado su vida, solo a cambio de un aumento temporal de la comida o de otra forma de prebenda.*

*Los barracones eran estrechos, calurosos y sucios, con el suelo de arcilla; las literas estaban llenas de chinches, y la mayoría de nosotros carecíamos de mantas. Las dos de gran tamaño, de lana, blancas como la nieve, provocaron sospechas... ¡yo debía ser un agente secreto! Nadie me habló durante el primer día. Solamente nos daban una sopa que olía mal y sabía peor, pero yo había estado comiendo bien y podría resistir algún tiempo.*

*El techo del barracón estaba fabricado con hojas de palmera que, aunque hacían que el calor fuera menor, tenían otros inconvenientes. En cuanto llegaron las lluvias, las primeras lluvias torrenciales desde hacía dos años, tuvimos que refugiarnos, sentados en el lodo, bajo nuestros catres. Muchos cayeron gravemente enfermos, pero, después de todo, solo éramos nazis, no seres humanos. Gruesas serpientes se deslizaban desde el techo y los húngaros las atrapaban para comérselas. Yo las probé, y la repugnancia que sentí me sorprendió, pues realmente no sabían tan mal. Pero preferí pasar hambre. Los húngaros también asaban ratas que cazaban en gran número. Un hombre con sentido práctico come cualquier cosa cuando está hambriento. Aprendimos a preparar ensaladas con raíces y cortezas de árboles.*

*Pasé dos meses inolvidables en aquella prisión. Alrededor de los barracones había un pequeño camino vigilado por un guardia que paseaba de acá para allá, observándonos para que no desapareciéramos entre el espeso seto. En cuanto salía el sol, nos sentábamos frente al desmoronado edificio para secar nuestras ropas y quitarnos los piojos; pero lo peor de todo, después de las continuas punzadas del hambre, eran los ataques de las moscas. Nos acosaban sin piedad miles de ellas, hasta que muchos hombres las dejaban, indiferentemente, posarse en las numerosas heridas de su cuerpo. Moscas de día y chinches de noche... ese era nuestro castigo.*

*Un día oí una voz áspera y potente que llamaba al capellán nazi. Esperaba fuera el joven cabo que vociferaba más fuerte que nadie cuando entré en el campo. Llevaba un látigo en la mano y yo me preparé para lo peor. Me observó mientras me adelantaba y me empujó gritando y agitando el látigo. No me alcanzó ni una sola vez. Mis compañeros decían que los golpeaban frecuentemente en un rincón del campo para hacerles decir unos secretos que nunca escondieron. Me condujo al rincón, fuera de los oídos y parcialmente fuera de la vista de los otros. El cabo blandió el látigo, pero golpeó el poste en lugar de a mí, mientras continuaba chillando. De vez en cuando, se las arreglaba para contarme, en susurros, parte de su historia: era un seminarista:*

*me pedía perdón por parecer tan furioso y por haberme tratado con tanta dureza, pero era el único modo de ayudarme sin que los otros entraran en sospechas.*

*“¿Necesita algo?”. Me quedé completamente sorprendido y le dije inmediatamente que necesitaba algo de pan y vino para decir misa.*

*“Eso es imposible, Padre”, susurró mientras el látigo golpeaba de nuevo el poste.*

*“Si puedes conseguirme pan y vino, yo me las arreglaré”.*

*Me devolvió al barracón, siempre gritando e insultándome, y a las diez de la noche me trajo lo que necesitaba. Se lo había entregado el sacerdote de la montaña.*

*Ahora podía decir misa, pero ¿dónde? En el peor de los casos, en el barracón, pero sería mejor limpiar la cochera contigua. La cuestión era, ¿cómo entrar en ella? No se nos permitía dar un paso fuera de los límites de la prisión; nuestras letrinas consistían en un cubo a la entrada. El guardia dispararía en cuanto alguien diera un paso fuera de los límites. Nos contaban una o dos veces cada noche porque éramos peligrosos y, a pesar de todas esas precauciones, algunos conseguían escapar. No teníamos nada que perder y todo que ganar y, cuando pregunté a algunos compañeros presos si estaban dispuestos a arriesgarse después del segundo recuento, me sorprendieron mostrándose de acuerdo.*

*Después del recuento de las dos de la mañana, cuando el vigilante volvió de su ronda, nos arrastramos unos veinte metros en dirección a la cochera. Encendí un cabo de vela y dos de los hombres que me acompañaban sujetaron un tablero mientras yo decía Misa con una pequeña estola como vestidura, con el vino en un vaso corriente y con la ayuda de un pequeño misal inglés.*

*Yo ya había dicho misa anteriormente de modo peculiar. En la prisión de Mequinez un hombre negro me había entregado el maletín de Misa del padre Hermentier. Dijo que lo había «encontrado» en la sacristía, omitiendo el hecho de que yo le había informado del modo de entrar y del lugar donde estaba la llave. Entró cuando no había nadie en los alrededores y la tomó prestada. En aquella época yo estaba tan débil que me tenían que sostener dos hombres. Uno de ellos sujetaba el cáliz para que no se cayera o se volcara, mientras yo celebraba ayudado por dos guardianes.*

*Ahora estábamos en la cochera; uno de los hombres que sostenían el tablero que servía de altar era un asesino, como supe más tarde. De ese modo dije Misa catorce días. Al final, decía Misa cuando nos levantábamos y teníamos*

*permiso para lavarnos. No era difícil llegar hasta la cochera, que habíamos limpiado. Yo había fijado un tablero a la pared con dos ganchos y lo usaba como altar.*

*Al cabo de dos semanas, las cosas cambiaron radicalmente. Yo continuaba en el barracón, pero me llamó el general del campo para hablar conmigo, sin intérprete, durante mucho tiempo. Solo estaba presente el cabo, el Seminarista. Obtuve permiso para ir a la montaña para confesarme con el sacerdote, lo que hice, desde entonces, dos veces por semana. Luego me permitió decir misa en la capilla del campo. El capellán era también alemán, pero no confiaba en mí y me mantenía al margen. Por el seminarista, me enteré de que había llegado una nota de Francia diciendo que había que tratarme amablemente; dicha nota venía del Santo Padre a través de París, en la que preguntaba el motivo de que me trataran como a un perverso SS cuando él mismo había dado el permiso para mi ordenación.*

*Varios meses antes, y con ayuda de uno de los guardianes, yo había enviado directamente una carta clandestina al Santo Padre; quizá fue esa carta la que me procuró su intercesión. En cualquier caso, ahora podía respirar libremente en aquella sección especial del campo como cualquier otro prisionero. Tenía la posibilidad de subir, sin guardián, al poblado de la montaña para recuperar fuerzas en casa del piadoso, pobre y amable sacerdote, y alimentar a mis hambrientos compañeros con los regalos de la gente del pueblo.*

*Desgraciadamente, todo esto solo duró unas semanas. Una mañana se produjo una gran conmoción; el campo estaba rodeado de soldados. Nos enteramos de que toda una compañía había podido escapar después de meses de preparación, y con la ayuda de muchos árabes y franceses que les habían proporcionado ropas y todo lo necesario para la huida. La fuga había sido planeada con todos los detalles de la precisión alemana; escaparon en un camión militar francés, cuya ausencia solo se advirtió dos días después, cuando aquellos osados fugitivos habían llegado ya al Marruecos español. Entre los huidos había dos de nuestro campo y uno de la sección especial. Se rumoreaba que yo me había enterado del plan y de que los había ayudado con mi conocimiento de Marruecos. Yo era alemán, aunque quizá no un SS, y en opinión de los franceses, también era un nazi.*

*Ahora se produjeron nuevos acontecimientos. Bajo una fuerte vigilancia —de hecho, un guardián por cada preso— y con varias ametralladoras, sacaron del campo a diez de nosotros y nos llevaron a la estación del ferrocarril. Allí, subimos a un camión con tres veces más guardianes que prisioneros y salimos hacia el este... ignorábamos dónde. El camión iba cerrado. De vez en cuando, nos deteníamos algunos días en lugares que no llegábamos a ver, pero teníamos*

*bastante buena comida y no nos molestaban, así que las cosas no eran tan malas como podían haber sido.*

*Después de muchos días de viaje, llegamos a Constantina, la mayor ciudad oriental de Argelia y nos metieron en un campo. Me enviaron a un barracón reservado a los nazis. Todo el mundo sabía quiénes éramos, pero no recibimos malos tratos. Por supuesto, continuamos confinados en el campo, pero aquello me complacía. El comandante me interrogó repetidas veces y pude comprobar que, aunque no hablaba mucho en mi favor, dejó caer que yo gozaba de la mejor protección del mundo... es decir del Santo Padre. Lo único que obstaculizaba mi absoluta paz era el hecho de que la pequeña iglesia estaba cerrada con llave; el capellán había salido de viaje.*

*Cuando regresó, me llevé una gran sorpresa: el Padre Debatin era uno de los sacerdotes mejores, más celosos, más piadosos y más inteligentes de toda África. Lo había conocido en la época de mi ordenación y me consideré un privilegiado por poder estar en su compañía. Obtuve permiso para celebrar la Misa y durante muchos meses estuve con él. No en el mismo barracón, sino con él a lo largo del día, excepto cuando visitaba destacamentos de soldados, como solía ocurrir. Aquellos meses me sirvieron como el mejor de los retiros. Tenía ante mí a un hombre cuya vida consistía exclusivamente en orar y atender a las almas, que vivía la vida del sacerdote ideal. Para mí, que era un sacerdote joven, era ciertamente una bendición.*

## **A FRANCIA**

Después de muchos días. me trasladaron en barco a Francia, a un campo cerca de Chartres, que era para seminaristas. Había cientos de ellos. Era una auténtica escuela filosófica y teológica. Algunos profesores estaban recluidos voluntariamente con el fin de enseñar. Tuvimos una ordenación sacerdotal. Yo actué de diácono y el Nuncio apostólico en París, el cardenal Roncalli, futuro Juan XXIII, le confirió el presbiterado.

El general francés me dio permiso para hacer algunos viajes y me fui en ropa de civil a Lisieux. Pude celebrar la misa en la iglesia de la tumba de santa Teresita para agradecerle su ayuda. Al regresar al campo encontré la noticia de mi liberación. Después de 9 meses, tenía todos los estudios de teología terminados y aprobados los exámenes. Fui a mi casa en Fulda. Estuve un año, ayudando a un anciano y sabio párroco. Después trabajé con seminaristas en Holanda y Alemania.

## LA HERMANA VERÓNICA

Recibí una invitación especial para visitar el convento de franciscanas de Siessen, porque la hermana Verónica me estaba esperando. Me llevaron al edificio donde estaban alojadas las hermanas enfermas y allí estaba ella.

*Vi a una anciana Hermana tendida en el lecho, con las profundas arrugas del sufrimiento marcadas en el rostro, que, sin embargo, reflejaba su paz, su serenidad y su alegría interior. Me sorprendieron también los aproximadamente doce pájaros que había en el cuarto, algunos en la cama y otros en sus manos. Volaban desde la ventana a los árboles cercanos, pero volvían y se posaban de nuevo cuando la Hermana los llamaba por su nombre.*

*Hablé suavemente para no molestar a los pájaros y le dije que me habían pedido que me detuviera allí, pero que ignoraba la razón.*

*“Si se sienta, la oirá”, respondió. Parece que, hacía muchos años, el Padre Bernardine, al que había conocido cuando era un muchacho, se había interesado por un joven que, habiendo salido de Fulda con su familia, se vio obligado a enfrentarse con las tentaciones de la ciudad y a superarlas a lo largo de su camino hacia el sacerdocio. Allí, en la capilla, el Padre describió a las Hermanas algunas de las pruebas que esperaban a un joven que luchaba por su vocación, unas pruebas tan severas, que podría perderse aquella gracia, que parecía tan poderosa en el muchacho. Pidió que alguna Hermana se encargara de rezar y sacrificarse de un modo especial por aquel joven, para que la Iglesia fuera bendecida con un nuevo sacerdote.*

*La Hermana Verónica obtuvo permiso de la Superiora, y preguntó al Padre Bernardine lo que había que hacer. Él la llevó a la capilla y, delante del Santísimo Sacramento, ella se consagró al Corazón sacerdotal de Jesús, y prometió ofrecer sus oraciones y sacrificios diarios por aquel muchacho. Así, inició una plegaria ininterrumpida.*

*Poco después cayó gravemente enferma; durante veinte años tuvo que guardar cama y sufrir numerosas operaciones. Fue toda una vida de padecimiento y dolor.*

*“Nunca se quejaba”, comentó la Superiora posteriormente, incluso cuando la Hermana enfermera se mostraba desabrida. Si tratábamos de consolarla, sonreía y decía, “Sé por quién estoy sufriendo; he de proteger la vocación de un muchacho que desea ser sacerdote”.*

*Ahora, sentada en la cama y con una gran alegría reflejada en su ajado rostro, decía: “Ahora veo de nuevo lo bueno que es Dios; he rezado y padecido durante veinte años, y Él me ha premiado generosamente”.*

*¡No pude pronunciar palabra! Ahora comprendía la otra razón por la que me había convertido en sacerdote de un modo tan especial... Dios había aceptado las oraciones y los sufrimientos de aquella alma santa, como había aceptado las oraciones y súplicas de la Hermana Solana May.*

*Una vez más, el poder de la oración me iba a devolver a casa inmediatamente. Estuve descansando durante un día en el monasterio de Grimmenstein, cerca de Walzenhausen, donde desde hacía quinientos años estaban asentadas las Hermanas de la Adoración Perpetua. La Superiora, Hermana Maira Theresia Jocham me había escrito pidiéndome que fuera a visitarlas cuando pudiera, y esta era la ocasión.*

*Allí escuché la siguiente historia: “Durante el mes en que fui condenado a muerte por un tribunal militar en África, un Padre suizo tuvo la oportunidad, como amigo de un oficial francés y del capellán de Mequinez, de leer la documentación relativa a mi caso. Estaba convencido de que no era más que un conjunto de mentiras y fraudes. También sabía que la sentencia se iba a cumplir en muy corto plazo, así que escribió rápidamente a las Hermanas de Grimmenstein, explicándoles el caso y haciéndoles una llamada urgente para asaltar el cielo con peticiones por la salvación del joven sacerdote alemán. Las Hermanas rezaron día y noche en continua adoración, y ya he explicado el singular modo en que se produjo mi rescate”.*

## **AL JAPÓN**

Pasé algunos años en Alemania como profesor de 200 jóvenes aspirantes al sacerdocio. Por fin llegó mi deseado visado para cumplir mi sueño de ir a trabajar al Japón, como lo había deseado siendo monaguillo.

Llegó a Tokio el 25 de enero de 1954 y le encargaron, el 1 de septiembre de 1955 una parroquia católica, fundada por los franciscanos de Fulda en 1953. En dos años había aprendido a conversar con fluidez en japonés y comenzó a trabajar. Creó la Fundación de traperos para ayudar a los estudiantes pobres. En poco tiempo convirtió a 500 a la Iglesia católica. Se hizo famoso y lo entrevistaron varias veces por TV. Fundó un Centro de recreo para madres e hijos pobres durante el verano.

Construyó un nuevo Centro parroquial en su parroquia y viviendas familiares. Construyó otro centro parroquial bajo el título de San José. También una guardería para 180 niños y un convento amueblado para religiosas. Su parroquia estaba abarrotada los domingos y todos eran generosos con sus colectas. Además recibía dinero de Alemania y otros países.

En 1965 fue condecorado por el Estado japonés por sus obras sociales en favor del Japón y le dieron la medalla *Orden de las Buenas Obras*. El consulado alemán lo condecoró con la Cruz al Mérito de primera clase de Alemania occidental.

Su vida fue un maravilloso testimonio del poder de la oración. Y decía: *Nunca podremos calibrar la ayuda que recibimos de este maravilloso ejército de intercesores. Muchos no pueden enviar ayuda material, pero la oración es y sigue siendo lo más importante. Tengo una lista de conventos y Congregaciones, cuyos miembros se unen día tras día a la oración de estos amigos japoneses.*

En 1994 estaba delicado de salud y se retiró a Alemania, pero ahí seguía orando cinco o seis horas diarias, sin olvidar nunca que había sido Dios y no él

q  
u  
i  
e  
n  
  
h  
a  
b  
í  
a  
  
r  
e  
a  
l  
i  
z  
a  
d  
o  
  
t  
a  
n  
t  
a  
s  
  
c